DOC SAVAGE

Kenneth Robeson

El ogro del mar de los Sargazos



8

Un intento de atentar sobre la vida de uno de los ayudantes de Doc, empuja al hombre de bronce y sus incomparables compañeros a una nueva y escalofriante aventura. Desde las antiguas catacumbas de Alejandría, a un fantástico mar de vida primitiva donde se desentraña el antiguo misterio de los Sargazos, ¡Doc Savage y sus hombres, una vez más, persiguen a los perversos agentes del mal!

Kenneth Robeson

El ogro del mar de los Sargazos

Doc Savage - 8

ePub r1.0
algarri 14.08.14

Título original: *The Sargasso Ogre*
Kenneth Robeson, 1933
Traducción: Desconocido

Editor digital: algarri
ePub base r1.1

Nota del editor digital

«Kenneth Robeson» es el seudónimo de **Lester Dent**, utilizado por «Street & Smith Publications» para la publicación de la serie *Doc Savage*. Al igual que Lester Dent, muchos otros autores publicaron sus novelas *pulp* (género literario de la primera treintena del siglo XX), bajo este seudónimo.



DOC SAVAGE

I
El canto de los singas



Un hombre de letras americano, dijo en cierta ocasión que si un individuo inventara un modelo perfeccionado de ratonera, el mundo entero formaría una senda hasta su puerta.

Pasha Bey era de éstos. Sus productos no eran precisamente ratoneras, pero resultaban los mejores de su clase.

Hombre a la moderna, Pasha Bey había llegado a ser presidente de una vasta organización, especializada en su producto.

La fama de Pasha Bey era muy grande.

De todo Egipto, las gentes llegaban formando una senda ante su puerta, que estaba situada en cierto sitio de Alejandría. Claro está que las gentes iban a su casa para comprar precisamente su producto.

¡Pero el producto que ofrecía Pasha Bey era… el crimen!

Precisamente en estos instantes, Pasha Bey estaba a punto de cerrar un trato.

Caminaba a paso lento, subiendo una calle oscura en las inmediaciones de la plaza de Mehemet Alí, el centro de la vida en Alejandría.

Pasha Bey era un gran saco de huesos. Llevaba un albornoz amplio y flotante, más amplio y flotante que de ordinario, para ocultar convenientemente dos largas *singas*, que llevaba atadas con correas a la parte superior de los brazos.

También llevaba dos pistolas silenciosas americanas de seis tiros, una en cada cadera. Un cordón de seda, excelente para su uso de

estrangular a una persona, iba atado con un sencillo hilo, al cuerpo huesudo de Pasha Bey, que podía arrancárselo con un ligero y rápido movimiento.

Pasha Bey siempre iba bien prevenido y provisto de útiles y herramientas de su oficio.

Cambió de rumbo, penetrando silenciosamente en un portal. Este portal parecía un túnel largo y oscuro.

A unos treinta pies de profundidad, estaba obstruido por una pesada puerta de madera. En ésta se veía una ventanita, con una pequeña reja.

—¡*Ya inta*! —murmuró Pasha Bey, en voz baja, junto a la ventanita enrejada.

—¿Qué hay? —preguntó una voz áspera y dura, con acento yanqui, al otro lado de la reja.

—¡Ya estoy aquí! —replicó Pasha Bey, en inglés—. ¡Por la vida de tu padre, aquí está tu criado! Y está esperando tus órdenes.

—¿Estás dispuesto a ir hasta el fin? —preguntó la voz del hombre que permanecía invisible.

—¡*Na'am ayiba*! —murmuró Pasha Bey.

—¡Habla inglés, camello huesudo!

—Sí; estoy dispuesto.

El hombre que estaba al otro lado de la puerta no perdió tiempo. Sacó una mano a través de la reja. La mano iba enguantada, y sostenía un papel doblado.

—Da esta nota al joven. Es un cebo para que te acompañe sin sospechar nada. A mí no me importa dónde realices tu trabajo, ni la manera cómo lo ejecutes. Allá tú. Lo único que te aconsejo es que escojas un buen sitio, ¿eh?

—¡Confía en tu criado!

—Muy bien. Pues ahora, manos a la obra.

—Son cuatro mil piastras —recordó, en voz muy baja y humilde, Pasha Bey.

—Bien; ya te pagaré cuando hayas acabado tu cometido —refunfuñó el hombre invisible.

—No; la mitad ahora —dijo Pasha Bey, que sabía que a menudo es muy difícil cobrar algo de los que preferían pagar después de realizado un crimen.

Hubo un breve silencio, mientras el hombre escondido reflexionaba. Al fin, la mano enguantada volvió a surgir por entre los barrotes de la reja.

Esta vez la mano sostenía un billete de dos mil piastras.

Pasha Bey se sepultó el dinero en su albornoz, y dijo:

—Ya vendré por aquí por la otra mitad del dinero… y a decirte que el hombre está muerto.

—Pero… ¿estás seguro de que has entendido bien su nombre allá? Es el Mayor Thomas J. Roberts, ¿sabes? Familiarmente le llaman Long Tom Roberts.

—Ya lo sé.

—Muy bien entonces. Quizá te encuentres por allí un hombre alto y fornido, de piel bronceada. Apártate de él. ¿Entiendes?

—Muy bien.

—Pues anda, ve.

Con una suavidad y una mansedumbre que delataban su profesión, Pasha Bey salió del túnel sombrío. Iba pensando si al regreso le sería dable introducir su cordón de seda a través de los barrotes de la rejilla, y, anudándolo alrededor del cuello de su amo de ocasión, estrangularlo…

El señor aquél debía tener más de aquellos billetes grandes. ¡Ah, y era tan bueno el dinero americano…!

No habían transcurrido muchos minutos cuando Pasha Bey apareció en el vestíbulo del Hotel Londoner.

Esta hostería era una de las más famosas de Alejandría, y punto de cita de todos los extranjeros de habla inglesa.

En el vestíbulo se veía la eterna serie de huéspedes y haraganes. Algunos de estos últimos eran compañeros o amigos de Pasha Bey, muchos de ellos miembros de la pandilla de asesinos que Pasha presidía.

En los Estados Unidos, Pasha Bey habría sido el jefe de un *gang*, y se le habría llamado «el gran tirador de un grupo»; En Egipto era el cabecilla de un pelotón de asesinos.

Pasha Bey deambuló un momento por allí y luego se acercó a uno de sus camaradas.

—¿Sabes algo que me interese? —le preguntó, en voz baja.

—El hombre ése, Long Tom Roberts, está en su habitación —

contestó el otro, en el mismo tono—. Pero tiene compañía. Desde el corredor he escuchado, y he podido oír voces.

—¿Cuántas voces?

—La de Long Tom Roberts y otra.

—¡Una visita, por Alá! —murmuró Pasha Bey, desolado, cruzando los brazos en actitud pensativa.

Su rostro huesudo tenía una expresión beatífica. Parecía un viejo inofensivo necesitado de una comida completa.

—Bien, voy a subir y pide a Alá que mis oídos puedan decirme que el visitante se ha marchado ya —dijo, al fin.

Y se dirigió hacia la escalera.

Al llegar al pie de ésta, Pasha Bey tuvo una extraña sorpresa. Se cruzó con un gigantón bronceado, de tipo americano. Lanzó una mirada furtiva a aquella figura imponente… y se estremeció.

Esto no era frecuente. Pasha Bey hacía muchos años que no había visto a nadie capaz de producirle miedo o despertar sus escrúpulos de conciencia.

Era un pillo redomado, que no tenía miedo a nada.

Mejor dicho, no tenía miedo a nada, hasta que vio al hombre de bronce.

Pero una simple ojeada al gigantesco y durísimo americano, llenó de terror a Pasha Bey. Esto obedeció a que había algo terrible en el gigante yanqui.

Pasha Bey se volvió para observar al hombre de bronce, que atravesaba en aquel momento el vestíbulo.

Pero no era él sólo quien miraba en aquellos instantes al americano: casi todo el mundo hacía lo propio.

Alejandría es una ciudad cosmopolita, llena siempre de extranjeros, pero jamás se había visto un personaje como aquél.

El americano era un hombre de inmensa estatura, pero tan bien formado y tan proporcionado, que esto sólo se notaba cuando se ponía junto a otros hombres, con cuya talla pudiera compararse la suya.

Entonces los demás parecían pigmeos a su lado. Tendones y músculos semejantes a cables de acero, envolvían por completo las manos y el cuello del hombre de bronce, dando una idea de la fuerza hercúlea que debía albergarse en aquel cuerpo.

Pero fueron sobre todo los ojos lo que más llamó la atención de Pasha Bey.

Eran unos ojos extraños, que parecían lagos de oro hirviente, que despidieran miríadas de chispas.

Como por casualidad, los ojos de fuego se volvieron a mirar un momento a Pasha Bey, y parecieron descubrir su alma innoble y hedionda… su alma infernal… y tomar venganza de él.

El efecto de esta mirada fue tremendamente enervador para Pasha Bey.

Pasha Bey había oído hablar mucho de aquel hombre de hierro. Y, a propósito, otro tanto había ocurrido en toda Alejandría.

El gigante aquél era Doc Savage. Había aparecido en Egipto, en circunstancias inverosímiles.

El cable había llevado la noticia a través del Atlántico; y en aeroplano habían sido llevadas fotografías de su llegada a los periódicos de Londres, París, Berlín y de otras grandes capitales.

Porque Doc Savage había llegado allí, acompañado de cinco hombres que eran sus ayudantes, a bordo del dirigible *Aeromunde*, que había desaparecido misteriosamente hacía muchos años.

Era una cosa muy extraña y fantástica esta llegada a Alejandría de Doc Savage.

Circulaba el rumor que unos hombres malvados y diabólicos habían robado el dirigible y lo habían utilizado durante muchos años para llevar esclavos a un oasis perdido en el lejano desierto, donde no podía encontrarse ni rastro ni camino.

En aquel oasis se decía que existía una gran mina de diamantes, y que Doc Savage había rescatado y libertado los esclavos, castigando de paso a sus amos y explotadores.

Pasha Bey había oído también aquellos rumores, comprobando hasta cierto punto la veracidad de ellos, sobre todo luego de haber oído hablar insistentemente de ciertas cajas llenas de diamantes.

De todos modos, no era gran cosa lo que había de poner en claro, de un modo absoluto. Nadie sabía en realidad dónde estaba el famoso oasis, donde se encontraba la mina de piedras preciosas.

El *Aeromunde* nunca había sido devuelto al gobierno a quien pertenecía anteriormente.

Doc Savage —según rumores que circulaban por tabernas, bares

y cafés— había entregado a cada uno de los esclavos a quienes libertara y redimiera, una completa fortuna.

Pero él conservaba los diamantes.

De todos modos, para Pasha Bey lo de las piedras preciosas resultaba en realidad un rumor solamente, ya que no había podido comprobar realmente su paradero.

Los nombres de los ayudantes y compañeros de Doc Savage habían escapado a los astutos informadores de Pasha Bey, a pesar de tener éste muchas ramificaciones en tal sentido.

Le habría extrañado mucho averiguar que Long Tom Roberts era uno de los cinco ayudantes de Doc Savage.

De haberlo sabido, habría pensado mucho y habría reflexionado muy juiciosamente, antes de comprometerse a asesinar a aquel individuo por cuatro mil piastras.

Porque Doc Savage y sus camaradas eran una partida de hombres demasiado fuertes y sería para que nadie jugara con ellos.

Se decía que era el terror de los malhechores y forajidos. La fama decía también que consagraban sus vidas a ayudar a los necesitados realmente de ayuda, y a castigar a los que merecían castigo.

Y Doc Savage y sus compañeros recorrían el mundo e iban hasta los rincones más ignorados de la tierra para deshacer agravios e injusticias, aunque fuera a costa de una lucha terrible y continuada.

Desgraciadamente para él, Pasha Bey ignoraba la relación existente entre Long Tom y Doc Savage. Así, pues, se dirigió, arrastrando perezosamente los pies, hacia la escalera, que empezó a subir, en busca de la habitación de Long Tom.

Encontró la puerta que buscaba en un hall hermosamente decorado.

Dando a su rostro huesudo una expresión de humildad y sumisión, y luego de asegurarse de que no se oían voces dentro de la estancia, llamó suavemente con los nudillos.

—¿Quién es?

—¡Un mensajero, que viene en busca del Mayor Thomas J. Roberts, el ingeniero electricista!

—¡Perfectamente! —Pase.

El hombre que abrió casi enseguida la puerta, era bajito y

rechoncho, de ojos sin brillo, rubio y de aspecto pálido y poco robusto. De todos modos, en el fondo se trataba de un hombre vivo y alerta en extremo.

Pasha Bey se dijo enseguida que sería cosa muy fácil en realidad asesinar a aquel hombre. De todos modos, su rostro no delató su terrible pensamiento.

Y alargó la mano, entregando al Mayor la nota que su amo le había entregado a través de los barrotes de la reja.

Long Tom pudo leer lo siguiente:

> Mi querido Roberts: He oído hablar mucho acerca de sus méritos como perito electricista, y de sus estudios e investigaciones en el campo de los átomos.
>
> Quizás usted no haya oído hablar de mí, ya que mi nombre no disfruta de gran fama. Pero yo creo haber perfeccionado un aparato para matar insectos dañinos y perjudiciales, por medio de corrientes de átomo. Y yo tengo entendido que usted ha hecho estudios en este mismo sentido.
>
> Tengo gran interés en que usted venga a visitarme y conozca y examine mi aparato. Si es usted tan amable que accede a mi ruego, el portador de esta carta le guiará a usted a mi laboratorio.
>
> Leland Smith.

Long Tom demostró enseguida el más vivo interés. Es verdad que no había oído nunca hablar de Leland Smith. Pero él era inventor también de un aparato para matar insectos.

El invento sería seguramente un éxito inmenso entre los granjeros, y Long Tom tenía la esperanza de que le produciría una gran fortuna.

Y si había algún otro inventor que pudiera restarle beneficios, Long Tom quería conocerlo.

—¡Muy bien! —le dijo a Pasha Bey—. Voy con usted.

Long Tom se volvió entonces vivamente, buscando su sombrero.

Sobre una silla se veía una maleta a medio hacer, y en ella pegado un papel, nuevo y flamante, una etiqueta con destino a un camarote del paquebote *Cameronic*.

Esto demostraba evidentemente que Long Tom pensaba embarcarse en el *Cameronic*, que iba a zarpar poco después de medianoche.

Long Tom colocó la nota sobre la mesa. Y al pie del escrito agregó, rápidamente, estas palabras: «Doc: He ido a ver esto».

—De este modo —dijo luego, volviéndose hacia Pasha Bey—, mis amigos sabrán dónde estoy y lo que me ocurre.

Pasha Bey habría preferido mil veces que la tal nota no quedara allí. Era una pista para la policía de Alejandría, que era odiosamente inteligente y eficaz.

Pero no se atrevió a decir nada, por temor a despertar las sospechas del otro.

Salieron de la habitación y bajaron al vestíbulo del hotel. Mirando fijamente a uno de sus hombres, Pasha Bey pensó que había encontrado la manera de hacer desaparecer de escena la famosa nota.

—¡Mil perdones, señor! —dijo, en tono meloso, dirigiéndose al Mayor Long Tom—; pero allí veo a una de mis mejores amigos, y me alegraría mucho poder hablar con él un momento.

—Muy bien. Vaya usted.

Pasha Bey se acercó a su camarada y esbirro, un hombre llamado Homar.

—¡Escúchame con atención! —le dijo, en voz muy baja—. El idiota este blanco ha dejado una nota en la mesa de su habitación. La policía sabe encontrar pistas y rastros en las cosas más insignificantes, y para nosotros sería una desgracia que encontraran ésa, ¿comprendes? De modo que subes y te apoderas de ella.

—¡Muy bien! —repuso Homar.

—Cuando tengas la nota en tu poder, vienes al sitio de las catacumbas, donde vamos a matar a este blanco. Como ves, se trata de un hombre enfermizo y poco fuerte, que no nos dará mucho trabajo liquidarlo.

—¡Es verdad! —repuso Homar.

Pasha Bey volvió junto a Long Tom, y dijo, en tono humilde y

sonriente:

—¡Mi amigo se ha alegrado mucho de verme! ¡Y por la vida de tu padre, te agradezco con toda el alma el dejarme hablar con él!

—Bien, bien —murmuró Long Tom, en tono impaciente—. ¡Vamos deprisa! Tenemos que salir de Alejandría en el *Cameronic*, poco después de media noche.

Salieron a la calle. Un lindo y poco costoso automóvil se acercó a la acera.

—Aquí está nuestro vehículo, mi amo —dijo Pasha Bey, sin querer añadir que el coche había sido robado, y que el chofer era uno de los más expertos y temibles asesinos de Alejandría, al que sólo podía compararse el mismo Pasha Bey. Subieron al carruaje.

El auto partió, atravesando calles estrechas, la bocina sonando constantemente para hacer apartar al gentío que llenaba el arroyo.

Long Tom se arrellanó confortablemente entre los cojines de la tapicería, completamente ajeno a que le llevaban a una emboscada mortal.

II
Cavernas de huesos



En el Hotel Londoner, Homar se apresuró a apoderarse de la nota que estaba en la habitación de Long Tom, según le había rogado Pasha Bey que hiciese.

En lengua egipcia, el nombre de «Homar» significa *asno*. Este sobrenombre o apellido se lo había valido a Homar el hecho de aparecer siempre soñoliento.

Y, sin embargo, Homar no era ni tardo en sus movimientos ni estúpido en modo alguno. Antes al contrario, era un hombre de espíritu agudo e infernal, ya que de otro modo no habría figurado en la partida de Pasha Bey.

No le costó trabajo alguno apenas violentar la cerradura de la habitación de Long Tom. Entrando, cogió la nota que estaba sobre la mesa.

Luego extrajo de un bolsillo de su albornoz un *habrit*, especie de cerilla egipcia, con ánimo de quemar el papel.

Pero, pensándolo mejor, arrojó la cerilla al suelo y se guardó el papel en lo más profundo de su albornoz.

Quizá Pasha Bey pudiera encontrar alguna utilidad a la famosa nota.

Se volvió, disponiéndose a partir. La puerta de la habitación se había abierto y cerrado enseguida, mientras Homar estaba cogiendo el papel, sin que el egipcio se diera cuenta de nada.

La cosa había sucedido con el más absoluto silencio.

Homar, al salir de la habitación, no se dio cuenta de que la

ventana situada al fondo del corredor, estaba abierta.

Y bajó con paso rápido las escaleras, deseoso de unirse a Pasha Bey en el asesinato.

Un momento después de haber desaparecido Homar, la gigantesca forma bronceada de Doc Savage apareció en la ventana abierta.

Había estado por la parte del exterior, sosteniéndose en el alfeizar con la punta de los dedos.

Además, Doc Savage había sido también quien abrió y cerró enseguida la puerta de la habitación de Long Tom tan silenciosamente, mientras Homar se apoderaba de la nota.

Doc había subido las escaleras a tiempo para presenciar la hazaña sospechosa de Homar, descerrajando la puerta de Long Tom.

Doc Savage siguió a Homar. Doc se daba enseguida cuenta de las circunstancias. Así, ahora adivinaba que la lucha acudía de nuevo a él y sus hombres, como era tan frecuente.

Y Doc estaba decidido desde aquel mismo instante a descubrir lo que hubiera de extraño y misterioso en aquel incidente. Homar alquiló un coche desvencijado en las cercanías del hotel, Doc subió a otro, ordenando al conductor que siguiera al primero y no lo perdiese de vista.

Se dirigieron hacia la parte de Alejandría donde está situada la Columna Pompeya, en la parte más alta de la ciudad.

El fuste de la columna, maravillosamente pulida, relucía débilmente bajo la luz pálida de la luna.

Desde allí, el camino torcía hacia el Sudoeste.

El cochero de Doc Savage continuó adelante, obedeciendo una orden breve, dada en tono muy bajo por su cliente.

Así avanzó un poco, hasta que, de pronto, descubrió una moneda de oro de cincuenta piastras junto a él, en el asiento.

Miró en torno. Y, con gran asombro pudo darse cuenta de que su cliente había desaparecido.

Doc Savage había abandonado el coche a poca distancia del sitio en que en aquel momento se encontraba el carruaje, con un silencio de fantasma, tanto más notable cuanto resultaba inverosímil, dada su enorme estatura.

Y se escondió detrás de un montón de ruinas, espiando los

movimientos de Homar, que avanzaba a buen paso.

Homar se acercó a una cabaña miserable. Doc le siguió como una sombra bronceada e invisible.

El extraño rechinar de una losa se oyó dentro de la cabaña, que era de piedra. Doc miró al interior. Utilizando una linterna, Homar estaba levantando una losa del suelo.

Luego penetró por la abertura, volviendo a bajar la losa sobre su cabeza.

Doc Savage extrajo entonces a su vez otra linterna de uno de sus bolsillos.

Y el haz de luz iluminó el interior de la cabaña.

Unas gotas de sangre aparecieron en el suelo, bajo el resplandor de la linterna. Y junto a la trampa de piedra, había cinco largas manchas rojas.

¡Cinco…! ¡Era una huella dactilar en sangre!

Agachándose, Doc las examinó largamente. De pronto, en el interior hediondo de la cabaña, se oyó un ruido extraño.

Era una nota suave, dulce, apenas perceptible, impresionante, como de algún pájaro exótico de la jungla, o quizá causado por el viento al penetrar por los intersticios de las ruinas.

De todos modos, resultaba algo pavoroso aquel lugar, pues no parecía venir de ningún sitio determinado.

Era Doc Savage quien lo había emitido. Este sonido era algo consubstancial e inseparable de Doc Savage, que lo emitía en momentos de tensión nerviosa o de gran emoción.

¡La huella dactilar en sangre que aparecía junto a la trampa de piedra, pertenecía a la mano derecha de Long Tom!

Doc había visto las huellas dactilares de sus cinco ayudantes infinidad de veces, y podía reconocerlas instantáneamente.

Se aferró a la trampa, a la losa. Ésta había chirriado al ser levantada por Homar; pero ahora giró tan sencillamente, bajo la mano de Doc Savage, que se habría dicho que el gigante de bronce tenía un poder sobrenatural para hacer que objetos y cosas permanecieran quietos y silenciosos bajo el influjo de su voluntad.

Unos peldaños fríos y húmedos conducían hacia abajo. Luego venía una especie de túnel oscuro, de bajo techo. El suelo estaba cubierto del polvillo de los siglos.

Y el ruido sordo de los pasos de Homar sonaba muerto, como los golpes cadenciosos que se dieran en el parche de un tambor lleno de agua.

Doc Savage avanzó sin producir el menor ruido, sin encender siquiera su linterna, palpando con sus dedos sensitivos los muros.

Éstos eran de argamasa ruda. De vez en cuando, sus manos palpaban pequeños depósitos de agua retenida en cavidades del muro, filtrada en el curso del tiempo.

Al fin, llegaron a un sitio donde el túnel se bifurcaba en tres ramas. Homar siguió por la de la derecha. Parecía conocer perfectamente el sitio adonde se dirigía.

Los muros, de pronto, se hicieron sólidos, cambiándose en muros de piedra, en vez de los de argamasa. Doc pudo darse cuenta que estaban tallados en la roca viva.

Doc Savage extrajo una pequeña cajita de uno de sus bolsillos. La cajita iba llena de un polvo especial.

A intervalos regulares, el americano iba arrojando al suelo un poco de aquellos polvos.

EL ruido de los pasos de Homar continuaba oyéndose de modo interminable. Era un ruido muerto, de pies arrastrados, que tenía una nota lúgubre, algo que parecía hablar de muerte y de tragedia.

El aire era húmedo, pegajoso. Se tenía la sensación de respirar dentro de un baúl inmenso, que hubiera estado cerrado durante siglos.

Una y otra vez, el túnel se bifurcaba. Y cada pocos metros Doc Savage iba dejando un poco de sus famosos polvos en el suelo.

Esto parecía un tanto extraño, desconcertante. Los polvos no despedían olor alguno, ni brillaban en la sombra.

El túnel se ensanchó, formando una serie de amplias estancias sucesivas.

Las manos de Doc Savage pudieron percibir en los muros una especie de rocas redondas y pulidas. Estas rocas formaban el arco de la bóveda, hasta arriba. El americano sabía lo que era aquello.

¡Eran calaveras humanas…! Los muros de las catacumbas estaban llenos de ellas.

Más lejos se veían muchos nichos en los muros, en forma de ataúd, llenos de huesos de brazos y piernas, de espinas dorsales, de

costillajes.

Era un sitio macabro y hediondo.

Doc Savage, empero, continuó adelante, sin vacilar ni estremecerse. Si experimentaba los sentimientos que habrían invadido a otro hombre en parecidas circunstancias, no daba muestra alguna de ello.

Doc tenía un gran poder sobre sí mismo y una maravillosa facilidad de concentración.

Evitaba el influjo terrorífico del ambiente sencillamente concentrando su atención y su interés en la persecución del hombre que iba delante de él, y en no perderlo de vista.

Homar llevaba su linterna encendida en la mano.

Los dos hombres iban penetrando más profundamente en el terrible laberinto de las catacumbas.

De vez en cuando bajaban escaleras. Las catacumbas parecían constar de varios pisos. Eran incontables los millares de muertos enterrados allí, pues la ciudad databa del siglo III.

En ciertos sitios los muros se habían cerrado, encerrando entre las piedras a los muertos, quizá para siempre.

Tres veces Homar fue abriendo puertas de piedra. Doc, tras el egipcio, silencioso como una sombra, iba dejando de vez en cuando pequeñas porciones de sus famosos polvos.

Al fin llegaron a su destino.

Varias linternas iluminaban aquel sitio con luz brillante. Los asesinos estaban sentados en cuclillas o de pie, rodeando a un hombre caído.

Éste era Long Tom.

La mejilla de Long Tom era una mancha pegajosa y oscura de sangre coagulada, que había corrido desde una herida hecha en la cabeza, seguramente a consecuencia de un golpe que le había dejado sin sentido.

Y los movimientos torpes y aturdidos del infeliz revelaban que acababa de recobrar el conocimiento.

Pasha Bey, como un inmenso montón de huesos envuelto en un albornoz blanco, estaba enfrente de Long Tom.

En la zarpa descarnada del asesino de profesión se veía un talonario de cheques de los que llevan ordinariamente los viajeros.

Este talonario comprendía todos los fondos de viaje de Long Tom, y ascendía en total a más de mil dólares.

—¡Por el ojo izquierdo de Alá mismo, te lo juro! —decía Pasha Bey en este momento—. Si firmas estos cheques te devolveré la libertad y te guiaremos para que salgas de esta infernal guarida atestada de huesos.

Por lo visto, Long Tom estaba todavía vivo, gracias solamente a la avaricia de Pasha Bey.

Long Tom había firmado cada uno de los cheques, como es costumbre cuando se adquiere un talonario; y podían hacerse efectivos en el momento en que los firmara por segunda vez, en el sitio a ello destinado.

De modo que, una vez con las dos firmas de Long Tom, Pasha Bey podía cobrarlos cuando quisiera.

Long Tom frunció el ceño, de pronto, y dijo:

—¡No! ¡No me engañarás!

—¡Por los dos ojos de Alá, te juro que yo…!

—¡Conozco perfectamente a los embusteros! Puedes jurar por todo el cuerpo de Alá que yo no he de creerte.

Pasha Bey desenvainó una de sus terribles singas. A la luz vacilante de las linternas, el egipcio tenía un aspecto siniestro.

Se habría dicho que era un conjunto de huesos sacados de los muros inmediatos, teñidos de color oscuro, animados con un soplo de vida, cubiertos luego con un albornoz blanco.

—¡*Wallah*! —rugió, en egipcio. ¡Piensa que la única probabilidad que tienes de salvar la vida es firmando estos cheques!

Long Tom, lentamente y con gran esfuerzo, consiguió sentarse. Sus muñecas y sus tobillos estaban fuertemente atados.

Su rostro aparecía más lívido que de ordinario y tenía una expresión de dureza. Era lo bastante inteligente para comprender que estaba a dos dedos de la muerte, firmara o no firmara aquellos cheques.

De pronto, sus pies atados se distendieron con un esfuerzo inesperado.

Había decidido jugarse el todo por el todo. El puntapié, aunque torpe a causa de las ligaduras, hizo caer de cabeza a Pasha Bey.

La singa se escapó de sus manos, fue rebotando hasta dar en el

techo, y luego cayó al lado de las manos de Long Tom, faltando poco para que le hiriera.

Con un rapidísimo movimiento, Long Tom acercó sus manos atadas a la cimitarra, cortó las cuerdas que las ligaban y se apoderó del arma.

Enseguida, de un solo y hábil tajo, cortó la cuerda que trababa sus pies. Rugiendo de rabia, todos los hombres de Pasha Bey se lanzaron hacia adelante. Casi todas las manos morenas y descarnadas empuñaban una cimitarra o un puñal de brillante acero.

Todos se inclinaron hacia el suelo, semejantes a ratones oscuros envueltos en telas blancas.

De pronto sonaron dos golpes. Cada uno de ellos partió los huesos, destrozó la carne… Y los dos hombres que los habían recibido cayeron al suelo sin saber lo que había ocurrido… completamente fuera de combate.

EL cuerpo de Long Tom fue arrebatado, de golpe, por una garra poderosa, de debajo mismo de las cimitarras y los puñales levantados sobre él.

La cosa sucedió con tan terrible rapidez que el mismo Long Tom no pudo ver quién era su salvador, hasta que estuvo fuera de peligro.

Pero comprendió, adivinó quién era, desde el instante que se sintió cogido por aquella garra poderosa y salvadora.

¡Solamente había un hombre que poseyera tal fuerza de agilidad: Doc Savage!

Uno de los hombres de Pasha Bey abrió mucho los ojos al ver surgir ante él, como un terrible gigante de bronce, a Doc Savage.

Lanzó un grito, al sentirse herido con su propia singa que alguien le había arrebatado. Su grito de terror se cambió en un aullido de agonía, al sentir que alguien le sujetaba la muñeca en el aire.

De un tirón espantoso, el presunto asesino vio arrebatada su arma. Y cayó hacia un lado, como un fardo arrojado violentamente contra el suelo; dio contra la pared y rebotó, quedando luego tan aturdido que no pudo moverse.

Los egipcios, armados con cimitarras, con puñales, cargaron

entonces contra el gigante de bronce; pero éste se desvaneció ante los ojos de sus enemigos, con tanta presteza que ni siquiera lograron alcanzarle los haces de luz de las linternas.

Dos egipcios se desplomaron al suelo como leños, antes de que pudieran darse cuenta de que Doc Savage había atacado por aquel lado a sus enemigos.

Eso colmó la medida. La cosa tocaba ya los límites de lo sobrenatural.

Porque era increíble que un ser de carne y hueso pudiera moverse con tal rapidez.

—¡*Wallah*! —gimió uno de los egipcios. ¡Es un *run*… un espíritu!

Quizá los otros pensaron otro tanto. O tal vez carecían del valor necesario para entablar una verdadera lucha.

Donde ellos se mostraban bravos y empleaban sus procedimientos de lucha, era cuando luchaban en la proporción de diez contra uno, y en una calle oscura y desierta.

Huyeron, pues, dispersándose por todas las avenidas de las catacumbas, trazando con los rayos vacilantes de luz sus linternas dibujos fantásticos.

Uno de los egipcios, menos ágil, se quedó detrás de sus compañeros, y lanzó de pronto un agudo chillido de terror al sentir que unos dedos semejantes a cables de acero, se enroscaban a su garganta.

Y un golpe en una sien le privaba de sentido.

Los otros no podían correr mucho más, pero, de todos modos, se esforzaban en intentarlo.

Delante de los fugitivos, a bastante distancia, lucía un osado rayo de luz de una linterna. Era la linterna de Pasha Bey, el maestro de asesinos.

¡Maestro de asesinos y maestro de prudentes también! Él sabía enseguida cuándo era prudente entablar batalla y cuándo había que huir. Por eso, en esta ocasión, había cogido una delantera muy grande a sus compañeros.

Ahora ya sabía que Long Tom era uno de los que componían el grupo de cinco ayudantes de Doc Savage.

¡Y lo pagaría caro! Lo pagaría caro, tan pronto como Pasha Bey pudiera ir a toda prisa a la calle de las inmediaciones de la plaza de

Mehemet Alí, a verle.

El grupo de fugitivos egipcios pasó una de las puertas de piedra que cerraban de vez en cuando las galerías de las catacumbas. El último de los fugitivos cerró la losa de golpe.

La losa de piedra giraba sobre goznes de hierro enormes, y era sujetada, además, por medio de una gran barra de hierro. Y el egipcio puso la barra.

—¡*Wallah*!! —gritó luego, en tono de triunfo—. ¡Por la vida de mi padre, estamos salvados! ¡El gigante de bronce y ese otro al que hemos querido asesinar no podrán escapar jamás de aquí! ¡No hay más salida que ésta, de las catacumbas!

De todos modos, el grupo de fugitivos continuó corriendo cuanto podían.

III
El peligro del *Cameronic*



Doc Savage llegó al fin a la gran losa de piedra que servía de puerta.

Empujó suavemente. La piedra chirrió un poco, pero no cedió absolutamente nada. Era tan sólida como la puerta de entrada al departamento acorazado de un Banco.

Doc Savage se volvió para unirse a su amigo.

Long Tom, mientras tanto, se había libertado por completo de sus ligaduras, y estaba algo rezagado, moviéndose torpemente y reuniendo alfanjes, cimitarras y puñales, arrojados en su huida por el enemigo.

Luego recogió su talonario de cheques, lo acarició amorosamente con varios golpecitos, y se lo guardó.

—¡Pues, gracias a esto, Doc, he podido conservar la vida hasta que tú has llegado! —explicó a su amigo y jefe.

—Pero, te han querido robar, ¿no es así? —preguntó Doc.

Long Tom se acarició el cabello y contestó:

—¡Yo no lo creo así, Doc! Claro está que estas gentes no me han largado una puñalada con la esperanza de que les firmara estos cheques. Pero, de todos modos, no creo que el robo fuera verdaderamente el objetivo de esos forajidos. Los cheques carecían de valor mientras yo no los firmara.

—Sí que resulta extraño…

—Eso es. Ahora, que yo no acierto a comprender por qué me han escogido a mí y me han traído hasta aquí.

—Quizás esas gentes estaban compradas.

—Sí; eso mismo pienso yo. Pero ¿quién ha podido comprarlos? ¿Y por qué? Nosotros no tenemos enemigos en Alejandría. O, por lo menos, yo no los tengo.

Muy brevemente, Doc explicó entonces a su amigo cómo él había podido ponerse sobre la pista al observar a aquel hombre que cogía la nota en la habitación del hotel.

—Claro está que aquella nota era un cebo, evidentemente —murmuró Long Tom.

En este momento se oyó un débil ruido cercano, en la oscuridad de la galería. Doc dirigió el haz de luz de su linterna al sitio de donde procedía el ruido.

Era el hombre que había quedado aturdido y medio privado de sentido al ser lanzado contra la pared por Doc Savage. El egipcio estaba haciendo esfuerzos por emprender la huida.

De dos grandes zancadas, Doc cayó sobre el egipcio, agarrándole por el cuello. Luego dirigió la manga de su linterna al rostro de su enemigo.

Era Homar. Su rostro atezado tenía una expresión de infinito terror.

—Éste es el amigo que cogió la nota en tu habitación —dijo Doc Savage a Long Tom—. Vamos a ver si la lleva todavía encima.

Homar estaba tan aterrado que permaneció perfectamente dócil y sumiso, y, temblando como un azogado, dejóse registrar de pies a cabeza.

El cuerpo bronceado de Doc Savage había tenido un aspecto terrorífico en medio de la batalla; pero ahora, visto así tan de cerca, producía un terror más espantoso todavía.

Doc encontró pronto la nota, y se puso a leerla. Luego dijo:

—El nombre que figura al pie de la nota, Leland Smith, es falso. La forma de la letra es muy afectada, lo mismo que el estilo. La mayoría de las personas trazan su firma con rasgos más sueltos y ágiles que el resto de una carta. El autor de ésta era un hombre alto y fornido, como denotan estos rasgos enérgicos. Era, además, un hombre culto y educado, como lo demuestra la ortografía de la carta y el hecho de que hable de este asunto de los átomos. Esto parece ser todo lo que la nota nos dice de momento. Pero aquí no se

ven las huellas dactilares.

Long Tom contempló al acobardado Homar durante un instante, y luego de reflexionar, dijo:

—¡Estoy pensando si el tipo éste nos podría decir algo de importancia!

Homar se estremeció, y dijo, en tono plañidero y en egipcio:

—¡*Ma at-kallims el loghcab el Ingeliz*!!

Había querido decir que no hablaba inglés.

—¡Mientes! —dijo Doc, rudamente—. De otro modo, ¿cómo sabrías lo que acaba de decir mi compañero, de que tú quizá pudieras comunicarnos alguna noticia…?

—¡*Wallah*! —murmuró Homar. Y enseguida añadió, en correcto inglés—: ¡Yo no sé nada! Yo soy un hombre inocente.

Long Tom lanzó un hondo suspiro de rabia contenida.

Doc Savage inició ahora una serie de terribles preparativos. Escogió de la colección de armas recogidas por Long Tom poco antes, la de hoja más acerada y pulida.

La limpió en su manga varias veces, y luego avanzó hacia Homar.

Éste empezó a gritar, retrocedió, aterrado, y luego, cerrando los puños, los mostró, coléricamente, a Doc Savage.

Pero antes de que hubiera tenido tiempo de pensarlo siquiera, se vio sujetado por una zarpa de acero que le redujo a la impotencia.

Y la hoja reluciente de acero de un arma quedó suspendida sobre su cabeza.

—¡Alumbra a la hoja de la cimitarra! —dijo Doc a Long Tom.

Éste obedeció, y los ojos casi salidos de las órbitas de Homar contemplaban el arma brillar trágicamente. Doc la movía con lentitud, para arrancarle constantes reflejos azulados.

Homar la miraba como fascinado por el terror. Seguramente el egipcio se decía que, en cualquier momento, la hoja podía caer sobre su cuello y segarlo, o hundírsele en el corazón.

No tenía la más remota idea de lo que se proponía hacer Doc Savage.

El terrorífico silencio que reinaba en el interior de las catacumbas no se veía turbado más que por la respiración jadeante y angustiada de Homar.

Los segundos eran interminables. La hoja de acero de la cimitarra brillaba y refulgía bajo el haz de luz de la linterna.

Homar no apartaba sus ojos del arma, completamente fascinado.

De pronto, tan imprecisamente como la otra vez, tan extraña e inesperadamente, se dejó oír el ruido peculiar que producía Doc Savage en los momentos de gran nerviosidad o emoción, un ruido inexplicable, bajo, triste.

Los ojos de Homar se abrieron todavía más, hasta casi salirse de las órbitas.

Empezaba a ser hipnotizado rápidamente.

—¡Háblale a la hoja reluciente de la cimitarra! —ordenó Doc Savage a Homar—. Dile a la hoja por qué intentabas asesinar a mi amigo.

De la garganta de Homar salieron ahora varios sonidos inarticulados. Al fin pudo decir, con voz temblorosa:

—¡Se nos había ofrecido dinero, OH, cimitarra! ¡Íbamos a recibir cuatro mil piastras por la muerte de Long Tom Roberts!

—¿Quién os había comprado? ¡La cimitarra quiere saberlo!

—No lo sé. Fue un hombre desconocido quien fue a buscar a nuestro jefe, Pasha Bey. El desconocido no nos dejó ver su rostro.

—Bien. Dile ahora a la cimitarra dónde vais a encontrar a ese hombre de nuevo.

—Sí.

—¿Dónde?

Homar hablaba ahora en árabe, lengua que Doc Savage hablaba perfectamente, como le ocurría con otros muchos idiomas.

—El encuentro, la cita, iba a ser en una calle cercana a la plaza de Mehemet Alí —siguió diciendo Homar—. Pasha Bey tenía que ir allí, a dar su informe.

—Bien. Dinos el nombre de la calle y haznos una exacta descripción del sitio. Queremos ir allá.

Homar obedeció.

Doc Savage bajó la cimitarra y, dando una bofetada a Homar y llamándole en voz alta, consiguió deshacer el encanto hipnótico en que le había sumido poco antes.

—¡Vente para allá! —le dijo Doc Savage a Long Tom—. Vamos a permitir a este pobre diablo que se marche, aunque no se merece ni

mucho menos la libertad. Dejemos de lado a su cólera, si no queremos perder el *Cameronic*, cuando parta poco después de media noche.

Dejando a sus espaldas a Homar, demasiado aturdido todavía para andar o hablar coherentemente, los dos amigos avanzaron vivamente por la galería de las catacumbas, hasta llegar junto a la puerta de piedra.

—¡Buenas noches! —murmuró Long Tom, en tono festivo—. ¡Estamos encerrados! Y sólo disponemos de puñales y cimitarras para atacar esta losa que nos cierra el paso. Tardaríamos días enteros en poder hacer un agujero aquí.

Pero miró a Doc, y su rostro se iluminó con una especie de resplandor de esperanza. Doc Savage siempre encontraba salida para situaciones como aquélla.

Doc, mientras tanto, se había metido dos dedos en lo hondo de su boca, y pronto se sacó dos muelas extrañas.

Eran dos muelas postizas, que Doc llevaba siempre consigo. En ellas se encerraban dos productos químicos diferentes.

Mezclando los dos productos químicos, Doc introdujo la mezcla entre unas rendijas de la losa.

—¡Apártate! —ordenó a Long Tom.

¡Bummmmm!

Una terrible explosión hizo temblar la tierra bajo sus pies. El túnel de la catacumba se llenó de humo.

La explosión hizo caer cataratas de huesos de los nichos y chocar las calaveras en trágicas carambolas.

Era que la mezcla de los dos productos químicos de Doc Savage, al poco rato de ser colocada entre los intersticios de la piedra, había hecho explosión, encontrándose con que la piedra se había convertido en un montón de escombros.

Long Tom avanzó, sintiéndose nuevamente inquieto. Ahora se daba cuenta de que las catacumbas eran un laberinto sin fin, donde era imposible orientarse.

¿Y si se perdían en este laberinto espantoso…?

Pero parecía haber ocurrido un milagro. Delante de ellos, como marcando el camino de la salida, se veía una verdadera procesión de puntos luminosos.

¡Parecían otros tantos braseros…! En realidad, eran polvos químicos que Doc Savage había ido depositando de vez en cuando, cuando penetró en las catacumbas.

Estos polvos, aunque al principio no poseían propiedades luminosas, las adquirían y se convertían en fosforescentes al cabo de estar expuestos al aire húmedo cierto tiempo.

Los dos amigos lograron salir por el mismo sitio por donde entrara en las catacumbas Doc Savage, esto es, por la pequeña cabaña de piedra.

Doc empezó a correr, al tiempo que explicaba a su compañero, que le imitó:

—¡Quizás encontremos un coche cerca de la columna Pompeya!

Long Tom no contestó. Toda su fuerza la empleaba en mantenerse junto a Doc Savage, que corría a toda velocidad.

No encontraron coche donde esperaban, pero sí un vehículo desvencijado, en el que iba un turista obeso, y cuyo chofer consintió en llevarlos hasta la plaza de Mehemet Alí. El coche partió lentamente.

Doc mostró al chofer un billete americano, muy grande, al tiempo que le rogaba, en idioma egipcio:

—¡*Imshi hil'agal*! —Y enseguida añadió, en inglés—: ¡Vaya más deprisa!

El chofer no se hizo repetir la orden. Antes al contrario, los dos amigos tuvieron que recordarle repetidamente la conveniencia de no tomar las curvas en ángulo recto a cuarenta kilómetros por hora.

En la oscura callecita que desembocaba en la plaza de Mehemet Alí, tres árabes, de aspecto inofensivo e inocente, envueltos en amplios albornoces, avanzaban lentamente.

Llevaban las manos escondidas y los rostros medio ocultos en pliegues del albornoz… para ocultar los numerosos arañazos y golpes recibidos en su loca huida de las catacumbas.

Pasha Bey no había ido directamente a aquella oscura callejuela. Se había detenido en el camino, para reflexionar.

Y como resultado de sus reflexiones, había decidido que no le acompañaran a la cita con el hombre que les había pagado para realizar aquella hazaña, más que de dos de sus mejores esbirros, famosos asesinos.

—¡*Wallah*! —murmuró Pasha Bey—. ¿Habéis comprendido bien lo que tenemos que hacer?

—¡Sí, te hemos comprendido, OH, gran jefe!

—Ese hombre que nos ha comprado, cometió un acto infernal no diciéndonos que el hombre al que íbamos a matar era uno de los amigos de Doc Savage. ¡Y es preciso que eso lo pague!

—Sí, jefe —respondieron los otros dos al unísono—. ¡Lo pagará!

—¡Lo pagará con su vida!

—Sí, jefe. Con su vida lo pagará. Y con su dinero también, si lleva algo encima.

Pasha Bey apretó sus puños huesudos, y dijo, entre dientes:

—¡Yo he estado reflexionando mucho, OH, hermanos, acerca de esos diamantes que se dice posee Doc Savage!

—Esos diamantes quizá no existen más que en las habladurías de cafés y tabernas.

—¡O quizá son una realidad, Wallah! Y no me negaréis que sería muy hermoso poder hundir nuestras manos en cajas llenas de diamantes y otras piedras preciosas.

—Bien, ¿adónde nos llevan estas palabras tuyas, OH, jefe?

—A esto: he pensado que yo me pondré a hablar con el hombre que nos ha comprado, esperando ocasión y momento oportunos para deslizarle mi cordón de seda por el cuello. Quizás ese hombre esté enterado de eso de los diamantes.

—¡Ése es un pensamiento digno de Alá! Y una vez enterrado en las catacumbas Doc Savage, nos sería bien fácil apoderarnos de las piedras preciosas.

Pero el que así hablaba hubiera llevado la mayor sorpresa si hubiese podido averiguar que en aquel mismo instante Doc Savage y Long Tom le estaban espiando desde una esquina, cerca de la plaza de Mehemet Alí.

Y aún se habría sorprendido más si hubiera podido ver a Doc y a Long Tom avanzar, silenciosamente, hacia adelante, en el mismo momento en que Pasha Bey y sus compañeros penetraban en el oscuro túnel donde iba a tener lugar el encuentro.

Escondidos y agazapados, Doc Savage y su compañero estaban espiando a sus enemigos, de forma que pudieron oír todas sus palabras. Pasha Bey acercó su rostro flaco a la rejilla de la puerta, y

llamó, en voz baja.

—¿Y bien? —preguntó desde el interior la voz del hombre que había comprado a los asesinos.

—Tu humilde criado viene a rogarte que le permitas informarte de su fracaso. Hemos fracasado al intentar matar a Long Tom.

Esto, en cuanto a Pasha Bey se refería, era una mentira. Para él, Doc Savage y Long Tom estaban encerrados en las catacumbas, donde seguramente perecerían de hambre.

—¿Qué? —rugió el hombre escondido al otro lado de la puerta —. ¿Habéis fracasado en la hazaña?

—Sí; pero no ha sido culpa nuestra —repuso Pasha Bey, en tono humilde y sumiso—; tú, ¡oh, mi amo!, debías habernos advertido que Long Tom Roberts era un amigo de ese hombre misterioso y de poder infinito, llamado Doc Savage. Entonces nosotros nos habríamos preparado mejor y habríamos tomado más precauciones.

—¿Qué… es que Savage os ha descubierto?

—Sí, mi amigo. Y ha hecho fracasar todos nuestros planes.

El hombre escondido al otro lado de la puerta estuvo jurando durante unos momentos, con increíble violencia.

Pero la voz y las palabras del que juraba descubrieron algo muy interesante a Pasha Bey, y también a Doc Savage y a Long Tom, escondidos en el lóbrego callejón, y que a todos les llenó de asombro: era que la voz del desconocido que se escondía tras la puerta era fingida, falsa.

Y quizá el lenguaje vulgar que empleaba el desconocido era también fingido.

Porque el hombre invisible tenía ahora una voz poderosa y llena, y hablaba un correctísimo inglés.

—¡Es preciso que vayas y te apoderes del amigo de Doc Savage! —rugió el desconocido, cuando se cansó de jurar y protestar—. De ése… o de cualquiera de los otros cuatro hombres que pertenecen al grupo de Savage, ¿has oído? ¡Cualquiera sería capaz de realizar la hazaña!

—¡Oh, es muy difícil… eso que nos pides! —repuso Pasha Bey, en tono dulce, para ganar tiempo—. Piensa que cuatro mil piastras es muy poco dinero para realizar esa hazaña.

—Bien; ya agregaré algunos dólares más a la cantidad.

Pasha Bey empezó a maniobrar ahora en la sombra, disponiéndose a realizar su objetivo, y dijo, como si apuntara una idea:

—¡Quizá pudiéramos realizar mejor nuestro cometido asociándonos!

—¿Qué quieres decir tú, camello huesudo?

—Quiero decir, ¡oh, amo!, que a nosotros nos llenaría de alegría el poderte ayudar a que te apoderases de las piedras preciosas, a cambio de que nos dieras unas cuantas.

Una verdadera explosión de juramentos surgió de la enrejada ventanilla.

—¡Yo no busco diamantes de ninguna clase! ¡Yo no sé nada de esas piedras preciosas de que tú hablas, fuera de las habladurías y los chismes que circulan sobre ello en esta hedionda ciudad!

—¿No nos engañas? —preguntó Pasha Bey, en tono incrédulo, porque creía haber descubierto un engaño en su amo de ocasión—. Entonces, ¡oh, amo! ¿Por qué querías asesinar a Long Tom Roberts?

El desconocido dijo, desde su escondite, luego de un momento de vacilación:

—Doc Savage y sus cinco compañeros han tomado pasaje en el *Cameronic*, que se hace a la mar esta misma noche. Pues bien: yo no quiero que embarquen en el *Cameronic*, ¿comprendes? Tengo razones de peso para impedirles embarcarse en ese buque. Y yo había calculado que, una vez asesinado Long Tom Roberts, Doc Savage se quedaría aquí para realizar pesquisas acerca del crimen. De este modo él y su grupo se quedarían en tierra.

Pasha Bey, al oír esto, sintió una cólera feroz, aunque la disimulaba bajo una capa de dulzura y suavidad.

Le habían usado como instrumento para despertar la cólera de Doc Savage y hacer que éste perdiera el buque. ¡Por vida de Alá…!

—¡Wallah! —murmuró, entre dientes.

Entonces, sacando el cordón de seda que llevaba anudado a la cintura y oculto bajo su albornoz, lo arrojó por entre los barrotes de la reja con fuerza.

Su mano tenía una gran experiencia… y consiguió enroscar el cordón en el cuello del hombre invisible. Enseguida, dando un salto hacia atrás, puso el cordón tirante, apretando la garganta de su amo

de ocasión.

Pasha Bey abrió mucho los ojos, al tiempo que una sonrisa de triunfo dilataba su faz. ¡Ya tenía su presa…! Ahora podría ahogarla cuando quisiera.

Pero, de pronto, ocurrió algo inesperado, que causó una inmensa sorpresa a los tres egipcios y a Doc y su amigo: la puerta se abrió de par en par… y un tropel de hombres salió atropelladamente… hombres que estaban con el amo de ocasión de Pasha Bey y sus camaradas.

¡Las hojas de acero brillaron en la sombra! Y las pistolas dispararon, llenando la callejuela de ruidos infernales.

Se originó una gritería espantosa en el oscuro túnel. Gritos, chillidos, juramentos y rugidos, llenaron el ambiente.

Pero la barahúnda terminó con la misma rapidez con que había empezado.

Pasha Bey y sus camaradas fueron asesinados con una rapidez tan grande como seguramente ellos no habían empleado en ninguno de sus muchos crímenes.

La puerta se cerró a espaldas de los asesinos fugitivos, mientras Pasha Bey y sus dos camaradas removíanse con los últimos estertores de la muerte, desangrándose sobre las húmedas losas del pavimento.

Long Tom y Doc Savage se deslizaron silenciosamente dentro del túnel oscuro. Los dos amigos se habían apartado del lugar del combate, practicando la vieja política de dejar que los perros se comieran a los perros.

Pero la verdad es que nunca pudieron sospechar que los asesinos pudieran huir y desaparecer del lugar del combate con tanta presteza.

La puerta era grande y sólida, y no se veía cerradura alguna al exterior. En cuanto a los barrotes de la rejilla, eran muy fuertes y gruesos.

Doc dirigió ahora el haz de luz de su linterna sobre los tres cadáveres. Era un espectáculo terrible, porque los cuerpos se iban desangrando lentamente, formando a su alrededor grandes charcos de sangre.

Los tres egipcios habían sido asesinados a puñaladas.

—¡Diablo! —murmuró Long Tom—. ¡Pasha Bey era un hombre de peligro, pero resultaba un verdadero niño de pecho comparado con sus enemigos!

Seguramente, estos individuos habían matado ya a mucha gente. ¡Porque realizar una tarea con tal prontitud, requiere mucha práctica!

Por lo visto, Pasha Bey había luchado cuerpo a cuerpo con uno de sus asaltantes. Y su mano derecha, crispada, retenía entre sus dedos descarnados, un cinturón.

Al caer, se lo había arrancado a su atacante.

Tenía unas tres pulgadas de ancho y era de cuero blando. Y a éste iban cosidas, una al lado de otra, numerosas insignias galoneadas, de forma circular.

Cada una de aquellas insignias llevaba, bordado, un nombre. Doc examinó algunos de los nombres.

«Sea Sylph, Henryetta, U. S. S., Voyager, Queen Neptune, Gotham Helle».

Sin hacer el más leve comentario, Doc Savage se guardó en un bolsillo el extraño cinturón. Luego se acercó a la rejilla y se aferró a los barrotes, tanteándolos.

Era evidente que el primitivo constructor de la casa los había puesto allí, seguro de que podrían desafiar la fuerza del hombre más corpulento. Eran, en efecto, muy sólidos.

Pero los fortísimos barrotes empezaron a gemir y a chirriar bajo las manos de acero de Doc Savage. Era algo fabuloso la fuerza que poseía.

El hecho de abrir las herraduras de los caballos o doblar monedas de medio dólar (eso que son las hazañas frecuentes de los atletas de profesión) resultaban cosa corriente y sin importancia para Doc Savage.

Con un chasquido de la madera del marco, uno de los barrotes saltó, y enseguida otro. Luego, con la ayuda de los dos barrotes arrancados, Doc Savage desarticuló los otros, pugnando por alcanzar con la mano a la aldaba.

A lo lejos, de la plaza de Mehemet Alí, llegaban gritos y voces, indicando que se acercaban corriendo los *bullis zebtieh*, es decir, la

policía egipcia, atraída por los disparos.

Doc consiguió abrir la puerta. Enseguida se precipitó en el interior, no llevando en sus manos otra cosa que su linterna.

Porque Doc Savage no utilizaba jamás en sus luchas armas de fuego.

Long Tom penetró detrás de Doc.

Atravesaron un corredor impregnado de olor del *samak* y de humo de tabaco. Otra puerta les cerró el paso.

Estaba cerrada también, pero era menos fuerte que la primera.

Doc Savage descargó un formidable puñetazo sobre la puerta, un puñetazo como sólo un puño de hierro era capaz de propinar y resistir. Y la hoja cedió como sí fuera de papel.

Pero al otro lado de la puerta sólo encontraron corredores y más corredores, habitaciones vacías, un silencio de muerte envolviéndolo todo y finalmente, unas cuantas puertas abiertas, que daban a otra calle. No se veía un alma.

—¡Se han escapado! —murmuró disgustado Long Tom.

—En efecto, amigo mío —asintió Doc—. Y nosotros, lo mejor que podemos hacer, es seguir su ejemplo. De otro modo, la policía podría detenernos para someternos a un interrogatorio, haciéndonos de este modo perder el buque.

Salieron, pues, a una callejuela apartada, y silenciosamente se alejaron de las proximidades de la plaza de Mehemet Alí.

IV
El hombre de las patillas blancas



Doc Savage y Long Tom llegaron al Hotel Londoner, sin obstáculo alguno.

Consultando su reloj, Doc pudo ver que faltaban dos horas para que zarpara el *Cameronic*.

Durante aquellas dos horas ocurrieron varias cosas. Y los incidentes eran de tal naturaleza, que demostraban bien a las claras la gravedad de los acontecimientos futuros.

—¡El cielo los confunda! —murmuró Long Tom, sonriendo con humor ingenuo—. ¡Yo que esperaba tener un viaje feliz y tranquilo hasta Nueva York!

Pero el gesto y la expresión de Long Toro desmentían sus palabras y sus quejas. Porque precisamente para Long Tom, como para cualquiera de los otros cuatro ayudantes de Doc Savage, no había nada más agradable ni codiciable que las emociones del peligro que resultaba del hecho de ir acompañando a Doc a través del mundo.

—Quisiera saber, Long Tom, si tú has sacado las mismas consecuencias que yo de lo que te ha ocurrido esta noche.

—¿Quieres decir lo que se oculta en realidad en el fondo de la cuestión, no es eso?

—Exacto.

—¡Ese individuo que ha intentado asesinarme, quería impedir que embarcásemos en el *Cameronic*. Quizá me alabo a mí mismo y a mis compañeros con ello, pero apostaría cualquier cosa a que ese

individuo quiso evitar que subiéramos a bordo de ese buque porque temía que le echáramos a perder algún negocio, algún proyecto diabólico que tendría algo que ver con el *Cameronic*!

Doc asintió, contestando:

—Mis sospechas van también por ese camino.

Long Tom acabó de hacer el equipaje, y luego preguntó:

—¿Y qué hay de nuestros cuatro compañeros?

—Han quedado en que se reunirían con nosotros en el buque.

Doc sacó de un bolsillo el cinturón que empuñó Pasha Bey, y se puso a examinarlo detenidamente.

Long Tom se acercó también, imitando a su jefe.

«Sea Sylph, Henryetta, U. S. S., Voyager, Queen Neptune».

Long Tom leyó en voz alta algunos de estos nombres bordados en el cinturón, y luego dijo:

—Oye, Doc, a mí estos nombres me parecen nombres de buques, ¿no te parece?

—En efecto —repuso Doc Savage—. De modo que cada una de estas insignias bordadas y circulares, es igual a la que lleva el capitán de un buque bordada en la banda de su gorra.

—¿Y no te es familiar alguno de estos nombres, Doc?

Doc no contestó enseguida. Pero sus ojos relucieron un instante, antes de decir con voz lenta y grave:

—¡Ya te contestaré a esto más tarde… después que vea si puedo confirmar cierta sospecha que tengo!

Long Tom no quiso insistir, sabiendo que nada conseguiría. Por las palabras y el tono de Doc, comprendió que el cinturón aquél, lleno de insignias de capitanes de buques, tenía una gran importancia.

Y por una razón difícil de definir, el cinturón, colgando ahora de la mano poderosa de Doc Savage, impresionó a Long Tom como algo que tuviera una propiedad extraña de siniestro augurio.

Acabaron de hacer su equipaje, y reuniendo luego los bultos, pagaron la cuenta del hotel, y dirigiéronse a un taxi que estaba estacionado frente a la puerta.

Precisamente, momentos antes de partir el coche, Long Tom compró un periódico de Alejandría, que se publicaba en inglés. Era

una de las últimas ediciones.

No había hecho más que empezar a ojear los epígrafes de la primera plana, cuando lanzó un grito de asombro.

—¡Oye, Doc! —¿qué te parece esta noticia?— dijo alargando el diario a Doc Savage.

Doc lo cogió y mientras el taxi iba recorriendo callejuelas estrechas, leyó la noticia a que se refería su amigo:

> «El empleado de un Banco, es encontrado asesinado».
>
> John Mack O'Minner, empleado en la Sucursal de Alejandría del Banco Americano, ha sido encontrado asesinado en las afueras de la capital en las primeras horas de esta noche. El cadáver presentaba señales de violencia, por lo que se cree que el criminal o criminales sometieron a su víctima a torturas y golpes antes de matarlo.
>
> El infeliz empleado parece que fue asesinado hace veinticuatro horas, por lo menos.

A primera vista, la noticia resultaba una cosa vulgar y corriente. Los crímenes y asesinatos no eran más frecuentes en Alejandría que en cualquier otra gran ciudad del globo.

Pero el muerto era empleado en el Banco Americano. Y este Banco era el que se había encargado de enviar el inmenso tesoro de diamantes de Doc Savage a Nueva York, piedras preciosas que tenían un valor incalculable.

El Banco había llevado las piedras preciosas a bordo del *Cameronic*, bajo una fuerte vigilancia, para ser transportadas a Nueva York.

—¡Ahora lo comprendo todo! —exclamó de pronto Long Tom, muy excitado—. El pobre empleado ése del Banco, fue secuestrado, y luego le torturaron hasta que le arrancaron la confesión de dónde estaban las piedras preciosas. Luego le asesinaron. Y la banda que ha cometido el crimen, ha intentado alejarnos a nosotros del *Cameronic*, para tener las manos libres y poder apoderarse de las piedras preciosas.

Doc, sin contestar, sacó el cinturón lleno de insignias de capitanes de buques, y se puso a examinarlo pensativamente.

Al llegar al muelle, encontraron el mismo ruidoso tumulto que acompaña a la partida de todos los grandes paquebotes.

Buhoneros y vendedores de todas clases gritaban hasta desgañitarse, anunciando y ofreciendo sus mercancías: empanadas de carne, nueces, dátiles, baratijas y juguetes, recuerdos de Alejandría para los turistas.

Los mozos y empleados se movían de acá para allá, afanosamente. Los policías gritaban.

El taxi de los dos amigos atravesó la barahúnda, y Doc Savage y su ayudante fueron a echar pie a tierra cerca de la entrada del muelle.

Doc Savage entregó sus maletas y bultos a uno de los mozos del *Cameronic*.

Después, los dos amigos perdieron algún tiempo mientras les arreglaban sus pasaportes.

Habían entrado en Egipto sin necesidad de pasaporte alguno, ya que venían a bordo del dirigible perdido, como etapa final de su gran aventura en el oasis desierto e ignorado.

Los documentos y papeles que el cónsul americano había entregado a Doc y sus camaradas, fueron al fin aceptados como buenos, y Doc y Long Tom pudieron subir a bordo del *Cameronic*, entre grupos de animados turistas.

La barahúnda y los gritos de los vendedores, intentando hacer una última venta, eran ensordecedores.

Pero apenas habían dado una docena de pasos, cuando se oyeron gritos terribles al fondo.

Luego, golpes. Y por último los alaridos de un hombre presa seguramente de un dolor espantoso.

Tres hombres, delgados, de tez oscura, surgieron por una de las puertas que salían al corredor. Iban medio desnudos, con los albornoces destrozados.

Uno de ellos chorreaba sangre de una herida en un brazo.

Detrás del último fugitivo, persiguiéndole de cerca, apareció un hombre delgado, elegantemente vestido, con todas las trazas de un perfecto gentleman. Sus ropas tenían un corte y un aspecto

impecables. A pesar de su aspecto colérico y como fuera de sí, sus vestidos se conservaban irreprochables como si estuviera presidiendo un banquete.

El gentleman esgrimía un pequeño y fino bastón de estoque. Era evidente que éste era el que había causado la herida en el brazo al fugitivo.

El elegante personaje era el brigadier general Teodoro Marley Brooks, más conocido por Ham.

Era uno de los abogados más inteligentes y hábiles que habían salido de la Universidad de Harvard, y uno de los cinco ayudantes de Doc Savage.

Casi pisando los talones a Ham, surgió también en el corredor el hombre más feo que quizá había puesto sus pies en el *Cameronic*.

Pesaba más de cien kilos y tenía el rostro y el aspecto de un gorila. Sus brazos eran unas cuantas pulgadas más largas que sus piernas.

Su piel estaba cubierta de una espesa maraña de cerdas rubias. Su faz, de expresión alegre, estaba llena de pequeñas cicatrices, semejantes a líneas delgadas y grises, como si un pollito, con las patas manchadas de yeso o cal, hubiera paseado por su rostro.

—¡Mono! —gritó una voz.

Ningún otro mote habría cuadrado mejor a aquel hombre. Y en su personalidad verdadera, es decir, como Teniente Coronel Andrew Blodgett Mayfair, estaba considerado como uno de los más grandes químicos modernos.

También era él uno de los cinco ayudantes de Doc Savage.

Monk y Ham se lanzaron furiosamente en persecución de los tres egipcios fugitivos.

El trío de hombres morenos se dirigió hacia uno de los corredores que conducían a la cubierta. Al llegar a ésta, sin vacilar, se acercaron a la borda y se lanzaron al agua.

El ruido de los tres cuerpos al caer, se oyó tan simultáneamente, que más bien pareció el choque de uno solo, repetido por el eco.

Doc y Long Tom llegaron a la borda, casi pisando los talones a Ham y a Monk.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Long Tom.

—Esos tres ratas que han intentado robarnos el equipaje de Doc

—explicó el grande y peludo Monk, en una voz que resultaba sorprendentemente dulce y suave en un hombre de tal corpulencia.

Ham sacudió su estoque, como si fuera un látigo corto. La hoja de acero silbó en el aire, lanzando una rociada de gotas rojas, que mancharon la cubierta y la borda.

—Estábamos en tu camarote, examinando las diversas piezas que vas a tener a tu disposición, cuando entraron esos individuos —explicó—. Acababan de traer el equipaje.

—Sí —asintió Doc—; hacía un momento que yo lo había enviado al camarote.

Entonces dirigió el haz de luz de su linterna hacia abajo, descubriendo a los tres bandidos que se alejaban nadando con todas sus fuerzas.

Monk se cogió a la borda, diciendo:

—Estoy por arrojarme yo también y perseguir a esos bandidos.

—¡Déjalos marchar! —contestó Doc—. Yo creo que sólo lograríamos descubrir que son forajidos vendidos sabe Dios a quién.

Monk se echó sobre una oreja un rebelde mechón de pelo, y preguntó:

—¿Tú tienes idea de lo que en realidad se oculta tras esto, Doc?

Doc no contestó; en cambio, Long Tom sonrió con una larga sonrisa, y repuso:

—¡El cinturón! Yo apostaría cualquier cosa a que los bandidos esos iban en busca de él.

—¿Qué cinturón es ése? —preguntaron a coro Ham y Monk.

Long Tom explicó entonces la aventura de las catacumbas, y describió lo ocurrido en la callejuela inmediata a la plaza de Mehemet Alí, donde encontraron, empuñado por la descarnada zarpa de Pasha Bey, el extraño y misterioso cinturón de las insignias de capitanes de buques.

Volvieron a los camarotes ocupados por Doc, donde Ham enfundó de nuevo su estoque, que se convirtió en un inofensivo bastón negro.

Ham no salía nunca a la calle sin aquel objeto.

Se habló unos momentos acerca del significado del famoso bastón, así como también se expusieron diferentes versiones acerca del peligro y el complot que por lo visto se había urdido contra

ellos.

Monk, soplándose los peludos puños pensativamente, dijo:

—¡Me parece que voy a dar una vuelta por todas las cubiertas, a ver si veo algo y puedo aclarar el misterio!

—Pues yo no lo haría —opuso vivamente Ham, con mordaz sarcasmo.

—¿Por qué no?

—Porque no hay necesidad de asustar a los otros pasajeros del buque antes de partir —repuso Ham, mirando de soslayo el rostro de Monk.

Esta interrupción tan poco amable, este comentario tan áspero era característico de Ham. Éste estaba siempre atormentando a Monk.

No desperdiciaba ocasión de divertirse o de gastar una broma a sus expensas. Así llevaban infinidad de años, desde que un incidente ocurrido durante la Gran Guerra, valió a Ham su mote.

Monk hizo un gesto terrible, dando a su rostro una expresión feroz, como disponiéndose a imitar un chillido de puerco.

Pero Doc intervino, diciendo, para alejar el peligro de una batalla verbal, que quizá duraría muchas horas:

—Mejor será que vayamos a buscar a nuestros compañeros ausentes. ¿Dónde están?

—Abajo, vigilando la cámara acorazada del buque —repuso Monk, mirando a Ham con el ceño fruncido y una expresión de contrariedad, al ver que se evitaba la refriega con su eterno enemigo.

Bajaron a una de las cubiertas intermedias, donde estaba instalada la caja del buque, un departamento enrejado, semejante a la caja de un Banco.

La espalda de este departamento era de espeso acero, tenía infinidad de cerraduras de seguridad y discos y combinaciones.

Era, en realidad, el cofre-fuerte del buque.

Grupos de pasajeros pululaban por allí, entregando valores, registrando efectos o joyas, o realizando, en fin, otras operaciones. Mezclados entre la multitud, se veían varios hombres fuertemente armados.

Eran guardias de la sucursal en Alejandría del Banco Americano,

que habían ido al buque a vigilar los diamantes de Doc Savage. Y allí habrían de permanecer hasta que el barco levara anclas.

Los famosos diamantes de Doc Savage estaban encerrados en la cámara acorazada del buque. Media docena de cajas idénticas, guardaban las piedras preciosas.

El valor del tesoro allí almacenado era algo fabuloso, incalculable.

Y había tal cantidad de piedras preciosas, que el valor de los diamantes habría bajado considerablemente en el mercado, de haber sido ofrecida aquélla de una sola vez. Doc pensaba, al contrario, disponer de ellas poco a poco.

Doc Savage tenía también el propósito de destinar el dinero que obtuviera con la venta de las piedras a hospitales y otras instituciones benéficas.

Dos hombres estaban sentados en los rincones inmediatos a la cámara acorazada, fuera del paso del público. Al ver al grupo de Doc, se levantaron, acercándose.

El primero de los recién llegados era un hombre casi tan alto como Doc y tan corpulento como Monk. Era un verdadero gigante.

Y, sin embargo, sus manos eran tan descomunales, que parecían empequeñecer y hacer casi enano el resto del cuerpo.

Este hombre era el coronel John Renwick, personaje conocido en muchos países como notabilísimo ingeniero. Renny, como se le llamaba en lenguaje familiar, era también notable por su tendencia a derribar puertas a puñetazos.

El segundo personaje era alto y delgado y tenía un aspecto extrañamente enfermizo. Sus ropas le colgaban de los hombros, como las de un espantapájaros.

Llevaba unas gafas enormes. El cristal izquierdo de las mismas era muy grueso, y era, en realidad, un lente de gran aumento.

William Harper Littlejohn había perdido el ojo izquierdo en la Gran Guerra.

Y como necesitaba en realidad un lente de aumento en su profesión de arqueólogo y geólogo, había tomado la decisión de ponérselo en tus gafas.

—¿Habéis visto algo sospechoso? —preguntó Doc Savage.

—¡Nada! —repuso Renny con aquel tono de voz que daba la

impresión de un león que ingiera desde el interior de su caverna—. No, vamos, nada en realidad, aunque…

—¿Qué quieres decir con eso?

—Verás; es que hace poco ha venido un señor y ha andado por aquí unos momentos —repuso Johnny, con su manera de hablar clara y precisa, que le delataba como uno de los alumnos más destacados de una famosa universidad americana—. Los dos lo hemos visto. Era un hombre muy alto, casi tan alto como Renny. Y tenía una barba y unas grandes patillas blancas.

—¡Parecía el Papá Noel! —dijo Renny riendo ruidosamente.

Johnny, quitándose las gafas, las limpió obstinadamente con su pañuelo, y luego continuó:

—Pero no fueron sus barbas blancas lo que en realidad nos llamó la atención; lo que nos chocó fue que el interesante anciano estuvo por aquí largo rato, contemplando la cámara acorazada. No sabemos por qué hizo esto. Porque no hemos podido ver que entregara alhajas ni nada de valor para ser guardados en el cofre-fuerte del barco.

—Quizás el hombre estaba calculando la resistencia de la cámara acorazada para ver si le conviene o no depositar ahí su dinero —comentó, con sarcasmo, Monk.

Johnny encogió sus huesudos hombros y luego se reajustó las gafas, diciendo:

—¡Tal vez! Pero a mí, la verdad, me pareció ver algo extraño en sus maneras.

Doc Savage y sus cinco amigos continuaron pasando lentamente por las cercanías de la cámara acorazada del buque.

No querían exponerse a correr riesgo alguno. El valor de los diamantes que llevaban a bordo, representaba una suma tan colosal, que se habría podido comprar con ella cualquier país.

Por eso era verosímil que un grupo osado de ladrones, intentara violar la cámara acorazada del *Cameronic*.

Nada de esto ocurrió, por fortuna. El gigantesco gentleman de las patillas blancas, no apareció por ninguna parte. Y entre gritos y trompetazos discordes de los indígenas, la escalerilla fue quitada.

Sonaron los pitos y silbatos, y el buque tan brillantemente iluminado, empezó a retroceder, pareciendo arrastrar también porte

de las aceitosas aguas del puerto.

Doc Savage, acompañado de Long Tom, se dirigió al gabinete de radiotelegrafía del buque. Allí, redactó Doc un mensaje, examinando, mientras lo hacía, detenidamente, el extraño cinturón de las insignias de capitán.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Long Tom.

Doc le tendió el radiograma, que decía:

> Inspector jefe de Scotland Yard. Londres.
>
> Quizás ustedes pudieran suministrarnos datos paradero actual siguientes buques: *Sea Sylph* Stop, *Henryetta* Stop, *U. S. S. Voyager* Stop, *Queen Neptuno* Stop. *Golham Helle* Stop. Envíeme radio administración vapor *Cameronic*.
>
> Doc Savage.

Long Tom se rascó pensativamente la cabeza, cubierta de finos cabellos, y preguntó:

—¿Crees que poniéndonos en contacto con los buques que se citan en el cinturón, se arrojará alguna luz sobre el misterio?

—Yo creo que la respuesta de Scotland Yard a este radiograma mío nos pondrá sobre la pista de algo infinitamente más horrible que nuestras actuales dificultades y peligros —repuso lentamente Doc.

—¿Qué quieres decir?

—Yo he oído hablar de la mayoría de esos buques, y lo que he oído… me hace sospechar algo terrible. Ya nos enteraremos de algo más concreto, una vez que recibamos la respuesta a mi radio, desde Scotland Yard.

Subieron a la cubierta, una vez transmitido el despacho con carácter urgente.

Las luces de Alejandría se iban perdiendo en la distancia, en la noche cálida y serena. Monk y los otros se unieron a Doc.

Juntos iniciaron una conversación junto a la borda, hablando acerca de sí peligros e inquietudes quedarían o no en tierra, tras ellos.

El *Cameronic* adquirió poco después una marcha suave, serena, lenta, porque los pasajeros, turistas en su mayor parte, habían pasado una jornada muy agitada, visitando las partes más notables de la ciudad, y se retiraron pronto a descansar.

El buque araba con su quilla las aguas a través de la noche callada y serena.

Esto le daba el aspecto de un inmenso ataúd, brillantemente iluminado.

La atmósfera del buque, el ambiente tenía también algo de tumba por el silencio y la quietud que envolvían al buque, tan nuevo y flamante, dando la impresión de que hacían un viaje hacia las regiones de la Muerte.

Y sólo cuando el lejano faro del Cabo de Figs se convirtió en un ojo mortecino y parpadeante en la distancia, se decidieron Doc y sus ayudantes a retirarse a sus camarotes.

V
El cinturón de calaveras



Una hora antes de amanecer, Doc Savage se levantó y, en traje de baño, se dirigió a la cubierta, donde se tomaban los baños de sol, para hacer su gimnasia.

La cubierta, en aquella hora tan temprana de la madrugada, estaba completamente desierta.

En un sitio a propósito, entre el bosque de jarcias, montacargas y ventiladores, Doc empezó a hacer sus ejercicios ordinarios.

Estos ejercicios eran la explicación lógica de la fuerza maravillosa que, física y mentalmente, poseía Doc Savage, duraban dos horas.

Cada segundo de aquel espacio de tiempo era aprovechado con velocidad y fuerza vertiginosa. Doc se había entregado a estos ejercicios desde su niñez, diariamente.

Acabados sus ejercicios diarios, Doc Savage se dispuso a regresar a su camarote. Pero, al dar la vuelta a un inmenso ventilador, se detuvo en seco, asombrado. Ante sus ojos acababa de surgir otro hombre, que estaba también haciendo gimnasia. Este individuo no se había dado cuenta de la presencia de Doc Savage.

Doc se quedó mirándole fijamente, fuertemente interesado por lo que veía.

El desconocido estaba sosteniéndose en sus manos y elevaba y bajaba el cuerpo lentamente.

Esto, que ya de por sí era una notable proeza, lo realizaba el desconocido con gran soltura y facilidad. Y lo repetía innumerables

veces.

Para ayudarse en sus ejercicios disponía de una polea de cables fuertemente distendidos. Cinco cables de aquéllos era lo sumo que un hombre ordinario habría podido manejar; sin embargo, el aparato poseía quince.

Y luego de realizar ejercicios con aquel aparato durante un rato, el desconocido empezó a dar brincos, apoyada en las manos, lanzando su cuerpo al aire con gran fuerza y habilidad.

El desconocido era un hombre corpulento y, por lo visto, de gran fuerza.

¡Y lo más notable era que llevaba una gran barba y unas patillas blancas!…

Esto era lo que hacía más notable su hazaña. En realidad, parecía un Papá Noel entregado a ejercicios de acrobacia.

Los ojos dorados y extraños de Doc Savage tenían ahora una expresión fría.

Pero estaba pensando que aquel hombre debía ser el que había despertado las sospechas de sus dos amigos, al presentarse en las cercanías de la cámara acorazada del buque, la noche anterior.

—¡Buenas noches! —se decidió a decir, de pronto, Doc Savage.

Un cañonazo estallado de pronto junto al desconocido no le habría producido el efecto que estas palabras de Doc. EL hombre de las patillas blancas se volvió vivísimamente, con el aire de un conejo asustado.

Y, al ver a Doc, emprendió una loca carrera en dirección a la borda de la cubierta, y se precipitó hacia la otra de más abajo.

Doc, con no poca sorpresa, se acercó a la borda también. Esperaba ver al misterioso gentleman de las patillas blancas, caído en la cubierta inmediata, con una pierna rota tal vez; pero en la cubierta no había más que las patillas y la barba blanca del desaparecido personaje.

Barba y patillas eran postizos, desde luego, y sin duda se le habían caído, reblandecida la gotea o la materia empleada para pegarla, a causa del sudor y la agitación.

Dos Savage bajó a la cubierta inmediata y recogió la barba y las patillas postizas.

Un ligero examen le convenció pronto de que no se trataba de

una simple barba postiza de las que usan en el teatro, sino que era toda una obra de arte, cuidadosamente elaborada.

El nombre del constructor estaba grabado en el interior del forro, junto a las señas de la tienda. La falsa barba había sido construida en Alejandría.

Doc se la llevó hacia la piscina, a donde se dirigió para tomar un baño, y la puso en el borde, mientras se bañaba. Estuvo en el agua algún tiempo, practicando diversos ejercicios.

Una de las veces desapareció bajo el agua larguísimo rato… varios minutos.

Esto era un truco y una habilidad que Doc Savage había aprendido de los maestros en el arte de la natación, que eran los pescadores de perlas de los mares del Sur.

AL fin regresó a su camarote, llevando consigo la barba postiza.

Pero, al atravesar el umbral, se detuvo en seco, mirando en torno, absorto.

Durante veinte o treinta segundos se pudo oír el extraño y dulce sonido que él sabía emitir, en la salita, el dormitorio y el cuartito de baño que formaban su serie de habitaciones o gran camarote.

Un sonido extraño, asombroso, sin armonía, que subía y bajaba en intensidad. Y mientras tanto, sus ojos dorados erraban por la estancia, asombradas e intrigados. El camarote, mejor dicho, las tres piezas de que éste se componía, habían sido registradas y revueltas.

Una labor decidida y minuciosa, la del ladrón o ladrones, que no se habían tomado el más leve trabajo para disimular su terrible hazaña.

Doc fue penetrando lentamente en cada una de las piezas de su camarote.

Y pronto pudo comprobar que sólo faltaba una cosa: el famoso cinturón de las insignias.

Doc Savage no dio muestra alguna de inquietud ni de agitación. Se limitó a contar lo ocurrido a sus hombres, durante el desayuno.

Y les contó también la aventura en que el atleta, aquel desconocido, había perdido su barba postiza.

—Bien, ¿qué me dices ahora? —estalló con voz de trueno Renny —. ¡Ya ves cómo no estábamos equivocados cuando sospechábamos de aquel individuo que apareció cerca de la cámara acorazada,

anoche!, ¿eh?

Long Tom miró fijamente a Doc Savage, preguntándole, con curiosidad:

—¿Cómo diablos no escondiste mejor el cinturón, Doc?

—¿Y para qué habría de esconderlo…? Ya viste que lo examinamos a nuestro antojo. Y yo recuerdo perfectamente los nombres de todos los buques que figuraban allí.

—Quizás ese cinturón hubiera servido para probar algo…

—Seguramente. Y yo sospecho que podremos descubrir la clave del misterio cuando recibamos la respuesta a mi radio a Scotland Yard, esta misma mañana.

—¿Y reconocerías tú al señor ése de las patillas blancas ahora, sin ellas? —preguntó a Doc Savage, Johnny.

—Probablemente. Pero me parece un hombre muy hábil para disfrazarse y transformarse. Quizá a estas horas ya se haya puesto otro disfraz.

EL resto del desayuno transcurrió en silencio, hasta que Ham protestó vivamente por haberle vertido Monk, adrede, mermelada de naranja en su impecable traje.

Durante el incidente, los mozos, alarmados, se movían en torno a la mesa, temerosos de que se originara una refriega de la que podía resultar un crimen.

—Bien —dijo Doc Savage, de pronto, para cortar el incidente—; ahora vamos a hacer algunas pesquisas e investigaciones relacionadas con aquella nota enviada a Long Tom para tenderle una emboscada.

—¡Hum! —intervino Renny, con sarcasmo—; ¿pero vosotros os creéis que el individuo que se ha llevado el cinturón iba a haberse olvidado de la nota también?

—Pues sí que se ha olvidado de ella; mejor dicho, no la ha podido coger, porque le separaba de ella una distancia igual a la mitad del buque —repuso Doc Savage, mostrando a sus camaradas el sitio donde llevaba escondida la famosa nota, metida en una cajita pequeña, flotante, de forma aplastada, y que se había sujetado con una cuerdecilla al cuerpo, debajo del traje de baño.

Renny hizo chocar sus puños cerrados, produciendo un ruido semejante al que habrían causado dos bloques de argamasa al

chocar, y dijo:

—¡Pues vaya con el misterio…! ¡Os juro que querría echar la mano al caballero ése que ahora va sin barbas postizas!

Johnny miró con su único ojo a través de sus gafas extrañas, y murmuró:

—¿Te apuestas cualquier cosa a que no ha sido el gentleman de la barba postiza el que ha registrado el camarote de Doc?

Renny lanzó un resoplido ruidoso, y contestó:

—¡Verás! ¡Uno de estos días vas a hacerme una apuesta en algo que no será tan seguro!

Era una costumbre constante de Johnny, ésta de hacer apuestas o desafiar a todo el mundo a que las hiciera, aunque no desafiaba a nadie a hacer una apuesta cuando veía la más remota probabilidad de perder.

El sobrecargo del *Cameronic* llevaba un libro-registro donde habían firmado todos los pasajeros al subir a bordo.

Doc se puso a examinar el libro, mientras sus camaradas miraban por encima de los hombros de su amigo.

—¡Vaya un lío de garabatos! —murmuró Monk, examinando los nombres que aparecían mal pergeñados en el libro—. Parecen hechos por patas de ranas.

—¡Pues anda, que tú puedes hablar, amigo! —comentó alegremente Ham, apuntando con la punta de su bastón de estoque a la firma de su eterno enemigo.

Ni el mismo Johnny, que había aprendido a descifrar antiguos jeroglíficos como una parte de sus estudios de arqueología, habría podido descifrar la firma de Monk.

—¡Aquí está! —dijo, de pronto, Doc.

Sus compañeros se acercaron más a él. Pero sólo cuando Doc hizo notar a sus amigos y camaradas ciertas características y similitudes de una firma, pudieron aquellos comprender que la mano que la había trazado era la misma que había escrito la famosa nota dirigida a Long Tom, y que puso a éste a las puertas de la muerte.

Todos leyeron el nombre en cuestión: «JACOB BLACK BRUZE».

—¡Hum! —murmuró Long Tom, con ironía—. ¡De modo que el pájaro que me envió a mí la nota se llama Bruze!

—¿Se apuesta alguno de vosotros algo a que ese Bruze no es el individuo que dio muerte a Pasha Bey y a sus dos colegas? —dijo, de pronto, Johnny, como el que se aferra a una esperanza de éxito.

Nadie le contestó.

—¡Vamos a hacer una visita a este caballerito! —propuso entonces Long Tom—. Tiene el camarote número 17, en la cubierta B., según aparece en el registro.

No perdieron tiempo en llegar a la cubierta B.

Doc llamó en la puerta del camarote número 17. Nadie contestó.

La puerta no estaba cerrada con llave, como pudieron comprobar, empujando ligeramente. Y entraron.

La litera estaba deshecha, demostrando que alguien había dormido en ella durante la noche.

Long Tom miró bajo la litera, dentro del armario, y abrió los departamentos que servían de ropero, de forma alargada.

—¡Ni una sombra de ropas ni de nada aquí dentro! —murmuró —. Ese individuo debe haber escapado de este camarote.

Doc extrajo una pequeña cajita metálica y, abriéndola, cogió con dos dedos un poco de polvo gris, que fue esparciendo por el pomo de la puerta, por la llave de la luz y por la estrecha baranda de la litera.

Luego, con ayuda de la lente de aumento de las gafas de Johnny, se puso a buscar huellas dactilares; pero no encontró nada.

—¡Voló! Llevaba razón Long Tom… El pájaro escapó de la jaula.

Una vez en el corredor, Doc detuvo al mayordomo que tenía a su cargo esta sección de camarotes, y le preguntó:

—Escuche: ¿qué señas tiene el señor que ocupa el camarote número 17 de esta cubierta?

—Es un señor muy alto, con una barba y unas patillas blancas — repuso el mayordomo.

—¡Ah, muy bien! Eso basta.

Long Tom se puso a pasear arriba y abajo, lleno de cólera. Luego dijo:

—Sí; se ve que el individuo ése, cuando tú lo descubriste, ha abandonado el camarote, temeroso de que le echaras el guante. Y ahora debe de estar escondido.

—Pues aún es una gran suerte que no haya salido del buque —

añadió Renny, con su voz de trueno—. Así nos queda el recurso de cazarlo.

—¡Esto es lo que vamos a hacer ahora mismo! —dijo Doc.

La cooperación del capitán del *Cameronic* sería, desde luego, una ayuda eficacísima en las investigaciones; así, pues, Doc Savage visitó inmediatamente al digno personaje.

El capitán se llamaba Ned Stanhope. Era un viejo de pequeña estatura, lleno de arrugas. Sus manos, surcadas de salientes venas azules, se agitaban a intervalos regulares con un temblor que delataba alguna enfermedad crónica.

Era todo lo contrario del tipo del capitán valeroso y osado, que Doc Savage conocía.

De todos modos, el capitán Stanhope tenía la voz aguda y fuerte de un verdadero patrón de velero. Era, además, un hombre muy cordial y amable.

—¡Desde luego, yo he oído hablar de usted y de sus camaradas! —dijo, con voz chillona, a Doc, aunque amablemente—. ¡Ya pueden ustedes iniciar las pesquisas que quieran a través del buque! Yo ordenaré a mis marineros que les presten su cooperación.

—Muchas gracias, capitán —repuso Doc.

Las pesquisas se iniciaron inmediatamente. Claro está que la caza del misterioso desaparecido habría de durar más de un día.

El *Cameronic* era un paquebote de gran tamaño, y sus cubiertas, galerías y camarotes eran innumerables.

Aparte de Doc, sólo Renny y Johnny habían visto al personaje de las barbas blancas. Esto, naturalmente, dificultaba la búsqueda.

Dos horas más tarde, un mensajero del gabinete de radio vino voceando el nombre de Doc Savage. Traía el radiograma en que Scotland Yard contestaba al radio de Doc.

Todos los amigos se agruparon alrededor de Savage, ansiosos de leer el despacho, que venía concebido en estos términos:

> Buques que usted nombra en su despacho, son todos navíos perdidos en alta mar durante últimos quince años aproximadamente. Punto. En cada caso no se ha sabido nada de la suerte de la nave. Punto. Todos han

desaparecido en el Océano Atlántico.

Inspector-Jefe de Scotland Yard.

—¡Por el Buey Apis! —rugió, con su voz de trueno, Renny—. ¡Entonces ya es indudable que las insignias del cinturón ése pertenecían, desde luego, a los capitanes de los buques perdidos! ¡Eran las que llevaban los capitanes en sus gorras!

Doc Savage asintió lentamente, diciendo:

—¡Sí, eso es lo que yo me temo! Al leer los nombres esos recordé que eran de buques perdidos en alta mar. Lo que yo quería comprobar era que todos esos buques habían naufragado, en efecto, en el Océano Atlántico.

—¡El dichoso cinturón ése! —dijo Ham, haciendo gestos amenazadores con su famoso bastón de estoque—. ¡Por algo pensé yo desde un principio que ese cinturón me recordaba un cinturón de calaveras!

—¡Un cinturón de calaveras de buques, de esqueletos de buques! —comentó Monk, olvidando un momento su eterna discordia y su duelo con Ham.

Ham, dejando de accionar con el bastón de estoque, miró a Doc, y dijo:

—Escucha: pudiera ser que esto fuera algo infinitamente más importante que el simple hecho de que alguien pretendiera robar nuestros diamantes, ¿no te parece?

—No me sorprendería nada —repuso Doc Savage.

Ham parpadeó fuertemente, preguntando entonces:

—Pero, en ese caso, ¿quieres decir que tienes una idea de lo que debemos hacer ahora, quiero decir, de lo que debe constituir nuestro objetivo inmediato?

—De ninguna manera —repuso Doc, con sinceridad.

A partir de aquel instante, el escrutinio de pasajeros y tripulantes del buque continuó cada vez con mayor vigor y entusiasmo. Todos los compañeros de Doc Savage llevaban el mismo propósito y la misma idea en su mente:

¡El cinturón misterioso, que resultaba en realidad un cinturón de calaveras!

¡Un cinturón de cadáveres de buques! ¿Era que había perseguido a los pobres navíos desaparecidos una suerte fatal, un hado terrible, y que la misma suerte, el mismo fin espantoso aguardaba al *Cameronic*?

Como las pesquisas e investigaciones adelantaban con el día, todos pudieron observar un hecho notable.

—¿Os habéis dado cuenta de que en los camarotes de primera clase van alojados una serie de tipos de pésima catadura? —preguntó Monk.

De todos modos, aunque era verdad que en numerosos camarotes de primera clase del buque iban unos tipos de aspecto rudo y vulgar, no podía decirse que despertaran sospechas de ninguna clase.

—Yo lo iba a decir —repuso Long Tom—. Los pasajeros de primera clase de todos los buques suelen ser gente adinerada, hombres de negocios con sus familias; pero aquí van treinta o cuarenta tipos que parecen recién salidos de un presidio.

Al fin llegó la noche. Doc y sus amigos no habían conseguido encontrar al misterioso personaje de la barba blanca.

Y una sorpresa les esperaba cuando, al fin, se decidieron a ir a sus camarotes respectivos, para vestirse sus trajes de noche y bajar al comedor.

Fue que en el saloncillo de la serie de piezas que componían el camarote de Doc éste encontró el famoso cinturón de las insignias.

El cinturón estaba en el suelo, y era evidente que había sido arrojado a través de una portilla.

Doc lo recogió y se puso a examinar la serie de insignias de capitán de buque. Sus amigos se agruparon a su alrededor.

—¡Por el Buey Apis! —exclamó Renny, con su voz de trueno, pronunciando su juramento favorito—. ¿Queréis ver lo que yo haría?

Los demás mostraron su asombro cada uno a su manera. Long Tom se rascó la cabeza, larga y pensativamente; Johnny se quitó las famosas gafas y empezó a limpiarlas obstinadamente; Monk hizo un gesto de asombro y como de terror; Ham, de un modo distraído, desenvainó unos cuantos centímetros su bastón de estoque.

Era una cosa extraña y desagradable la que acababan de

descubrir en aquel momento. Era algo horrible, en realidad, algo frío y estremecedor, como si la muerte hubiera surgido de pronto en medio de ellos.

¡El *Cameronic* había sido agregado, por lo visto, al cinturón de calaveras!

Porque, brillante y nueva; cosida con más cuidado y esmero que las otras, aparecía en el famoso cinturón la insignia del capitán del *Cameronic*.

Esta insignia había sido cosida en el espacio de tiempo que el cinturón estuvo en poder de sabe Dios quién, y luego había sido devuelto a Doc Savage.

—¡Esto me choca! —dijo Long Tom, muy intrigado—. ¿Para qué nos devuelven precisamente a nosotros el cinturón ése… como una pista… como un indicio…?

—Más bien como un aviso —dijo Doc, en tono convencido—. Nuestro enemigo, o enemigos, andan intentando coger nuestra cabra, como suele decirse. Eso, además, me huele a algo así como una bravata, una fanfarronada del enemigo, que quiere demostrarnos que no nos tiene miedo.

—Pero… ¿por qué se llevan el cinturón y luego nos lo devuelven?

—Quizá porque se han enterado de nuestro radiograma a Londres y de la respuesta de Scotland Yard.

Esta última sospecha fue confirmada cuando, yendo al encuentro del oficial de guardia aquel día en el gabinete de la radio, se pudo comprobar que alguien le había hojeado y desordenado su libro de copias al carbón de los despachos enviados y recibidos.

Esto, según el radiotelegrafista, debió haber ocurrido en un momento en que él salió del gabinete de radio, a fumar un cigarro.

Prosiguiendo las pesquisas, se pudo poner en claro que el capitán Ned Stanhope había perdido su gorra.

—¡Me juego mi barco —dijo el capitán, en su jerga de marino—, si tengo la más pequeña idea de lo que ha podido ser de mi gorra!

Doc Savage no quiso decir al capitán que quizá se la habían robado para añadir la insignia que en ella figuraba al famoso cinturón.

Olvidando la cena, Doc y sus cinco hombres continuaron las

pesquisas e indagaciones a través del buque.

Y a fin de facilitar la tarea para los tres compañeros que no habían conseguido ver al gigante de las barbas blancas, Doc Savage hizo un boceto al lápiz, reproduciendo los rasgos más característicos del famoso personaje.

—El nombre de ese individuo es probablemente el de Bruze —dijo luego Doc, en tono convencido—. Su firma está escrita con gran soltura, como de una persona acostumbrada a escribir ese nombre.

Las pesquisas realizadas durante la noche resultaron tan inútiles e infructuosas como las llevadas a cabo durante el día.

Pero, poco después de las diez, se hizo un descubrimiento que llenó a Doc Savage y a sus camaradas de inquietud y de curiosidad: un marinero gritó, en tono de alarma:

—¡Uno de los botes salvavidas ha desaparecido!

El bote, en efecto, a lo que parecía, fue descendido al mar silenciosa y furtivamente. El autor de la hazaña, fuera quien fuera, había tenido la precaución de engrasar y suavizar las cuerdas previamente.

Y resultaba muy extraño, casi asombroso, que semejante hazaña hubiera podido realizarse sin que nadie a bordo se diera cuenta de ella. Pero la verdad era que el bote había desaparecido.

—Se ve que el tipo ése, Bruze, lleno de terror, ha abandonado el buque —dijo Monk.

Doc no se mostró tan optimista, y repuso:

—Pues yo me limito a desear que no te equivoques, Monk. Ahora, la única manera que tenemos de cerciorarnos de ello es esperar y ver lo que sucede.

Parece que nuestras pesquisas, de momento, serán inútiles. Porque un hombre tan hábil y astuto como Bruze nos podría burlar con facilidad en un buque de esta importancia y de tan gran tamaño. Sobre todo si, como yo me temo, se ha apresurado a adoptar otro disfraz.

VI
La batalla en el mar



Cuando pasaron varios días sin que ocurriera nada sospechoso ni alarmante, la sospecha de Monk de que Bruze había escapado del *Cameronic* en un bote salvavidas, fue aceptada por todos como indudable.

El paquebote pasó al fin el estrecho de Gibraltar, dejando atrás la majestuosa montaña rocosa. Un día después de haber cruzado frente a Gibraltar, nieblas, nubes y lluvia a ratos.

La radio anunciaba que estas condiciones atmosféricas tan desfavorables predominaban en todo el Atlántico y persistirían por algún tiempo, tal vez durante una semana.

La noche después de haber penetrado el buque en la niebla y la lluvia, Doc Savage pudo descubrir, sin el más ligero género de duda, que el llamado Bruze no había quedado atrás en modo alguno, como creyeron al principio.

Y el descubrimiento se hizo de un modo que parecía vaticinar y anunciar una muerte violenta e inesperada.

Doc y sus camaradas asistían en el gran comedor del buque, a una fiesta nocturna, organizada al estilo de los grandes cabarets nocturnos, y que se prolongó hasta muy tarde.

Actores neoyorquinos, contratados por la Compañía del *Cameronic* para estos cruceros mediterráneos, tomaban parte en la fiesta, divirtiendo a los pasajeros.

Y nadie, en medio de la animación de la fiesta, se pudo dar cuenta de que un individuo de mala catadura y rostro sombrío

abandonaba la fiesta y salía del comedor lentamente, como un pasajero aburrido que se retira a su camarote.

Otro viajero también de aspecto poco tranquilizador hizo lo propio, y luego otro, y otro, hasta llegar casi a una docena.

Todos estos señores eran gentes que ocupaban los camarotes de más lujo y precio en el buque. Y fueron a reunirse en uno de los mejores y más espaciosos de la nave. Allí les esperaban otros hombres. En total, unos cincuenta.

Un gigante de rostro torvo y duro y perfil soberbio de ave de presa, ocupó la silla presidencial del centro de la estancia.

La noche era calurosa y el aire era pesado a causa de la lluvia, lo que había hecho al gigantón quitarse la camisa. Su torso presentaba una musculatura de atleta.

Sus bíceps eran colosales, algo más pequeños que balones de fútbol. El presidente guardó un silencio feroz y como agresivo, mientras sus compañeros iban penetrando en el gran salón del inmenso camarote, y al fin dijo:

—¡Savage y sus amigos están en la fiesta que se celebra en el gran comedor a estilo de cabaret! De modo que no hay peligro alguno de que nos espíen o sorprendan.

El personaje de aspecto y rostro infernales se movía en su silla impacientemente. Y sus músculos gigantescos semejaban animales vivos e inquietos bajo su piel morena.

—Esta noche —continuó diciendo— vamos a iniciar la batalla. Seguiremos nuestro plan de costumbre, el mismo que pusimos en práctica en los otros buques. Sólo que aquí vamos a añadir otro número al programa. ¡La primera cosa que tenemos que hacer es desembarazarnos de Doc Savage y de sus amigos!

Los compañeros del jefe, agrupados como una piña, parecían un campo de trigo agitado por un huracán. Y uno de ellos se atrevió a murmurar:

—¡Eso no será tan fácil como dices, Bruze!

El gigante le miró con una sonrisa de inmenso desprecio, preguntándole:

—¿Tienes miedo, acaso…?

El interpelado guardó silencio.

—Pues yo os digo —continuó otra vez Bruze— que no habéis de

tener miedo a nada. ¡Miradme a mí! —y cerró los puños, distendiendo sus músculos hasta darles el aspecto de enormes bolas de acero o cables metálicos—. ¡Ese Doc Savage quizá sea un hombre fuerte y duro; pero yo os digo que no podrá vencerme!

Y el gigante terrible añadió, orgulloso de su fuerza:

—¡Os juro que a todos ellos sería muy capaz de despedazarlos entre mis dedos con sólo mis manos!

Los otros se agitaron inquietamente. Si vacilaban, comprendieron que no serla prudente decirlo. Así, pues, contuvieron sus lenguas tras sus labios secos, y guardaron silencio. Bruze se golpeó sus bíceps enormes, y dijo:

—¡Pero no tendré que usar esto! ¡Con esto me bastará!

Y se dio unos golpecitos en la frente, añadiendo:

—Y os demostraré que soy tan listo y dispongo de tanto ingenio como pueda tener Doc Savage.

De nuevo el concurso guardó silencio, no atreviéndose a exponer sus dudas y escepticismo.

Bruze era un hombre vanidoso y fatuo, orgulloso de su fuerza y poderío, y cualquiera que le llevara la contraria se exponía a ser aplastado por la fuerza inmensa de sus puños.

La camisa enorme del personaje estaba encima de la mesa. De pronto, Bruze la levantó, mostrando media docena de botellas, llenas de un líquido casi incoloro.

Bruze distribuyó las seis botellas entre otros tantos hombres, y murmuró:

—¡Bien, tomad! Vosotros va sabéis lo que tenéis que hacer. ¡Una botella para Doc Savage y otra para cada uno de sus camaradas!

Los seis hombres a quienes se entregaban las botellas asintieron de un modo nervioso. Y Bruze continuó:

—Después que el líquido contenido en estas botellas haya surtido su efecto, continuaremos hacia adelante, hasta la completa realización de nuestros planes. ¿Estáis todos enterados de vuestro cometido…?

Como un solo hombre, todos asintieron en silencio.

—¡Ya debéis saberlo! —sonrió, con ironía, su jefe—. Porque habéis hecho la misma cosa a menudo en otros buques. ¡Bien, y ahora, salid todos y manos a la obra!

El salón del camarote se vio pronto despejado de aquella turba hedionda.

Cuando el último de sus camaradas hubo salido, Bruze se puso en pie, se desperezó rudamente, y luego se acercó a un gran baúl que había en un ángulo de la estancia.

Se metió e instaló dentro y cerró la tapa sobre su cabeza.

Era un escondite incómodo, desde luego, pero que le había protegido, evitando que los criados del buque delataran su presencia a Doc Savage.

Bruze había conseguido sustraerse a la persecución de Doc y sus hombres recorriendo el buque, de punta a punta, disfrazado de mecánico grasiento y sucio.

El aire penetraba en el baúl a través de agujeros bien disimulados.

Muy débilmente, como llegando de muy lejos, Bruze escuchaba desde su escondite los lejanos arpegios de la orquesta.

Allá, en el gran comedor donde se celebraba la fiesta, todos los artistas habían aparecido en la sala para el gran número final y apoteósico. Y la fiesta terminó poco después. Doc y sus camaradas se dirigieron entonces a la cubierta superior, formando un grupo compacto, en busca de sus camarotes, que estaban situados muy cerca unos de otros.

Monk abrió la boca terriblemente, en un espantosísimo bostezo, y comentó:

—¡Parece que, al menos, este viaje va a ser tranquilo!

Pero pronto iba a convencerse de su equivocación.

Separándose los seis amigos, cada cual penetró en su camarote respectivo.

Doc, con gran calma, se quitó el smoking y luego se desabotonó el chaleco.

Y no observó nada extraordinario en su camarote.

En un ángulo, sobre una mesita, había una garrafa con agua de hielo. Doc se sirvió un vaso, llevándoselo a los labios y, al ver que el agua estaba muy fría, esperó un momento.

Su gran conocimiento de la naturaleza humana y de sus necesidades físicas le había enseñado que era poco prudente, por no decir perjudicial, beber agua excesivamente fría.

Así es que se decidió a arrojar el agua en el lavabo.

Inmediatamente se originó como un chisporroteo al tiempo que un vapor blanquecino surgía del lavabo, esparciéndose con increíble velocidad a través de la estancia.

Pero mucho antes de que la nube de humo tan extraña hubiera podido llegar al sitio donde estaba Doc, éste había salido del camarote.

Doc habíase dado cuenta del peligro instantáneamente. Dentro del lavabo, pero disimulado en el interior del tubo de desagüe, debían haber echado alguna substancia química, algunos polvos extraños, que se convertían en gas venenoso al entrar en contacto con el agua.

Una vez en el corredor, cerró la puerta vivísimamente. E, inmediatamente, corrió al camarote de Monk, que era el más cercano al suyo.

La puerta estaba cerrada con llave. Pero un sencillo puñetazo de sus manos de acero derribó una de las hojas.

Entonces pudo ver al pobre Monk, caído en el suelo, como un inmenso y retorcido montón de carne.

Conteniendo la respiración, Doc se lanzó hacia el interior del camarote, y un instante después sus manos de hierro habían levantado el cuerpo inerte de su infeliz amigo, al que llevó hacia el hall de aquella cubierta, poniéndolo lejos del alcance de la nube mortífera de gas.

Doc cogió una muñeca de Monk, buscando el pulso. Y, al hacerlo, un frío glacial se retrató en sus facciones, una especie de terrible presentimiento…

Y su cuerpo de acero pareció adquirir una intensa rigidez de horror y espanto.

¡Monk estaba muerto!

Entonces, corriendo con una velocidad que sólo el ojo humano habría podido seguir, Doc Savage voló hacia el camarote de Ham.

Derribó la puerta de un empellón formidable, entró, conteniendo su respiración, y sacó el inerte cuerpo del abogado.

¡Ham estaba también muerto!

Rápidamente, Doc empujó las puertas de los otros tres camarotes. Renny, Long Tom y Johnny habían podido escapar de la

horrible suerte de los otros dos por no haberse acercado al lavabo a lavarse antes de irse a la cama.

—¡Traeos los cadáveres más acá… fuera del radio de acción del gas venenoso! —gritó Dos Savage.

Los tres supervivientes obedecieron la orden, con los rostros contraídos por el dolor y la sorpresa.

¡Monk y Ham…!

¡Ninguno podía dar crédito a sus ojos y creer que los dos buenos amigos estaban muertos! Se volvieron, lívidos, a mirar a Doc, encontrándose con que ya había desaparecido.

Doc Savage, conteniendo el aliento para no respirar el gas mortífero, había vuelto a penetrar en su camarote.

Abriendo violenta y velozmente una maleta, cogió lo que había venido a buscar, esto es, herramientas y utensilios de los dos oficios en que estaba más experimentado.

En un intervalo de tiempo inverosímilmente corto, Doc Savage volvió junto a sus tres compañeros.

Éstos contemplaron con expresión de tristeza a Doc Savage cuando se puso manos a la obra.

Pero luego, conforme Don avanzaba en su tarea, los rostros de sus tres ayudantes tomaban una expresión más confiada, más llena de esperanza.

Se inclinaban hacia adelante, presas de gran ansiedad.

Porque allí, en el hall de los camarotes, bajo las luces no muy intensas del buque, a aquellas avanzadas horas de la noche, estaban presenciando uno de los milagros de la moderna ciencia médica, una de las maravillas de la ciencia servida por un hombre inteligentísimo.

Los corazones de Monk y Ham se habían parado. La respiración había cesado en ambos. Y, según todas las apariencias, estaban muertos.

Lo que estaba haciendo Doc Savage había sido realizado antes por un gran médico. Pero seguramente jamás en tales condiciones.

A los tres testigos, que no conocían apenas nada de estas cosas, lo que estaba ocurriendo se les antojaba algo que rayaba en lo sobrenatural.

Pero Doc Savage, introduciendo adrenalina y otros poderosos

estimulantes en los cuerpos de sus dos amigos, por medio de inyecciones, consiguió que el corazón de ambos reanudara su funcionamiento.

El pulso, es decir, el movimiento de la sangre, se restableció inmediatamente.

Luego, con una pequeña bomba respiratoria, extrajo de los pulmones de sus dos amigos los restos del veneno respirado, consiguiendo asimismo restablecer la respiración.

¡Trabajó durante una hora… dos… tres!

Y fue un momento emocionante cuando Ham y Monk, ya trasladados a sus literas, abrieron los ojos. Veinte minutos más tarde, ambos parecían reconocer a sus amigos y podían fruncir levemente el ceño.

Los ojos de ambos buscaban la figura bronceada y gigantesca de Doc Savage.

Aún no podían hablar coherentemente. Pero sus ojos expresaban ya con toda claridad su pensamiento: que debían su vida una vez más al gigante de acero, capaz de realizar milagros.

Doc habíales salvado de muchos peligros en anteriores ocasiones, incluso les había arrancado más de una vez de las garras mismas de la muerte.

Pero en aquella ocasión había ido más lejos todavía; había penetrado en el mismo reino de la muerte, para volver a traerlos a la vida y al mundo.

Doc Savage permaneció con las dos víctimas durante el resto de la noche, a excepción de los pocos momentos que dedicó a librar los camarotes de los efectos del gas venenoso, en los que aún no se había evaporado y neutralizado su acción.

Esto lo consiguió, sencillamente, vertiendo agua en los lavabos que contenían la misteriosa substancia química, al tiempo que aguantaba la respiración, y dejar luego que el gas tóxico saliera al exterior por una de las portillas abiertas a tal fin.

Varias veces volvió a poner nuevas inyecciones a los dos heridos. El corazón de ambos palpitaba todavía muy débilmente, pero era indudable que mejoraban por momentos.

Y esta certidumbre llenaba de alegría a Doc y a los otros.

Se decidió que Renny, Long Tom y Johnny permanecerían junto

a los dos enfermos. Todos ellos quedaron armados con pequeñas pistolas ametralladoras, invento del propio Doc.

Estas armas eran parecidas a las pistolas automáticas corrientes, aunque con el cargador en forma de espiral.

Podían disparar con tal velocidad que sobrepasaban bajo este aspecto a las más modernas ametralladoras de aeroplanos.

Doc y sus hombres tenían una táctica y una política especial respecto a matar a sus enemigos, incluso en los más terribles combates.

En cambio, sus enemigos empleaban contra ellos toda clase de armas, incluso las más desleales de la emboscada y la traición.

Pero en aquel momento los rostros de Renny y de sus dos compañeros de guardia tenían un aspecto duro y torvo.

No habría sido extraño que, de verse atacados por Bruze y los suyos, hubieran tirado por la borda sus propósitos de tratar al enemigo siempre con cierta dulzura.

Doc salió del camarote. No quiso decir nada a sus amigos acerca de lo que proyectaba. Sus hombres por lo demás, no le preguntaron nada tampoco.

Todos comprendían que Doc Savage se aprestaba a hacer por sí mismo, por sí solo, la caza del criminal que había atentado contra sus compañeros.

Empezaba a amanecer. Pero no hacía sol. El cielo estaba cubierto de pizarrosas nubes.

Algunas pasaban tan bajas que parecían rozar las chimeneas del buque.

Y empezaba a caer una lluvia menuda, que iba lavando las cubiertas de la nave de un modo lento y monótono.

Durante la noche se había producido otro horrible incidente. La primera noticia que Doc Savage tuvo de él fue al oír un diálogo vivo entre dos criados del buque:

—¡El operador se volvió loco!

—¡Caramba, no era para menos! —dijo el otro.

—¡Y tanto! Dos de los pasajeros de primera clase han presenciado parte del drama, ¿sabes…? AL oír el ruido acudieron al gabinete de radio, donde el operador, enloquecido, estaba rompiendo a golpes el aparato transmisor.

—¿Pero había matado ya a su compañero? —preguntó el otro.

—Los dos pasajeros ésos dicen que sí. Entonces el loco se suicidó, disparándose un tiro en la cabeza.

Doc miró a los dos criados un momento. Y un momento después estaba en el gabinete de la radio.

Era una estancia amplia, llena de aparatos, entre los que descollaban los aparatos transmisores y receptores, compuestos de cuatro series o equipos, dos de onda corta y dos larga.

Cuando menos había siempre dos operadores de guardia en el gabinete.

La estancia aparecía convertida en un verdadero campo de batalla. Todos los aparatos estaban destrozados, sin posibilidad de reparación.

Por lo visto, se había usado un hacha para realizar los destrozos. Restos de alambres llenaban el suelo. Y por encima de todos los restos de la catástrofe, se veían esparcidos infinidad de cristales, de numerosas botellas rotas.

En un rincón, yacía el cuerpo de uno de los operadores de la radio. Su cabeza aparecía partido en canal de un hachazo.

El segundo operador estaba a su vez caído en el centro de la estancia. El infeliz había muerto evidentemente, a consecuencia de un disparo del revólver que se veía a pocos pasos.

El médico de a bordo estaba allí cuando entró Doc Savage. Al ver a Doc le dijo, señalando al operador muerto de un tiro:

—Este individuo fue el que mató a su compañero, destrozó el gabinete de radio y luego se suicidó.

Los dorados ojos de Doc observaron varias veces la estancia.

—¡Pues, yo no lo creo así! —dijo lentamente.

—¡Señor! —protestó el médico—; no sostenga usted teorías ridículas. ¡Dos pasajeros de primera clase del buque han presenciado parte de la tragedia, lo han visto con sus ojos!

Doc Savage se quedó mirando al presunto suicida. A la aguda vista de Doc Savage no escapaba nada, y él no podía admitir aquella teoría.

¡No, nada de cuanto decía el médico había ocurrido allí! ¡El presunto suicida ni siquiera había estado en el gabinete cuando los aparatos fueron destrozados!

Lo mismo el operador muerto de un hachazo que cuanto había en la estancia, aparecía cubierto de trozos de cristales. En cambio, ni uno solo de éstos se veía sobre las ropas del presunto suicida.

Y de haber él roto los aparatos, con sus tubos, botellas y cristales de todas clases, los trozos de éstos le habrían salpicado más o menos.

—¿Dónde están esos dos pasajeros de primera clase que han presenciado el crimen? —preguntó Doc Savage torvamente.

El médico frunció el ceño, examinando a su interlocutor con curiosidad nueva. El hombre de bronce le había irritado al principio; pero ahora, su presencia empezaba a producirle cierto miedo.

—¡Por ahí deben andar! —dijo el médico al fin—. ¡Ah, mírelos, allí están!

Señaló a los dos hombres. Ambos llevaban unos llamativos trajes de sport, a pesar de la lluvia que seguía cayendo. Sus corbatas y camisas resultaban de cierto mal gusto. Y su aspecto era duro, hostil, como si estuvieran irritados.

—¿Es a nosotros a quien llaman? —dijo uno de ellos, frunciendo el ceño.

Doc se acercó a ellos. Sus movimientos eran naturales, pero se adivinaba bajo ellos una fuerza de felino. Y su cuerpo todo parecía brillar.

—¿Ustedes vieron aquello…?

—¿Quién es usted?

—¿Ustedes vieron aquello? —repitió Doc Savage.

Los otros torcieron el gesto, apretando los labios agresivamente. Sus hombros se levantaron con aire amenazador. Pero sus ojos giraban con una expresión de inquietud.

—¿Qué diablos quiere usted, vamos a ver? —dijo uno, poniéndose en jarras.

Doc se acercó más, mirando detenidamente los trajes de las dos desconocidos. Luego preguntó:

—¿Cómo es que llevan ustedes los trajes cubiertos de trozos de cristales?

Los ojos de los dos desconocidos tomaron una expresión de angustia.

Ambos se mojaron los labios secos varias veces.

Doc conocía aquellos signos; buscaban en su mente una mentira.

Uno de ellos murmuró al fin:

—Nosotros acudimos al oír el ruido de la lucha, y al llegar al gabinete de radio pudimos ver que uno de los operadores estaba destrozando a hachazos todos los aparatos. Naturalmente, intentamos detenerlo y durante aquellos instantes, seguramente, nos saltaron estos trozos a la ropa.

Doc Savage se puso en movimiento, con tal celeridad, que su cuerpo de bronce se convirtió en una mancha borrosa.

Los dos desconocidos lanzaron sendos gritos de sorpresa y retrocediendo, sin comprender lo que ocurría. Porque Doc no había hecho sino tocar ligeramente en sus rostros.

—¿Cómo…? ¿Nos abofetea usted? —rugió uno de ellos.

Y los dos se llevaron la diestra a la cara.

Pero entonces ocurrió algo asombroso, inexplicable: los dos desconocidos parecieron quedarse dormidos de pie, y luego cayeron pesadamente al suelo.

Y dos pistolas que apenas habían sido sacadas de sus fundas, fueron rebotando por la cubierta.

El médico del *Cameronic* gritó con todas sus fuerzas:

—¿Qué es eso?, ¿qué ha hecho usted?

Doc no quiso aclarar el misterio.

Como un gigante de acero bajo la lluvia, se dirigió hacia el puente de la nave. La lluvia caía tristemente, oscureciendo el suelo.

El viento silbaba, formando pequeños remolinos.

Doc iba descubierto, y la lluvia parecía resbalar sobre su cabeza, sin mojarle. Su pelo de color de bronce, suave y rígido a la vez, parecía ser impermeable a la lluvia.

El capitán Ned Stanhope, del *Cameronic*, tenía sus habitaciones debajo del puente mismo. Sus oficiales también ocupaban camarotes inmediatos.

El capitán no estaba en el puente.

Doc se decidió entonces a llamar en la puerta de su despacho.

—¿Quién es? —preguntó la voz del capitán Stanhope al otro lado de la puerta.

Pero era una voz extrañamente cambiada. Ya no tenía aquella

nota dura y aguda de viejo lobo marino; ahora tenía un tono quejumbroso, plañidero, como forzado.

—¡Es Doc Savage!

Pasó un largo minuto.

—¿Qué quiere usted? —preguntó al fin la voz del capitán.

Por toda respuesta, Doc empujó la puerta del despacho, y entró.

El capitán Stanhope gritó, colérico:

—¡Salga de aquí inmediatamente! ¿Qué diablos tiene usted que entrar aquí, sin dársele permiso para ello…?

Más parecido que nunca a una vieja arrugada y decrépita, el capitán de la nave estaba sentado en un sillón giratorio, ante su mesa de trabajo. Sus ojos relucían con un brillo extraño.

El temblor de sus manos era más intenso y le molestaba más que nunca.

Un revólver negro yacía sobre su mesa, junto a su codo derecho.

La luz de la estancia —la iluminación artificial era necesaria, a causa de la oscuridad del día—, hacía relucir terriblemente los ojos de acero de Doc Savage, que preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, capitán?

—¡Nada! ¿Qué diablos quiere usted que haya ocurrido…? ¿Por qué me pregunta usted eso…?

Aquél era un capitán muy diferente del que Doc Savage había conocido antes, tan amable y obsequioso.

—¿Qué quiere usted, vamos a ver? ¡Dígamelo pronto, y salga de aquí inmediatamente!

—Se trata de los operadores del gabinete de radio…

—¡Ya estoy enterado de todo! —le interrumpió iracundo, el capitán—. ¡No puede usted decirme nada que no sepa ya! ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

—Pero… ¿usted está enterado de que esos dos hombres han sido asesinados…?

Los ojos del capitán Stanhope, muy abiertos ahora, giraron con asombro en sus órbitas, y dijo:

—¡Está usted loco!

—¡Le digo a usted que los dos operadores de la radio han sido asesinados por…!

El capitán le interrumpió otra vez, con agudo chillido de vieja

irritada, y, cogiendo el revólver que estaba sobre la mesa, apuntó a Doc, al tiempo que lo montaba. Enseguida rugió:

—¡Salga le digo! ¡No quiero oírle hablar más! ¡Viene usted a molestarme nada más! ¡Usted me pidió permiso para registrar mi buque de cabo a rabo, y yo se lo concedí gustoso! Pero yo debí comprender antes que estaba usted loco. ¡Y usted pretende revolucionar por completo mi buque!

—¡Pero capitán Stanhope…!

—¡Calle, le digo! —¡Salga inmediatamente!

El revólver se agitó y avanzó amenazador en el aire.

Entonces, sin decir nada más, Doc Savage salió de la estancia.

Doc Savage contó a sus compañeros todo cuanto ocurría, acabando con una declaración franca de su hipótesis:

—¡Naturalmente, los dos desconocidos ésos que iban vestidos con trajes de deporte, han sido los que asesinaron a los operadores de radio y han destrozado el gabinete!

Renny hizo chocar sus puños enormes, preguntando:

—Pero ¿qué le ha pasado al capitán, caramba?

—Muy sencillo: parece que no quiere seguir ayudándonos…

La voz de Doc tenía la misma nota serena de siempre, acaso un poco más seca…

—Entonces… ¿tú crees que el capitán es cómplice de Bruze?

Doc contestó lentamente:

—Eso ya lo veremos.

Dejando a sus colegas en el camarote. Doc salió a dar una vuelta. E hizo algunos descubrimientos, que vinieron a añadir nueva tensión a la situación.

En primer lugar, el almacén de equipajes había sido saqueado durante la noche. Todos los baúles y maletas fueron abiertos, y el contenido de ellos esparcido por el suelo.

Un aparato de radio, transmisor y receptor que llevaba Doc en una caja, había sido inutilizado, sin esperanza de poder repararlo en modo alguno.

Y otro tanto se había hecho con dos brújulas.

Una visita hecha al taller de a bordo cercioró a Doc de que aquello también fue saqueado. Y todos los utensilios que hubieran podido ser utilizados para construir un equipo de telegrafía sin hilos

o de radio, estaban destrozados de modo irreparable, o echados al mar.

El médico de a bordo se encontró con Doc Savage. Se había llevado a sus camarotes a los dos hombres vestidos con trajes de sport.

Y quería que Doc le explicara qué les pasaba a los desconocidos, por qué dormían tan profundamente.

Doc, en vez de contestar a lo que le preguntaba el doctor, dijo:

—Yo iré a verles y les haré despertar. Y entonces veremos qué pueden decirnos.

Pero los dos desconocidos no estaban ya en sus camarotes.

Sospechando lo que había ocurrido, Doc subió a las cubiertas azotadas por la lluvia, y allí encontró huellas de que dos cuerpos humanos habían sido echados por la borda al mar.

Ambos desconocidos estaban bajo la influencia de una droga, administrada a ellos por medio de una pequeña jeringa disimulada en la diestra de Doc, cuando éste les dio las ligeras bofetadas.

Doc Savage proyectaba, cuando se dirigió a los camarotes de los dos desconocidos, hacerles volver en sí y obligarles a hablar.

Pero Bruze debía haber adivinado sus planes, y se le adelantó, apoderándose de los dos desconocidos y disponiendo de ellos a su antojo.

Doc regresó junto a sus amigos.

Pasaban las horas. Nada desagradable ocurrió. Y cuando llegó la hora de comer, sacaron alimentos de sus propios equipajes, únicas cosas que estaban seguros de que no estarían envenenadas.

La vida a bordo del *Cameronic*, se deslizaba aparentemente como de ordinario.

Los pasajeros paseaban a ratos por las cubiertas, riendo y bromeando acerca de lo pésimo del tiempo.

La orquesta de a bordo tocaba, se hicieron carreras de caballos mecánicos y aquella noche hubo una fiesta.

La sirena rugía monótona a intervalos regulares, y su sonido ronco parecía perforar la niebla y la lluvia.

Y como un monstruo que atravesara la ligera corteza de otro planeta, el *Cameronic* continuaba lentamente su ruta.

VII
La trama infernal



¡Siete días…! ¡Siete días ya…! Siete siglos, en un mundo fantástico, donde todo era oscuridad, silencio, un mar siniestro, nubes y lluvia.

Ni una sola vez se mostró el más leve rasgón de cielo azul. Ni ocurrió nada en aquellos días, a pesar de que Doc Savage, durante las horas interminables, estuvo paseando sin cesar por las cubiertas, por los salones del buque, como desafiando a sus ocultos enemigos.

Monk y Ham estaban ya levantados, algo débiles todavía, pero tan firmes y decididos como siempre.

—¡Jamás había visto un tiempo tan malo! —murmuró Monk con su voz de trueno.

Ham pasó el pañuelo por su bastón de estoque, secándolo, y repuso:

—En mi opinión, ya debíamos estar en Nueva York.

—Es que el buque va a marcha muy moderada —recordó Renny.

Monk lanzó un terrible resoplido, diciendo:

—¡Quizá no hacemos rumbo a Nueva York! ¡Siete días ya! ¡Y ni siquiera nos dicen dónde estamos!

Doc tomó parte en la discusión, en tono sereno, murmurando:

—Yo creo que ya hemos esperado bastante, amigos míos. De modo que voy a ver al capitán e intentar que nos diga algo, porque en la última semana no se ha dejado ver por las cubiertas.

Doc se marchó.

Al llegar al camarote del capitán Stanhope, fue recibido con una andanada de juramentos y de votos, al tiempo que le ordenaban que

fuera a inmiscuirse en sus propios asuntos.

Para reforzar los argumentos del que así hablaba, le apuntaban con una pistola.

Doc no quiso recurrir a la violencia. La situación no era tan desesperada todavía. El capitán Stanhope se comportaba de un modo extraño e inexplicable, pero estaba en su perfecto derecho al negarse a discutir sus propios asuntos con los pasajeros.

Además, desde el asesinato de los dos operadores de radio y la destrucción de todos los aparatos, nada anormal había ocurrido en el *Cameronic*.

Pero la verdad era también que durante siete días, el *Cameronic* había estado avanzando ciegamente… sin decir el capitán a nadie el rumbo que llevaban.

Doc se dedicó a buscar a los oficiales de la nave. Ya lo había hecho anteriormente sin conseguir encontrar a ninguno.

Consultó a uno de los mayordomos, y supo que los pilotos y oficiales ocupaban camarotes muy cercanos al suyo, lo mismo que ocurría con el del propio comandante de la nave.

—Incluso comen en los mismos camarotes —terminó el mayordomo.

Doc Savage se dirigió al camarote del primer piloto, y llamó en la puerta.

La puerta se abrió… pero sólo lo suficiente para que asomara la punta chata de una pistola automática a través de la abertura. Y el piloto murmuró:

—¡Lárguese! ¡Tenemos órdenes del capitán Stanhope para acribillarle a usted a tiros, si intenta hacer alguna de las suyas!, ¿sabe? ¡Y no queremos hablar con usted para nada!

Doc intentó decir algo para ganar tiempo, pero el otro le dio con la puerta en pleno rostro.

Doc se marchó con la impresión de que el piloto estaba verdaderamente asustado, y que su pánico le había obligado a comportarse como lo había hecho.

—¡Aquí hay algún plan infernal! —les dijo poco después Doc a sus cinco amigos. El capitán y sus oficiales parecen aterrados. Y yo creo que ya es tiempo de que nosotros tomemos cartas en el asunto.

Los otros asintieron. Y se pusieron a discutir seguidamente el

mejor procedimiento para llevar a cabo su propósito.

Mientras hablaban y discutían, surgió, de pronto, el sol en el cielo. Sus cálidos rayos penetraron a través de las ventanas del camarote, iluminándolo todo con una luz brillante y extraña.

Todos callaron. Luego, Doc empezó a dar órdenes con voz incisiva, y unos instantes después, todos estaban en una de las cubiertas de la nave, provistos de pequeños sextantes fabricados a la carrera.

Empezaron a hacer cálculo celestes, para medir las horas y el rumbo de la nave. Y el resultado de sus cálculos matemáticos fue asombroso.

—¡Por el Buey Apis! —rugió Renny—. ¡Estamos a miles de millas del sitio donde debiéramos estar en realidad!

—Pero ¿dónde estamos realmente? —preguntó Ham, que no se fiaba gran cosa de sus instrumentos improvisados.

—Ahora voy a hacer el cálculo otra vez —repuso Renny—. Pero podéis apostaros lo que queráis, a que estamos todo lo lejos de Nueva York que puede estar un buque.

Doc apartó su aparato, y anunció:

—¡Amigos míos; este buque ha hecho rumbo distinto al que debió de hacer en los últimos ocho días!

Monk lanzó un terrible rugido y dijo:

—Yo soy de la opinión que debemos hacer algo. Quizás una pequeña acción haga arder todos los fuegos artificiales, y así sabremos a qué atenernos.

Doc asintió. Luego dijo:

—El descubrimiento que acabamos de hacer, de que estamos a miles de millas de nuestro rumbo, cambia el aspecto de las cosas. El capitán Stanhope no tiene derecho a seguir gobernando este barco.

Monk comentó, sonriendo:

—¡Pues no sé qué vamos a hacer nosotros entonces!

—¡Ahora lo verás! —repuso Doc Savage.

Ya no había que hablar ni discutir más. Como un solo hombre, torvos y duros. Doc y sus camaradas se lanzaron adelante.

Ahora sabían que iban hacia la batalla y marchaban preparados a todo.

En efecto, la batalla no estaba lejana.

Las lonas contra la lluvia y el sol, estaban extendidas en el puente del navío.

De pronto, una hoja acerada de un cuchillo hizo furtivamente un pequeño rasgón en una de ellas, y el cañón de un rifle apareció a través del roto.

Pero los ojos agudos y perspicaces de Doc Savage descubrieron inmediatamente la maniobra y el arma.

Y lo que ocurrió sólo duró la cuarta parte de un segundo: Doc Savage arrebató de las manos peludas de Monk la pequeña pistola-ametralladora e inmediatamente sonaron diez o doce disparos, pero tan seguidos que nadie habría podido contarlos ni separar el sonido de uno ni otros.

Detrás de la lona, un hombre empezó a saltar y a agitarse como un juguete sostenido por una cuerda.

Al mismo tiempo gritaba, aullaba, agitándose como algo infernal, mientras intentaba cogerse un brazo mutilado. Al fin, corrió a esconderse.

Los pasajeros levantándose de las sillas en que estaban sobre cubierta o saliendo a ésta, miraban hacia allí.

No les habían parecido tiros aquellos ruidos extraños. Más bien les pareció como un extraño lamento o un rugir de sirena.

Doc y sus hombres se lanzaron a la carga. En el puente aparecieron dos hombres esgrimiendo sendas pistolas automáticas. Pero antes de que hubieran podido hacer fuego, la ametralladora de Doc volvió a tabletear.

Los dos enemigos se esfumaron como el humo, bajo la descarga cerrada.

Doc evitaba matar a nadie, y otro tanto hacían sus hombres.

Doc Savage, devolviéndole la ametralladora a Monk, entró por una puerta, dirigiéndose hacia los camarotes del capitán Stanhope.

En las manos de acero bronceadas de Doc Savage no se veía arma alguna.

De pronto, un hombre de rudo aspecto surgió por una puerta, esgrimiendo dos pistolas, con las que apuntaba a Doc a la altura de la cintura.

Las armas dispararon, como perros furiosos que ladran, y las balas arrancaron astillas de los tabiques de madera del corredor,

rompieron un cuadro eléctrico de los timbres y una bombilla de la luz.

Las balas habían pasado por encima de la cabeza de Doc Savage, porque éste se había echado al suelo.

Doc extendió ambos brazos y cogió a su enemigo por los tobillos, haciéndole caer. Un golpe demoledor, propinado con gran habilidad, le dejó privado de sentido casi antes de haber tocado el suelo.

Doc continuó adelante. Al llegar al camarote del capitán Stanhope, empujó suavemente la puerta para ver si estaba cerrada.

Pero tuvo la previsión de apartarse un poco al hacerlo, cosa que fue una gran suerte para él, porque una verdadera lluvia de balas surgió de la abertura, yendo a incrustarse en el tabique de enfrente y atravesando el espacio que hubiera ocupado su cuerpo de haberse mantenido ante la puerta.

Mientras tanto, un creciente tumulto se esparcía por todo el buque. Los pasajeros gritaban: las mujeres chillaban asustadas.

Y arriba, en el puente, se oían maldiciones, votos, juramentos, disparos constantes de rifle y pistola.

Y, dominando todo el tumulto, se oía el ronquido de las pistolas-ametralladoras de los camaradas de Doc, que vomitaban fuego incesantemente.

Las balas dejaron de repiquetear en la puerta del camarote del capitán Stanhope, y hasta los oídos de Doc y sus camaradas llegaron gritos y voces ahogadas, jadeos…

El puño de Doc Savage se elevó en el aire, como un enorme mazo, y descargando un terrible golpe contra la puerta, la hizo hundirse ruidosamente, haciendo saltar la cerradura.

Dos hombres luchaban en el centro de la estancia. Y sus rostros animados y febriles aclararon el misterio que envolvía la extraña conducta del capitán Stanhope y su humor duro y áspero en los últimos siete días.

El papel del capitán había sido fingido. El infeliz había obrado bajo la amenaza de las pistolas. Ahora se había revelado contra su raptor… con el que luchaba. Y para ello utilizaba la culata de su pistola, un arma sin municiones seguramente, descargada, que fue con la que había amenazado a Doc Savage.

Doc se lanzó hacia adelante. Pero llegó un segundo tarde. El capitán Stanhope no podía oponer apenas resistencia alguna a su enemigo.

Éste, apoyando su revólver contra el pecho del capitán, apretó el gatillo.

El estruendo de la explosión hizo retroceder la pistola desde el pecho del capitán como si fuera algo sensible que experimentara súbito terror ante su crimen.

Y la bala atravesó el corazón del infeliz, partiéndole luego la espina dorsal.

No hay que decir que su muerte fue instantánea, una muerte definitiva y terrible, de la que no era capaz de volverle la ciencia y la habilidad maravillosas de Doc Savage.

EL asesino intentó volver el arma contra Doc Savage; pero no lo consiguió.

Es dudoso si llegó siquiera a ver el puño que le abatió. Pero su mandíbula inferior se torció y dislocó terriblemente.

El golpe le abatió como un rayo. Sus brazos se agitaron locamente y la pistola quedó pendiente por el gatillo de uno de sus dedos.

No había nadie más en las habitaciones del capitán.

Doc se lanzó entonces hacia el corredor privado de las habitaciones del capitán, y desde allí, subiendo una escalerilla de madera, salió a la parte del puente donde estaba el timón.

Al llegar arriba le salieron al encuentro dos hombres, que se abalanzaron sobre él, armados de cuchillos; pero igual les habría sido intentar alcanzar a un abejorro.

Las manos de Doc Savage, nerviosas y cubiertas de enormes tendones y músculos, cogieron a uno por la muñeca y se la retorcieron.

El brazo del desgraciado quedó inerte y el hombre empezó a gritar, corriendo alocado en todas direcciones, con el brazo pendiente como una cuerda agitada por el viento.

El otro agitaba en el aire su puñal, intentando alcanzar a Doc, hasta que los dedos de su enemigo le aprisionaron el puño que esgrimía el cuchillo.

Y un instante después, gritaba como un loco, intentando sacarse

su propio puñal, hundido en el muslo.

Y este hombre se llevó a la tumba la impresión de que había sido él mismo quien se hirió mortalmente. Porque el puñal se había hundido en su pierna con tal rapidez, que no pudo ni siquiera darse cuenta de lo que ocurría.

De pronto, surgió una especie de diablo rechoncho y ridículo, esgrimiendo una pistola y corriendo hacia el timón.

Pero un golpe terrible de Renny, le hizo caer sin sentido al suelo, y al caer, su cabeza fue a chocar violentamente contra el pilar de hierro que sostenía el timón.

Renny siguió a su jefe, y los otros cuatro ayudantes de Savage le imitaron en intervalos de pocos segundos.

Monk, sonriendo de un modo horrible y blandiendo un puñal ante su rostro feísimo, murmuró en tono complacido:

—¡Hemos tomado el fuerte!

—¿Cuántos enemigos habéis tumbado? —preguntó roncamente Doc.

—Cinco o seis.

—Bien. ¡Y yo he dado cuenta de cuatro! ¿Habéis visto a Bruze por algún sitio?

—¡Ni un pelo de ese hombre!

—En ese caso, nuestra tarea no está terminada ni mucho menos. Aún nos falta descubrir la verdadera razón por qué está este hombre a bordo, el motivo que le obliga a seguir en el *Cameronic*. Yo creo que debemos buscarlo ahora, mientras estamos en el calor de la lucha.

El timonel cuidaba del timón, de modo que ninguno de los hombres de Doc ni éste tuvieron necesidad de ocuparse de momento de la dirección del buque.

Bajaron por la escalerilla que conducía a las cubiertas.

De pronto sonó una andanada de disparos, un verdadero diluvio de balas, que hacían sonar los tabiques de madera con un trágico tamborileo.

¡Esta vez les hacían fuego con una ametralladora! Quizás era el mismo Bruze o alguno de sus secuaces.

Pero el que manejaba la ametralladora estaba nervioso o inquieto y había empezado a disparar sin apenas apuntar a Doc,

permitiendo al hombre de bronce apartarse a tiempo y ponerse a salvo.

Rugiendo de un modo amenazador, Renny, dirigió el cañón de su ametralladora hacia el suelo mismo del puente, y empezó a disparar.

Y usando el arma como una sierra de fuego, logró abrir un agujero en la pared de madera.

Doc se arrojó hacia abajo, mientras sus compañeros iniciaban un movimiento de flanco.

La estancia en la que fue a caer Doc era el despacho adjunto al camarote del primer piloto de a bordo.

El piloto yacía en su litera, chorreando sangre por las narices y por una herida en la cabeza. Y jadeaba penosamente.

Doc Savage comprendió enseguida, a la vista de este hombre ensangrentado, lo que ya había sospechado previamente: que el primer oficial y piloto, a semejanza del capitán Stanhope había sido obligado por medio del terror y las amenazas de una banda de forajidos, a hacer cuanto ellos quisieron durante la última semana.

Era evidente, además, que su captor y suplantador le había herido antes de huir. La puerta estaba cerrada con llave.

Doc la echó abajo de un puntapié formidable: Esperaba encontrar al enemigo que disparaba la ametralladora en el pasillo, pero se llevó chasco.

El hombre había desaparecido, huyendo en unión de sus camaradas, que vigilaban los otros camarotes de la oficialidad del buque.

Una escalerilla que parecía conducir a las entrañas mismas del buque —quizá para llegar a las salas de máquinas— debía haberles servido de escape.

En las puertas de los camarotes inmediatos sonaban golpes, mientras varios hombres gritaban en el interior. ¡Eran los otros oficiales de la nave!

Doc les libertó.

—¡Los diablos ésos! —gritó, colérico, el segundo de a bordo—. ¡Nos amenazaban de muerte, teniéndonos bajo sus pistolas, durante la última semana! Nos seguían a todas partes, y nos amenazaban con matarnos si intentábamos huir. Eran unos cuarenta,

aproximadamente.

—De todo ha tenido la culpa el capitán Stanhope —rugió otro—. ¡El maldito capitán, con aspecto de vieja arrugada, estaba aterrado ante la idea de que alguno de nosotros fuéramos asesinados si intentábamos escapar! Y por eso nos aconsejó que siguiéramos el camino más fácil y seguro, es decir, obedecer. ¡El viejo estúpido…!

—¡El capitán Stanhope ha muerto! —dijo Doc Savage.

En el rostro del oficial que acababa de insultar al capitán, se pintó ahora un asombro inmenso, mezclado con cierto rubor. Y, muy confuso, llevándose una mano al cuello, murmuró cohibido:

—¡Oh… yo… yo… no lo sabía!

Los cinco ayudantes de Doc Savage surgieron por una puerta, en busca de nuevos enemigos. Pero ya no se veía ninguno.

Entonces, Doc empezó a bajar las escalerillas que debían conducir hacia las salas de máquinas. Los otros le siguieron.

—¡Mirad esto! —dijo de pronto Doc Savage.

Todos miraron. Era que, de vez en cuando, se veían gotas de sangre en los peldaños de madera.

—¡Van por aquí…! —Uno de ellos debe ir herido… Quizás sean varios.

Doc y sus hombres siguieron la pista sangrienta. Ésta se prolongaba a través de varios corredores, luego bajaba unas escaleras, seguía por más corredores, hasta llegar cerca de las salas de máquinas, por la parte de la popa. Inesperadamente, un puño colosal e invisible pareció abatirse sobre ellos, empujándolos hacia atrás. Al mismo tiempo, un ruido espantoso, ensordecedor, estuvo a punto de hacerles estallar los tímpanos.

¡Una explosión…! Con un estrépito ensordecedor, haciendo vibrar toda la nave, pareció recorrerla de popa a proa.

Y una ráfaga de aire abrasador, de vapor hirviente, unido al hedor fuerte de la pólvora y a la fuerza explosiva de ésta, les empujaron hacia atrás con una violencia irresistible.

Vacilando, a punto de caer, lograron recobrar el equilibrio, y entonces continuaron hacia adelante. Un poco más allá, desembocaron en la sala de máquinas.

Por esto, precisamente, por lo cerca que se encontraban de la sala de máquinas, les había parecido la explosión tan horrenda.

Entraron en tropel, y miraron en torno. E inmediatamente se dieron cuenta de que las máquinas del buque habían sido inutilizadas.

Doc se lanzó hacia adelante, atravesando nubes de vapor hirviente, capaces de haberle desollado vivo.

A su alrededor se oían gritos de hombres que agonizaban, o luchaban entre ellos para salir cuanto antes de aquel infierno.

Doc no les hizo caso siquiera; eran muchos para intentar siquiera lograr salvarlos antes de que el vapor de las calderas les despellejara.

Todas las energías de Doc Savage se concentraron ahora en encontrar ciertas válvulas de las calderas y cerrarlas.

Pronto cumplió la tarea. Luego avanzando a través de la infernal sala de máquinas, cerró también la llave de paso de los mecheros del petróleo.

Varios ingenieros mecánicos, que habían conservado la serenidad suficiente para no huir, le ayudaron en la tarea.

En un espacio de tiempo increíblemente corto —cuatro o cinco minutos— se evitó el peligro de un incendio o de una explosión de las calderas.

Y los poderosos ventiladores de la sala, libraron pronto a todos los departamentos de las máquinas del vapor asfixiante y peligroso que las había invadido.

A pesar de la fuerza de la explosión habida y de los gritos y el pánico que se originó en el departamento de máquinas, no había resultado ningún muerto.

Varios mecánicos, sin embargo, recibieron graves quemaduras. De todos modos, el cuidado del médico les salvaría en poco tiempo.

No se veía, empero, el más leve rastro de Bruze y sus secuaces. El problema de perseguirlos y cogerlos, fue relegado a segundo término de momento.

Doc y sus hombres examinaron las máquinas.

Las turbinas, los hornos y otras partes esenciales de la maquinaria, todo estaba destrozado con caracteres de imposible reparación.

Lo menos cuatro cargas de explosivos habían sido empleadas para efectuar la voladura, todas ellas dispuestas para estallar a un

tiempo.

—Lo que más me habría preocupado, hubiese sido que la explosión destrozara el casco del buque por algún sitio —dijo Renny.

Un examen detenido convenció a todos que el casco estaba intacto, aunque habían saltado algunos pernos.

Renny comentó entonces:

—Podemos dar gracias a Dios de que el *Cameronic* es un buque nuevo.

Enseguida se pusieron a atender a los heridos. Se trajeron maletines y botiquines ambulantes. Y los heridos más graves fueron subidos al gran salón de la última cubierta, que se convirtió en hospital provisional.

Doc estaba curando un brazo roto a un maquinista, cuando, de pronto, llegó corriendo Monk y le dijo:

—¡Escucha! Hemos estado muy ocupados para echar un vistazo al mar. Ven conmigo. Quiero que veas algo interesante.

Doc terminó la cura y luego siguió a Monk hasta la última cubierta.

—¡Mira allí! —dijo Monk, extendiendo un brazo y señalando hacia cierto sitio del mar.

Pero ¿podía llamarse a esto mar, acaso? Porque, en realidad, la vasta extensión que se perdía de vista ante sus ojos, no tenía en modo alguno el aspecto de un océano.

Más bien parecía una vasta y extraña pradera de color zafiro oscuro. Aquí y allá, unos puntos extraños, como manchas fantásticas, aumentaban la semejanza.

No había olas. Al contrario, la superficie del agua parecía combarse blandamente, como un espejo combo.

El *Cameronic* continuaba marchando todavía, aunque lentamente, por la fuerza del impulso inicial de las máquinas.

Tras él quedaba una corta estela de un azul intenso, que, más lejos, se empezaba a llenar con las manchas extrañas aquéllas, amarillentas, que cubrían toda la superficie del agua por estos parajes.

Monk se palpó de un modo distraído la cicatriz de su rostro, murmurando:

—¡Diablo, Doc! ¿Dónde estamos y qué clase de sitio es éste…?

Apoyándose en la borda, Doc se puso a examinar detenidamente las aguas inmediatas al buque. El color amarillento de las aguas pudo comprobar que era originado por una notable especie de algas.

¡Eran algas que flotaban en infinita profusión!

Largas, duras y fibrosas, las algas tenían un fruto extraño, como grosellas.

Y el soporte o alvéolo de las algas parecían pequeñas ampollas o vejigas que simulaban flores monstruosas.

El moteado blanquecino que llenaba la superficie de aquel mar fantástico, procedía aparentemente de las extensiones de algas muertas que flotaban sobre las aguas. ¡Era una extensión inmensa y macabra de mar…!

¡Un paisaje muerto y tétrico que se extendía hasta el infinito!

Un estudio más detenido y un examen más minucioso de las algas monstruosas, del lecho infinito de algas —porque no era otra cosa que eso— demostró la existencia de infinidad de formas y seres vivos, casi todos ellos de especies primitivas.

Los que más abundaban eran una especie de camarones pequeños, con una cola corta, de un color amarillento con manchitas blancas, colores que les permitían confundirse con el ambiente que les rodeaba.

También había especies de pequeños pescados, moluscos, gasterópodos, cangrejos y otros animales, sobresaliendo entre todos una especie de pequeños caballitos de mar.

Doc pidió unos potentes gemelos a un pasajero, a fin de poder estudiar aquellos animales con más detenimiento y exactitud.

Renny y los otros aparecieron. Miraron en torno, aturdidos e inquietos. El calor asfixiante del sol, la quietud y silencio del mar, daban al paraje un aspecto tétrico, fúnebre.

—¡Por el Buey Apis! —murmuró Renny. ¿Qué sitio es éste…? ¿El Mar de los Sargazos…?

—¡Así parece! —repuso Doc.

Renny frunció el ceño, y añadió:

—¡Pero yo he viajado en buques que han atravesado el Mar de los Sargazos!

¡Que lo han atravesado por completo, de parte a parte! Y jamás hemos encontrado en nuestra ruta unos bancos de algas tan espesos como éstos.

Doc reflexionó un instante con una expresión indescifrable en su rostro de bronce. Luego dijo:

—Durante más de dos mil años, el Mar de los Sargazos ha sido siempre un misterio y una amenaza para los marinos. Extrañas e increíbles historias se cuentan acerca de él.

Renny pareció dudar y dijo en tono vacilante:

—Pero, bueno, numerosas expediciones han visitado el Mar de los Sargazos, y han dicho que, aunque los bancos de algas existían, en efecto, no eran muy espesos ni mucho menos.

—Es que esas expediciones no llegaron a visitar el verdadero Mar de los Sargazos —opuso Doc—. Según las leyendas que circulan acerca de un lecho inmenso de algas y otras especies de vegetales marinos, una serie de bancos colosales de plantas a los que son arrastrados los barcos perdidos en el océano, que quedan allí prisioneros para siempre. Pero hay que añadir que la verdadera situación del Mar de los Sargazos varía con el tiempo, ya que los bancos de algas que lo constituyen son arrastrados de acá para allá por las corrientes marinas.

Monk, sonriendo con violencia e inquietud, señaló al extraño mar de zafiro y preguntó:

—Pero, bueno, ¿es esto el Mar de los Sargazos, sí o no?

—¿Qué te apuestas a que lo es? —preguntó a su vez Johnny que, como sabemos, no hacía jamás una apuesta como no estuviera seguro de ganarla.

VIII
Perdido



De pronto se oyó el ruido de un disparo en las profundidades del barco, y sus ecos se esparcieron por salones y corredores como un insulto de infernal alegría.

—¡Ha sido cerca de la popa! —dijo Ham.

Corrieron hacia el sitio de donde había llegado el ruido del disparo y pronto se encontraron con uno de los mozos del buque, que venía vacilando y dando traspiés.

Les explicó que al intentar penetrar por una escotilla, le habían disparado un tiro, que hizo saltar mil astillas de un tabique inmediato a su rostro.

El infeliz se arrancaba pequeñas esquirlas de madera de la carne.

Era que Bruze y su *gang* se habían parapetado en la parte de popa del buque.

—¡Eh, muchachos, id para atrás! —ordenó Doc Savage a sus hombres. Y se adelantó solo.

Luego, al llegar cerca de la barricada de los bandidos, gritó:

—¡Bruze…!

—¿Qué hay? —contestó una voz ronca.

—¡Escuche: vamos a dar a usted y a sus pájaros una ocasión de entregar las armas y salir de ahí!

Una carcajada soez contestó a estas palabras. Y la voz ronca dijo, con sarcasmo:

—¿Sí, verdad…? ¡Pues mire lo que son las cosas: nosotros estábamos pensando decirles a ustedes lo mismo!

—¡Pues tengan ustedes cuidado de no echarse a la boca más comida de la que pueden mascar!

—¿Sí, verdad…? Pues hasta aquí, siempre hemos podido mascar todo lo que nos hemos echado a la boca.

—¡Eso, según! —dijo Doc con ironía, teniendo la precaución, mientras hablaba, de no dejarse ver a sus enemigos, para no presentarles blanco.

La voz ronca de Bruze gritó ahora de nuevo:

—¡Les damos a ustedes dos horas para que abandonen el buque y nos dejen dueños de él!

—¿Y qué harían ustedes con el barco una vez que estuviera en su poder?

—¡Una cosa muy gorda! Ya lo verían ustedes luego —repuso Bruze.

Doc no puso en duda el destino que darían los bandidos a la nave, una vez dueños de ella. Así es que preguntó:

—¿Ustedes lo que quieren son los diamantes, no es así?

—¡Claro que sí! —repuso el jefe de los bandidos—. Los diamantes y tres millones de dólares en barras de oro que van a bordo también y se guardan asimismo en la cámara acorazada. ¿Usted no sabía, acaso, que llevábamos a bordo tres millones de dólares en oro en barras?

—¡Es que yo no he secuestrado a ningún empleado de Banco para obligarle a que me suministre ciertas informaciones!

Bruze rugió entre dientes una maldición y dijo:

—De modo que usted se había enterado de lo del empleado del Banco, ¿eh?

Doc no quiso decirle que sólo tenía sospechas de ello. Y así pudo oír de los labios de Bruze que, en efecto, ellos habían asesinado al pobre empleado de la sucursal del Banco Americano.

—¿Y han trabajado ustedes siempre de la misma manera? —siguió preguntando Doc Savage a su enemigo—. ¡Quiero decir, si ustedes acostumbran a secuestrar a un empleado de Banco, lo someten a tortura hasta que le arrancan la confesión de cuál de los buques a punto de zarpar de un puerto lleva a bordo más dinero!, ¿no es así…?

Bruze se echó a reír de un modo insolente, contestando:

—¡Ah, vamos!, así que ya saben ustedes que no es éste el primer buque que desvalijamos, ¿eh?

—Es que usted mismo me lo hizo comprender, cuando echaron el cinturón aquél de las insignias a mi camarote luego de añadirle el nombre del *Cameronic*.

Bruze dijo en tono rudo e impaciente, mientras reía de un modo brutal:

—¡Bien, basta ya de palabras! ¡Ya ha dejado usted pasar diez minutos de las dos horas que le he concedido para rendirse!

—¡Pero bueno, no nos juzgará usted tan tontos ni tan simples que vayamos a rendirnos!

—¡Oh, no sé, no sé…! ¡Nosotros tenemos aquí una docena de marineros y pasajeros del buque! Y estamos dispuestos a degollarlos si ustedes no se rinden…Ésta fue la primera noticia que tuvo Doc Savage de que Bruze tenía rehenes en su poder. Entonces volvió sobre sus pasos y empezó a hacer indagaciones.

La confusión y el terror se habían apoderado de los pasajeros. En medio del desbarajuste y el desorden, era difícil poner nada en claro. Pero, al fin, la verdad se abrió paso.

Era innegable: Bruze retenía al menos una docena de prisioneros.

Doc celebró entonces un consejo con sus cinco ayudantes.

—Lo mejor que podemos hacer —dijo Doc Savage— es enfrentarnos con la verdad. Bruze no vacilará en asesinar a sus rehenes, como ha dicho. Es un perfecto desalmado, un bandido cruel.

—¡Qué vas a decirnos! —murmuró Monk, con ironía inmensa, recordando su propia visita a los dominios de la muerte.

—¡Vamos a jugarle una mala pasada! —siguió diciendo Doc Savage—. Algo que le demuestre que, si llega a matar a los rehenes que retiene en su poder, no por eso escapará él con vida.

—Un gas habría sido algo definitivo —dijo Monk—. Pero, por desgracia, no tenemos ninguno. A menos —añadió, mirando con expresión de esperanza, a Doc Savage—, que tú tengas alguno.

—No, no tengo. Lo único que tengo es, el líquido que usamos en las inyecciones para dejar a una persona privada de sentido. Desgraciadamente, no hemos tenido ocasión de traer ciertas cosas

en el viaje.

Bajando a las salas de máquinas, Doc cogió un trozo de cañería de latón de unos tres pies de largo y aproximadamente un cuarto de pulgada de diámetro.

Se lo entregó a Renny y a Monk, explicándoles lo que debían hacer.

Enseguida, sonriendo ampliamente, los dos gigantes partieron a realizar su cometido.

El desorden y la inquietud entre los pasajeros iba en aumento en lugar de decrecer. Y los turistas, con los ojos muy abiertos, imitaban angustiados hacia la extensión de mar cubierta de algas y maleza marina que rodeaba el buque.

Doc dijo al concurso, con voz fuerte aunque serena, que llegó a todos los oídos, la verdad de lo que había pasado a bordo.

—¡La situación no tiene nada de divertida, ni se trata de broma alguna, como alguien puede pensar! Pero no hay por qué perder la cabeza. El buque no se hunde ni es probable que se hunda nunca.

Su voz, firme y serena, y la claridad y sencillez de sus argumentos, que se veían verdaderos, sin exageración de ninguna clase, habían producido un gran efecto en el auditorio.

Y los que hasta entonces sentían pánico o inquietud se calmaron en gran manera.

—Los hombres que se han parapetado tras una barricada en la popa del buque son asesinos feroces —siguió diciendo Doc Savage —. Son gentes peligrosas, que no vacilarán en ametrallar a todo el que se les ponga por delante. Por esto me permito aconsejar a todos que permanezcan aquí durante algunas horas… hasta que nosotros demos cuenta de esas gentes.

—Pero díganos, señor —preguntó uno de entre el auditorio—, ¿estamos en efecto en el Mar de los Sargazos?

—Sí, señor —repuso Doc Savage.

Monk y Renny estaban ya esperando a Doc. Llevaban una lata de conservas atada con cuerda, que la envolvía por completo, y de uno de cuyos lados surgía una mecha, hecha de un trozo de cuerda que Monk había empapado con gasolina, envolviéndola en un papel.

Esto tenía todas las apariencias de una bomba, pero el descuido y la naturalidad con que la llevaba Monk demostraba que no

contenía explosivo alguno.

Renny, a su vez, llevaba una gran botella llena de un líquido incoloro. Y el hecho de que Renny se echara un trago de la botella, antes de dirigirse los tres hacia la popa, demostraba que el contenido de la botella no era otra cosa que agua.

Monk llevaba también el trozo de tubería. Se lo entregó a Doc, que le preguntó:

—Bueno, ¿sabéis lo que vamos a hacer?

—¡Y tanto!

Se separaron, quedando juntos Renny y Monk, mientras Doc tomaba una ruta apartada.

Monk y Renny se acercaron a la barricada hecha por Bruze y su gang.

Monk lanzó la botella hacia adelante, y ésta fue a caer cerca de una puerta tras la cual estaban los bandidos.

La botella saltó en pedazos y el agua se esparció por el suelo y los tabiques de madera.

La voz ronca de Bruze gritó:

—¡Eh! ¿Qué diablos es eso?

Un momento después Renny aplicó una cerilla encendida a la mecha empapada en gasolina de la falsa bomba y arrojó ésta también hacia adelante.

La bomba fue rebotando por la cubierta, hasta detenerse cerca de la puerta tras la cual estaban los bandidos. La mecha ardía vivamente.

—¡Una bomba! —gritó Bruze, con todas sus fuerzas—. ¡A ver, uno de vosotros, que salga y la arroje al mar antes de que estalle! ¡Pronto!

Un hombre de rudo aspecto surgió corriendo y, cogiendo la falsa bomba, la arrojó al mar. Enseguida corrió de nuevo hacia la puerta.

Pero no llegó a ella. Una especie de modorra súbita, como un aturdimiento, le invadió de pronto, y, vacilando, se desplomó sobre la cubierta, donde quedó inerte.

Y fue a caer precisamente sobre el agua esparcida de la botella rota poco antes.

Bruze empezó a jurar y a gritar como un loco. De un brinco surgió por la puerta, con ánimo de recoger y auxiliar a su

camarada.

Pero las pequeñas ametralladoras que empuñaban Monk y Renny le hicieron retroceder vivamente.

Pasaron tres o cuatro minutos antes de que Bruze cesara de jurar y gritar, mientras sus hombres iniciaron un vivo tiroteo contra Monk y Renny.

De pronto, la voz de Doc Savage gritó:

—¡Bruze!

—¿Qué hay?

—¿Ha visto usted lo que le ha pasado a su camarada?

—¡Y claro que lo he visto! ¡Ustedes lo han herido con algún maldito gas que contenía la dichosa botella ésa!

—¡En efecto! —asintió Doc Savage a gritos también—. Pues oiga bien lo que le digo: estamos dispuestos a utilizar la misma substancia contra usted y sus pájaros, si no aceptan nuestras condiciones para rendirse. ¡Estamos esperando a ver lo que hacen ustedes!

Bruze, en vez de contestar esta vez, guardó un largo silencio.

Pocos momentos después Doc Savage y sus dos hombres estaban juntos otra vez. Monk y Renny sonreían.

—¡Ha salido a pedir de boca! —murmuró Monk.

Doc asintió, sopesando el famoso trozo de tubería.

No había sido gas alguno el que produjera al bandido aquél del gang de Bruze el vértigo que le derribó al suelo; había sido Doc el que le hiriera por medio de un jeringazo casi invisible de la droga que producía el sueño instantáneo.

—Pero ahora Bruze va a hacer alguna cosa —dijo Renny, en tono inquieto—. Gracias a este truco, el hombre se cree que nosotros disponemos de mucho gas tóxico.

Al cabo de cierto tiempo, en efecto, Bruze gritó, comprobando la opinión de los tres amigos de que había estado reflexionando sobre algo grave y muy serio:

—¡Eh, Savage…!

—¿Qué hay? —repuso Doc, en tono frío y arrogante.

—¡Quizá pudiéramos llegar a entendernos!

—¡Lo pongo en duda! Ya le hemos dicho antes nuestras condiciones.

La grosería y rudeza de los juramentos y las palabrotas con que Bruze acogió estas palabras no podía ocultar una sombra de miedo.

—¡Escuche! —gritó al fin—. Denos ustedes unos cuantos botes y entréguennos los diamantes y nos marcharemos del buque.

Monk contestó esta vez, antes de que pudiera hacerlo Doc:

—¡Vamos, amigo, no nos haga usted reír!

Los tres o cuatro minutos que siguieron estuvieron dedicados por los bandidos a discutir sobre algo.

No se entendían las palabras, pero por el tono de la discusión parecía deducirse que el gang de Bruze discutía para que se aceptaran o no las condiciones más ventajosas posibles impuestas por el enemigo.

Al fin se oyó gritar a Bruze:

—Denos ustedes unos botes, víveres y agua bastantes, y nos marcharemos del buque.

Monk dijo, en voz baja, al oído de Doc Savage:

—Yo creo que podríamos ceder y aceptar esas condiciones, Doc.

—Bien —gritó Doc Savage, dirigiéndose a sus enemigos—; pero tiene usted que libertar antes a los prisioneros. Mejor dicho: tiene usted que libertarlos inmediatamente.

Esto originó una nueva discusión entre los bandidos.

—Bajen ustedes los botes antes y pongan en ellos los víveres y el agua —gritó Bruze—. Nosotros haremos que los prisioneros sostengan las amarras luego hasta que nosotros podamos hacernos cargo de las barcas, y entonces devolveremos la libertad a los cautivos.

Así se hizo, en efecto.

Las distintas operaciones duraron casi una hora.

Lo más notable que ocurrió en las operaciones fue cuando los prisioneros empezaron a bajar los botes al agua, por la parte de la popa.

Había una docena de cautivos; y, sin embargo, hubieron de echar mano de todas sus fuerzas para poder llevar los botes más a popa del buque, remando como desesperados a través de aquella masa terrible y espesa de algas.

—¡Bueno, no me negaréis que la masa ésa de algas y plantas marinas no es muy capaz de aprisionar entre sus redes a un buque

para siempre! —comentó Ham—. Un buque del tonelaje y de la fuerza del *Cameronic* podrá pasar estos parajes, desde luego; pero pensad lo que ocurriría a un pequeño barco o a un velero.

Según todas las apariencias, Bruze cumplió el trato honradamente. Los cautivos fueron libertados, con gran asombro y alegría de ellos y de todo el mundo.

Bruze y su gang subieron a bordo de los botes, tres en total, al abrigo del alcázar de popa.

—Lo que no acierto a explicarme es cómo los bandidos éstos van a lograr avanzar a través de las algas —dijo Ham—. Porque cincuenta hombres no conseguirían avanzar ni cien metros al día a través de esa masa de plantas marinas.

Pero Ham pronto tuvo respuesta a sus palabras.

Los tres botes aparecieron de pronto por la parte de popa… pero tan lejos ya que estaban fuera del alcance de una pistola.

Los gangsters de Bruze permanecían en pie, empujando los botes por medio de pértigas.

Habían atado unos palos, en forma de cruz, al extremo de los remos. Y con éstos empujaban los botes, apoyándose en las algas marinas.

Doc, cogiendo unos potentes gemelos, se los llevó a los ojos y miró. Luego dijo:

—Llevan una especie de cuchilla en la proa, que corta las algas de un modo mecánico, conforme avanzan los botes, y otras junto a la borda.

Ham se quedó absorto, y preguntó al cabo de un momento:

—Pero ¿dónde diablos pueden haber encontrado tantas cuchillas…?

—Quizá las trajeron ya desde Alejandría y las llevaban entre su equipaje.

Monk sonrió con sonrisa que aumentaba la fealdad de su rostro, y dijo a su vez:

—¡Que me maten si no consiguen atravesar la masa del Mar de los Sargazos como si tal cosa!

Pero de pronto ocurrió algo que vino a demostrar que Bruze no había cumplido su palabra con la honradez con que Doc y los demás tripulantes del buque habían creído al principio.

Una voluta de humo negro empezó a surgir por la parte de popa. La voluta cabrioló en el aire, como un reptil que se yergue del suelo, y luego se convirtió en una intensa y roja llamarada.

—¡Fuego…!

El grito recorrió el buque, de popa a proa, con una velocidad increíble.

Pasajeros y tripulantes de la nave surgían corriendo por todas partes, volando por las cubiertas en dirección al lugar del siniestro, llevando extintores, cubos de agua o mantas para sofocar el fuego.

Se abrió una de las bocas de riego de una cubierta y empezaron a funcionar las bombas, que eran, por suerte, accionadas por electricidad, por una batería que no había sufrido daño alguno durante la explosión de las calderas.

Bruze había empapado mucha leña con petróleo, amontonando luego sobre la leña muebles y trastos en gran cantidad.

De todos modos el incendio fue pronto sofocado.

Luego los bomberos voluntarios, cansados y jadeantes, manchados y tiznados del humo y las pavesas, corrieron a la borda a respirar el aire del mar.

Renny, frunciendo el ceño al tiempo que miraba a los tres lejanos botes de los bandidos, se enjugó el sudor. Luego murmuró, rencorosamente:

—¡Los traidores! ¡Hemos hecho mal en dejarlos escapar!

Una expresión feroz y diabólica se pintó en el rostro de Monk, cuyos ojos relucieron de malicia, al tiempo que decía:

—¡Oh, no sé qué te diga!… ¡En realidad esas gentes tampoco pueden decir que tienen el monopolio de la traición!

—¿Qué quieres decir tú; simple?

Monk sonrió de un modo misterioso, y repuso:

—Yo fui el que les llenó los barriletes de agua, ¿comprendes?

—¡No! ¿Qué quieres decir…?

—¡Muy sencillo: que los llené con agua del mar!

IX
El mar de la muerte



Todo el mundo dirigió entonces sus gemelos hacia los distantes botes de los bandidos.

Con ayuda de los anteojos se pudo observar que Bruze y sus gangsters habían cesado de usar los remos y pértigas.

Y los pequeños botes estaban ahora al pairo y, desde luego, fuera del alcance del más poderoso de los rifles.

Los gemelos permitían distinguir perfectamente la figura gigantesca de Bruze, aparte de la de sus hombres.

Puesto en pie, agitaba los brazos, dando órdenes a su gente. Y pronto se vio a los gangsters extendiendo velas a guisa de toldos para protegerse de los ardores del sol.

—¡Ah, se están poniendo cómodos y a sus anchas! —comentó Ham, dando un golpe con su bastón de estoque en la borda. La verdad, yo no acabo de entender esto. Porque esas gentes no tienen probabilidad alguna de ganar tierra. La costa más cercana está a muchos centenares de millas de aquí. No pueden volver tampoco al *Cameronic*. ¿Qué van a hacer, pues, perdidos en este mar hostil y terrible y metidos en esos cascarones de nuez? ¿Por qué parecen prepararse para esperar en los botes?

Ham estaba demasiado embebido en sus propios pensamientos para oír su voz. Él sabía, como los otros, que no había respuesta a tal pregunta.

Había algo enervador y terrible en aquella llanura desierta e inmóvil del mar que les rodeaba, algo trágico que obligaba a los

hombres a hablar solos, como buscando compañía.

Esta atmósfera ingrata y como preñada de amenazas e inquietud fue despejada un tanto por un grupo de pasajeros que aparecieron cubierta adelante.

Estos individuos tenían un aire importante y grave, como hombres acostumbrados a mandar y a imponer su voluntad entre sus semejantes.

Se acercaron con aire solemne, y era evidente que venían a comunicar alguna noticia importante.

La comisión llegó ante Doc Savage.

Y, con los rostros serios y graves, se formaron en semicírculo. Uno de ellos tomó la palabra para decir:

—Míster Savage: los tripulantes y pasajeros del *Cameronic* acabamos de celebrar un mitin, donde hemos procedido a una votación. El resultado ha sido aprobado también por los oficiales del buque. Y todos queremos que usted se haga cargo de la nave, que nos sirva como jefe mientras duren nuestras presentes circunstancias.

La gracia en el decir y la gentileza y cortesía con que Doc Savage aceptó el alto honor que se le hacía hubieran servido para acreditar de apto y político a un Presidente de los Estados Unidos que hiciera el discurso inaugural de su mandato.

—Por suerte, llevamos gran cantidad de víveres a bordo —siguió diciendo luego Doc Savage—; además a juzgar por la gran cantidad de animales marinos que hay en los bancos de algas, no es difícil que encontremos algunas especies comestibles. En último caso, quizá lográramos obtener algún producto alimenticio de las algas mismas o de alguna de estas plantas, sometiéndolas a ciertos procedimientos químicos. En cuanto al agua, no nos será difícil improvisar un aparato destilador, con el que obtendremos del mar cuanta necesitemos a bordo.

Estas palabras de Doc tuvieron la virtud de tranquilizar mucho los ánimos y reducir la tensión nerviosa que pesaba sobre todos los espíritus.

Siguieron unos días muy monótonos.

La observación de las estrellas durante varias noches sucesivas demostró fuera de toda duda que el *Cameronic* marchaba a poca

velocidad, pero que era arrastrado sin duda alguna, por las aguas.

El curso de su movimiento parecía ser el de un círculo que se fuera estrechando poco a poco.

—Vamos siendo arrastrados poco a poco hacia el centro del Mar de los Sargazos —dijo Doc Savage.

—En ese caso, ¿es que quieres decir que el Mar de los Sargazos no es ni más ni menos que el centro de un inmenso remolino que forma el Océano? —preguntó Renny.

—Ésa es mi opinión. En el centro de lo que se conoce como el remolino del Atlántico, un punto imaginario al que las corrientes del Océano llevan todos los objetos flotantes.

—Lo que yo no acabo de explicarme, es de dónde vienen estas algas —dijo Long Tom, examinando un puñado de hierbajos pescados del mar por él por medio de una caña.

—Eso —le contestó Doc Savage— es uno de los misterios que no han podido aclararse todavía. Los sargazos de este mar terrible deben ser arrancados por las olas de costas lejanas del Trópico, quizá de Sur América o de África, y arrastradas hasta aquí por las corrientes marinas. De todos modos, o al menos que yo sepa, esto no ha sido comprobado todavía. Lo que resulta indudable, es que las algas y esas otras plantas son traídas hasta aquí gracias a esa especie de pequeñas ampollas flotadoras sobre las que descansan sus tallos. Y aquí van muriendo y formando esas manchas amarillentas o blanquecinas.

Hacía falta una serie de interminables esfuerzos para contrarrestar los efectos que aquellos parajes muertos y terribles ejercían en el ánimo más templado.

Porque dijérase que eran arrastrados a la deriva suave y lentamente hacia el reino de la muerte.

El tamaño del majestuoso *Cameronic* parecía disminuir y empequeñecerse en medio de aquel paisaje infinito y muerto, moteado de puntos blanquecinos.

El sol lucia eternamente en un ciclo sin nubes, lanzando sus rayos implacables sobre el buque y sobre aquel mar hediondo, y sólo en una ocasión se veló el cielo y las nubes se abrieron en cataratas de lluvia durante una gran tormenta.

La lluvia suministró agua potable a Bruze y a su gang, con gran

disgusto de Monk, que había esperado que el agua salada de que había llenado los barriletes de los bandidos mataría a sus enemigos.

La continua presencia de los tres pequeños botes, siempre fuera del alcance de un rifle, era también un motivo de inquietud para las gentes de a bordo.

Porque las tres barcas parecían un trío de buitres esperando la presa. Doc y Renny, ambos expertos mecánicos, empezaron a construir aparatos para romper las algas.

Luego, en vez de adaptarlos a los botes salvavidas del *Cameronic*, prefirieron construir pequeños botes alargados, que recordaban los de las regatas.

A estos pequeños botes adaptaron luego pequeñas ruedas que se accionaban a mano, provistas de cuchillas cortadoras de algas, que obraban a manera de una hoz y entraban en movimiento al girar las ruedas de la embarcación.

Una vez terminada la tarea se encontraron con varias barcas capaces de desarrollar una gran velocidad y de llevar hasta doce personas.

Para probar las barcas hicieron una salida, consiguiendo rechazar a Bruze y sus camaradas varias millas.

Entre ambos bandos se cambiaran algunos disparos, pero no hubo que lamentar ninguna desgracia.

Aquella misma noche, para vengarse, Bruze se acercó con sus barquillas hasta ponerse a tiro de rifle del *Cameronic*, haciendo peligrosa la estancia en las cubiertas de la nave para sus enemigos.

Pero Doc y sus camaradas pusieron fin a la amenaza construyendo, con ciertas partes de la maquinaria inutilizada del buque, un cañón rudimentario.

Los días se iban convirtiendo en semanas. Y, a lo que parecía, jamás iban a salir de aquel infierno. Pero en realidad salieron.

Mejor dicho, cambiaron… y el cambio no fue precisamente para mejorar de suerte ni mucho menos.

Una mañana, una hermosa mañana de sol, Doc se despertó en su camarote al oír un grito histérico de mujer.

Doc no perdió tiempo en plantarse en la cubierta a ver lo que ocurría.

En la proa, y por la parte de estribor, se veía algo tan

monstruoso y horrible que se comprendía que la pobre pasajera hubiera lanzado su grito histérico al verlo.

El *Cameronic* se había acercado a aquello durante la noche, en que hubo alguna niebla.

Los gritos de la mujer atrajeron pronto a otros pasajeros, que surgían por las escotillas en pijama o con ropas ligeras.

Y más de una cara se puso lívida, y más de un desayuno no pudo ser tomado. Tanta era la impresión que aquello hizo a los pasajeros.

Lo que causaba tanto horror y sorpresa era un montón informe, como de huesos colosales, cubiertos de hiedra marina, algas y otras plantas del mar.

Parecía desaparecer, medio devorado por la vegetación que lo envolvía por todas partes. En tiempos pasados aquello había sido un buque.

¡Un majestuoso y bello buque de cuatro mástiles! Y los mástiles y las vergas eran lo que parecían un enorme esqueleto.

—Las plantas ésas han salido de dentro mismo del barco —dijo uno de los marineros—. El barco debía ir cargado de grano, que ha germinado con el tiempo.

Renny apareció junto a Doc. En el rostro del gigante se retrataba la inquietud.

—¡Por el Buey Apis! —exclamó—. ¡Bonita cosa para verla antes del desayuno!… ¡La verdad, aunque no quiera, tengo que pensar que quizá nuestro buque, el *Cameronic*, llegue a verse así algún día…!

—¿Quieres que se te abra el apetito? —preguntó Doc, secamente.

—¿Cómo…? ¿Qué quieres decir…? ¿Quieres decir que vayamos allá y demos un vistazo a eso? ¡Cuando quieras! Se echó al agua uno de los pequeños botes improvisados por Doc y sus compañeros, provisto de ruedas con cuchillas para cortar las algas, Doc y sus hombres lo tripulaban.

Cuando se acercaron al velero perdido aún les pareció mayor la semejanza con una inmensa tumba cubierta de vegetación.

Aún no se había acabado de disipar el aire siniestro que parecía envolver a Doc y sus amigos cuando subieron a bordo.

Baluartes, castillos y bordas, todo aparecía podrido y ruinoso,

cubierto de vegetación y de una repulsiva capa de moho.

Las tablas de la cubierta, podridas y húmedas, cedían bajo los pies de los hombres. Las enredaderas, como lívidas cosas repugnantes, se enredaban a sus piernas, como deseosas de devorar también aquellas nuevas vidas humanas.

—¡Que me ahorquen si me agradan esta clase de exploraciones! —murmuró de pronto Monk, poniéndose a gatas, al ver que las tablas de la cubierta amenazaban ceder bajo su enorme peso.

El barco, a todas luces, había sido desmantelado por una galerna. El cargamento consistía en grano para semilla y barriles vacíos al parecer.

Y el velero estaba muy hundido en el agua, manteniéndose solamente a flote por ser de madera y por su carga, que aumentaba su flotabilidad.

No había ningún indicio capaz para demostrar cuántos años llevaba el velero en aquellos dominios de la muerte.

Como tampoco había indicio alguno que permitiera deducir la suerte que cupo a la tripulación. En realidad, parecía no haber ningún ser humano a bordo.

Las placas y planchas que llevaban escrito el nombre del buque hacía tiempo que habían desaparecido, podridas o arrancadas por la fuerza misma de los elementos.

Otras permanecían fijas al casco, pero estaban tan cubiertas de moho o de algas que las letras eran indescifrables.

Pero en un pedazo de cartón enmohecido, que encontraron en la cabina del timonel, y que estaba protegido por los cristales, pudieron leer un nombre:

«SEA SYLPH».

—¡Este nombre estaba en el cinturón de las calaveras, amigos! —dijo Renny, en tono de asombro.

En el camarote del capitán descubrieron un pequeño cofre-fuerte, de un modelo corriente y de bajo precio, con la puertecita abierta de par en par.

Era evidente que el cofre había sido violado.

Pensativos y sombríos, Doc y sus compañeros volvieron al *Cameronic*.

El descubrimiento de que el nombre del navío perdido figuraba en el cinturón de las calaveras —el mismo cinturón que llevaba inscrito el nombre del *Cameronic*— les había dado harto motivo para reflexionar largamente.

Y no podían evitarse el comparar la suerte posible del buque a bordo del cual iban, con la del velero perdido.

El hecho de no haber encontrado ni rastro de vida humana a bordo del velero no era tampoco para aumentar su alegría ni dejarles más serenos con respecto al porvenir.

¿Qué había sido de la tripulación del pobre buque prisionero de las algas?

Al llegar a la cubierta del *Cameronic* encontraron a todo el mundo agitado e inquieto.

La causa de ello no eran los tres pequeños botes de Bruze, que se mantenían al acecho como un trío lúgubre de pajarracos de presa, fuera del alcance del cañón improvisado de Doc Savage; la explicación estaba en lo que podía divisarse desde la proa, a babor.

Una espesa niebla había flotado desde el amanecer sobre este Mar de los Sargazos; pero ahora empezaba a disiparse.

Y al hacerlo los ojos podían admirar un espectáculo asombroso.

¡El *Cameronic* había sido empujado durante la noche casi al centro mismo del Mar de los Sargazos! ¡Y ahora el buque estaba en el sitio tantas veces descrito por historias y leyendas fantásticas!

¡Infinidad de buques estaban ante los absortos ojos de los que iban a bordo del *Cameronic*!… ¡Una flota incontable!…

¡Una flota maravillosa y fantástica!… Los buques parecían datar de todas las épocas.

Algunos se mantenían en relativo buen estado; éstos eran buques que solo llevaban allí unas cuantas semanas o unos cuantos meses; otros eran viejos.

Viejos de siglos y siglos, a juzgar por su forma y su estructura. Muchos de los barcos flotaban altos en las aguas muertas; otros estaban medio hundidos; otros anegados y en realidad sumergidos, semejantes a enormes bancos de algas o plantas recubiertas de un moho repugnante y hediondo.

Algunos estaban inclinados o volcados sobre uno de sus flancos. Allí y acullá, otros habían dado la vuelta por completo y mostraban

al aire su fondo panzudo y monstruoso.

Monk empezó a contarlos, pero pronto desistió de ello. El número de embarcaciones era infinito.

Y los mástiles formaban como un inmenso bosque de árboles desnudos, que se perdían en el horizonte.

Las embarcaciones habían sido empujadas hasta allí por las corrientes marinas. Pero el extraño bosque no se componía solamente de buques; todo lo que podía flotar había sido arrastrado hasta allí por las corrientes del Océano: palos, tablas, troncos, botellas, barriles de metal y barricas y toneles de madera; en una palabra, todos los residuos flotantes del mar.

El inmenso asombro y la sorpresa producidos a la vista de tantos buques muertos, que presentaban un aspecto fantástico, hizo ceder en gran parte, la inquietud de los pasajeros a bordo del *Cameronic*.

Maniobrando hábilmente, Doc se las arregló para que el suceso se convirtiera en una especie de fiesta entre sus compañeros de aventura.

Los criados sirvieron el desayuno en las cubiertas y la orquesta tocaba con toda la fuerza y el entusiasmo de que era capaz.

De pronto, Johnny, que estaba encaramado en lo alto de un mástil del *Cameronic*, dio una noticia grave:

—¡Bruze y su banda dan señales de vida, señores!

Todo el mundo corrió, buscando sitio desde donde divisar los tres botes de los bandidos.

Las pequeñas embarcaciones estaban siendo empujadas precisamente hacia el centro mismo del bosque de buques naufragados y los bandidos utilizaban para ello los remos convertidos en pértigas.

Y pronto se perdieron de vista, deslizándose como vampiros dentro del cementerio de buques perdidos.

X
El reino de la muerte



Bruze y su banda no se dejaron ver de nuevo aquel día, a pesar de que todos los gemelos se dirigían a explorar la masa enorme de barcos perdidos, hacia la que el *Cameronic* era arrastrado lentamente por las corrientes oceánicas que allí formaban un inmenso remolino.

Dos o tres veces, los que espiaban desde el barco, creyeron distinguir que algo se movía entre el amontonamiento de buques perdidos; pero nada se pudo poner en claro.

Las gentes del *Cameronic* permanecieron en la borda toda la tarde aquel día también. Muchos nombres de los buques perdidos eran descifrados gracias a los gemelos. Y a menudo el nombre del buque descubierto de esta manera originaba animados comentarios por parte de gentes que recordaban la historia de la embarcación.

De estos buques cuyos nombres se iban descubriendo, cuatro figuraban en el famoso cinturón de las calaveras.

Poco después de que cayera la noche como un manto húmedo y oscuro, Doc decidió buscar por sí mismo la respuesta a aquella intrigante pregunta, a aquel terrible misterio.

No dijo nada a nadie, sino que, echando al agua, silenciosamente, uno de los pequeños botes que ellos mismos habían construido, un bote para ser tripulado por una sola persona, y provisto de las ruedas accionadas a brazo y que llevaban el mecanismo de hoces y cuchillas para cortar las algas, se deslizó a la pequeña embarcación.

Doc dio un gran rodeo con su barquilla. Sólo producía al avanzar su pequeña embarcación un levísimo ruido de la rueda y los remos mecánicos.

Y así iba avanzando sigilosa y lentamente.

Los barcos perdidos y todos los objetos que flotaban sobre las aguas no estaban en realidad, vistos de cerca, tan juntos como parecían contemplados a distancia.

Algunos barcos estaban borda contra borda; pero la mayoría hallábanse aislados, dejando entre ellos grandes espacios.

Con frecuencia el bote de Doc Savage chocaba contra maderos, cajas u otros obstáculos. En tales casos, Doc se veía obligado a retroceder y dar un rodeo.

Esto era un trabajo muy penoso, sobre todo porque las ruedas de la barca no estaban dispuestas para moverse en sentido inverso, y Savage tenía que hacer gran esfuerzo para salir de los malos pasos.

Estaba abriéndose paso penosamente por un paraje difícil, cuando llegó a sus oídos, de pronto, un sonido extraño.

¡Bong… bong… bong…!

Las notas llegaron hasta él mortecinas y sordas, a través de aquella atmósfera quieta y pesada del Mar de los Sargazos, y luego se perdió en ecos lúgubres que retumbaban entre los cascos de los buques muertos, hasta desvanecerse por completo.

Y una y otra vez llegó a oídos de Doc el extraño, el monótono e incomprensible sonido.

Minuto tras minuto, Doc escuchaba atentamente. Y el sonido metálico y rítmico de aquel ruido acabó por decirle de lo que se trataba: ¡aquello eran señales!

¡Alguien estaba transmitiendo un mensaje, valiéndose de un gigantesco gong chino!

Al cabo de algún tiempo se hizo un silencio absoluto, cesando los golpes del gong. El bosque de buques perdidos y muertos pareció adquirir una vida misteriosa y terrible.

De vez en cuando sonaba un golpe seco y breve, sin embargo. Y hubo un momento en que Doc escuchó como un lejano chirrido, un ruido de algo inexplicable, un objeto que chocaba o rozaba contra otro. Tardó un rato Doc Savage en caer en la cuenta de que seres humanos se movían subrepticiamente entre los buques muertos, en

aquel cementerio del mar.

¡Sí: ya era evidente para Doc que muchos hombres se movían entre la masa de buques y de objetos flotantes, convergiendo hacía el sitio de donde habían partido los golpes de gong!

Moviéndose bajo la popa de un buque mercante medio hundido y casi podrido y cubierto de maleza marina, Doc se puso en pie en su pequeña embarcación.

Detuvo el bote, y luego de balancearse con pericia durante unos momentos, dio un salto. Y sus manos de hierro se aferraron a la borda baja del barco.

En un momento estuvo arriba, y entonces empezó a moverse con viveza.

La luz de la luna le alumbraba y guiaba.

Al llegar a la proa, saltó sobre un madero, luego a una barquilla salvavidas y después continuó avanzando por encima de diferentes objetos que flotaban.

Solamente la increíble y maravillosa habilidad de Doc Savage hacía posible tal avance.

Porque ponía los pies en maderos que se hundían o volteaban, escogiendo de todos modos y de un modo que parecía maravilloso los objetos y cosas que eran capaces de soportarle para apoyarse en ellos.

Una vez, sin embargo, se escurrió y cayó al agua.

Los momentos que siguieron, fueron espantosos. Los tallos de algas y enredaderas marinas parecían adherirse a sus miembros, sujetarle, retenerle, como si intentaran devorarlo, semejantes a poderosos tendones animales.

Y cada vez que Doc se movía, se enredaba más y más en aquella masa horrible de vegetales viscosos y fortísimos.

Retorciéndose y esforzándose como un reptil, Doc Savage consiguió, empero, libertase y trepar a una barquilla.

De pronto, los ojos de Doc Savage percibieron una luz lejana. ¡Una luz…!

¡Un resplandor rojo entre el bosque de mástiles y residuos del mar…! Y la luz aparecía y desaparecía a intervalos irregulares.

Doc aligeró la marcha cuanto podía, preguntándose interiormente si aquella luz sería otra señal.

Y pronto llegó a descubrir una cosa extraña. Dos viejos lanchones de hierro habían sido atados para que permaneciesen juntos.

Alrededor de ellos se habían fijado grandes tablones, que servían a la vez para aumentar la flotabilidad de las barcas, y como defensas o espolones para evitar que cualquier otro barco u objeto flotante viniera a chocar contra las dos barquillas unidas.

En el centro de ambas barcas se elevaba una especie de torreón circular, de acero, que recordaba los castilletes acorazados de los buques de guerra.

El torreón, más grande que los castilletes corrientes de los buques, estaba rematado por una verdadera torre en su centro, llena de agujeros, que también había en el torreón mismo.

Doc comprendió que aquello era una verdadera y poderosa fortaleza.

Indudablemente se había construido sobre las barcas por una razón evidente y poderosa: por lo visto, algunos de aquellos buques muertos, se hundían de vez en cuando; de aquí la decisión de emplear estas barcas como cuartel general, aumentando su flotabilidad por medio de grandes maderos.

Unos hombres misteriosos estaban llegando a la fortaleza de todas partes.

Una puerta se abría de vez en cuando, dando paso a un hombre, y luego volvía a cerrarse otra vez, a espaldas del que acababa de llegar.

Y el vivo resplandor rojo que surgía de la puerta al abrirse, era lo que había llamado la atención de Doc Savage. Doc continuó avanzando.

Un instante después, tuvo mala suerte. De ordinario, la previsión y perspicacia de Doc Savage, su astucia y su prudencia le ponían al abrigo de incidentes como el que iba a ocurrirle.

Quizás en las cercanías de la fortaleza había un sistema de señales que daban la alarma.

Tal vez eran alambres que vibraban o quizás eran timbres u objetos que producían algún sonido determinado para delatar a un enemigo.

Fuera lo que fuera, lo cierto es que, de pronto, una docena de

luces potentes como reflectores, surgieron del torreón.

Y Doc, que estaba al abrigo de un par de maderos en aquel momento, se vio enfocado y descubierto plenamente.

Y numerosas ametralladoras abrieron un fuego intensísimo contra Savage desde el fuerte.

Con un movimiento tan rápido como sólo él era capaz de ejecutar, Doc se ocultó tras los maderos que tenía ante sí.

Pero podía percibir como las balas rebotaban en todos los objetos que le rodeaban, se incrustaban en las maderas podridas o perforaban el agua con un rumor siniestro.

Doc extrajo un puñal de la vaina, escondida entre sus ropas empapadas.

Antes de salir del *Cameronic*, Doc había afilado el puñal, dejándolo como una navaja de afeitar, en previsión de cualquier contingencia.

Empuñando el arma y manteniéndose todo lo bajo que podía junto al agua, Doc Savage inició la retirada, cortando con el puñal afiladísimo algas y maleza marina. La puerta de la fortaleza se abrió de pronto, dando paso a un gran resplandor. Y un grupo de hombres se lanzaron fuera.

Parecía un hormiguero que se vaciara. Eran unos hombres barbudos, de aspecto rudo y feroz. Y todos ellos iban fuertemente armados.

Las balas se hundían en el agua alrededor de Doc Savage, salpicando chorros de gotas al rostro y a las manos de éste.

Doc se sumergió más, luchando desesperadamente por acercarse hacia la popa de una desvencijada goleta, que era el navío que veía más cercano.

Mantuvo los ojos abiertos bajo la superficie del agua. Entre la maraña de algas y maleza marina, pudo ver maravillosos cometas de luz y de chispas: las balas de los rifles enemigos al zambullirse velozmente en el agua.

La terrible maraña de algas, le impedía moverse con soltura. Por momentos permanecía inmóvil. Sus pulmones, a pesar de su resistencia de gigante, jadeaban con el esfuerzo increíble.

No era una batalla ordinaria la que sostenía Doc Savage en estos momentos; un hombre cualquiera, un hombre ordinario, habría

perecido en esta lucha terrible y desigual desde los primeros momentos.

Al fin logró llegar junto al casco de la goleta, y poniéndose al abrigo de ésta, salió a la superficie, mientras las balas acribillaban la madera podrida de la nave a su alrededor.

Por encima del estrépito de las armas de fuego, se oyó el rugir de la voz de Bruze, que ordenaba a sus hombres:

—¡Ahora es la nuestra…! ¡Es el tipo aquél del *Cameronic* que nos dio tanto que hacer…! ¡Vamos con él…! ¡Apresarle…!

Se oyó el chapoteo de varios hombres que se arrojaban al agua, y una serie de juramentos y de maldiciones. Los enemigos se acercaban a nado hacia la goleta.

Doc subió a un bote salvavidas medio podrido. Desde allí pudo emprender la huida con más facilidad.

Un brinco de pantera rápido como un relámpago, otro más, y Savage empezó a correr velozmente por encima de cuanto flotaba sobre las aguas muertas.

Un salto le llevó encima de un castillo de cubierta de un buque desmantelado a todas luces por alguna galerna.

—¡Adelante! —rugió la voz de Bruze—. ¡A ver, algunos de vosotros, dad la vuelta por allí, y cortadle la retirada, para que no pueda volver al *Cameronic*!

Doc, de un salto, abandonó el castillo flotante, y luego, abriéndose paso por entre la red de algas, saltó a nuevos maderos y otros objetos flotantes, continuando su huida, todo lo vivamente que podía.

Tras él corrían Bruze y sus hombres, los feroces asesinos del Mar de los Sargazos. De haber sido Doc algo menos fuerte y ágil, sus enemigos le habrían cogido fácilmente desde los primeros momentos.

Doc iba buscando un gran buque, un vapor de alto bordo, en el cual pudiera esconderse y burlar a sus perseguidores en una especie de juego del escondite, hasta fatigarlos, obligándoles a que renunciaran a su persecución.

De pronto, sus deseos se vieron realizados, y su pensamiento tomó forma, como si se encarnara en un inmenso buque de acero que apareció ante sus ojos.

¡Un buque de guerra…!

El buque de guerra tenía claras señales de haber sufrido los efectos de la metralla, pero aún se mantenía flotando muy alto y erguido sobre las aguas.

A la luz de la luna, no se distinguía cable o maroma alguna ni cadena que pendiera del buque.

Pero esto no preocupó a Doc para nada. Se acercó más al casco, y de uno de sus bolsillos salió a relucir una larga cuerda de seda, que tenía en uno de sus extremos una especie de gancho.

Esto lo llevaba siempre encima Doc Savage.

Lanzó el extremo de la cuerda que sostenía el gancho, y éste se enganchó, en efecto, en la borda de la nave.

Un momento después, sus manos de hierro se aferraban a la cuerda y empezó a trepar como un mono, llegando pronto a la cubierta del buque de guerra.

Doc Savage se escondió enseguida al abrigo de la mampara de acero de un cañón antiaéreo que aparecía volcada sobre cubierta.

Y algo maravilloso, extraño, inexplicable, sorprendente, ocurrió cuando los enemigos de Doc Savage se acercaron al buque de guerra. Todos se detuvieron, como si el barco de guerra fuera algo venenoso y terrible.

—¡Maldito sea el canalla… y qué suerte ha tenido! —se oyó maldecir a Bruze—. ¿Verdad que ha subido a bordo de ese buque?

—Sí.

—¡En ese caso, está a salvo!

Y Doc, lleno de asombro y de sorpresa, pudo ver cómo todos sus enemigos se retiraban y desaparecían entre las sombras de la masa de buques muertos.

Era evidente que a bordo de aquel buque de guerra había algo que Bruze y su banda temían mucho, para haber abandonado la persecución de Doc Savage.

Los ojos de éste empezaron a girar lentamente, procurando perforar las tinieblas que le rodeaban.

Desconfiado y alerta, intentaba examinar las cosas. Pero sólo consiguió descubrir cañones volcados, una cofia rota y extendida sobre la cubierta y numerosos agujeros por doquier, en planchas acorazadas y otros sitios del buque, reveladores de la explosión de

las granadas.

No se veía ni se oía nada, y por todos los indicios no había rastro de vida a bordo. Habría sido relativamente fácil para Doc Savage abandonar el buque.

Esto habría hecho a todas luces un hombre menos valeroso que Doc; pero Savage era valiente y audaz y decidió quedarse allí e inspeccionar la nave.

Avanzó, pues, con cautela y lentamente, como una sombra bronceada que se confundía con las sombras que le rodeaban. La cubierta estaba relativamente despejada de obstáculos.

Y le chocó a Doc Savage percibir como un extraño aire de vida, de movimiento y calor a bordo de aquel buque y que venía tal vez de la ausencia del olor a moho que flotaba en todos los otros barcos abandonados en aquel cementerio del Océano.

De pronto, oyó un leve ruido que le hizo ponerse rígido y quedar inmóvil, permaneciendo en esta actitud largo rato.

El ruido no volvió a repetirse.

Fue un sonido difícil de definir; algo así como una nota plañidera, como un lamento humano, modulado en tono muy bajo.

Doc penetró en un verdadero bosque de maquinaria y utensilios sobre cubierta. Allí las sombras eran más densas.

Y en el aire flotaba un perfume como animal, extraño.

A dos pasos ante él se oyó un rumor como de algo que arañara las tablas de la cubierta.

Doc se detuvo de nuevo.

Y, de repente, inesperadamente, un ser extraño, monstruoso y peludo, saltó sobre él en la oscuridad.

Instintivamente, Doc se hizo a un lado visiblemente. Pero unos brazos peludos, duros como tendones o fibras vegetales, se aferraron a su cuello, quedando fuertemente sujetos a él.

Y unas garras finas se hundieron en las carnes de Savage.

Las manos de Doc acudieron prestamente hacia adelante, palpando en la oscuridad y agarrando al ser monstruoso que se le había venido encima.

Entonces pudo coger entre sus dedos una forma viva, de un grueso como dos veces su muñeca. Al tacto parecía un gigantesco antebrazo peludo.

Y el ser extraño aquél, lanzó de repente un agudo chillido. Un chillido agudo, semejante al grito de un niño, ensordecedor.

Doc, bajo el influjo aterrador de aquel ambiente del cementerio marino, creyó en el primer momento, que algún monstruo se le había venido encima.

Pero casi enseguida comprendió de lo que se trataba… y sonrió en la oscuridad: no era ni más ni menos que un inofensivo mono de pequeño tamaño.

El pequeño animal estaba muy asustado.

Doc le quitó las manos de alrededor de su cuello, con suavidad y dulzura, y luego sus dedos, acariciando al peludo animal, encontraron un collar.

Palpó esto con interés. Al fin, sacó su linterna eléctrica, que por fortuna estaba construida a prueba de agua, y apretando el botón, dirigió la luz sobre el collar del animal.

Entonces pudo ver con gran sorpresa que el tal collar estaba formado por una cinta brillante y casi nueva.

¡Ssssuisss…!

Un silbido extraño cruzó el aire. Doc, olvidándose instantáneamente de la cinta y del mono, se agachó con gran presteza. Y, lo que había producido aquel extraño silbido, pasó por encima de su cabeza.

¡Ssssuisss…!

El sonido, el silbido se repitió, esta vez viniendo de la dirección opuesta.

¡Ssssuisss…!

¡De otro lado…! Y enseguida, infinidad de silbidos, viniendo de todas direcciones.

Era imposible esquivarlos todos. Uno le dio a Doc, y enseguida otro.

Savage se dio cuenta de lo que se trataba: eran unos alambres finos, en forma de lazo, flexibles…, que le fueron aprisionando la cabeza… luego un brazo… después el otro, y al fin acabaron envolviéndolo como una red.

Doc Savage saltaba, brincaba, daba vueltas, tirando de los alambres e intentando libertarse. Pero los alambres resistían.

Además, habían sido lanzados por manos muy hábiles. Hasta

que al fin, el prisionero, cogiendo un mismo alambre con las dos manos, dio un formidable tirón hacia sí.

¡Un grito agudo rompió el silencio de la noche!

Y una verdadera avalancha de formas humanas fue a chocar contra Doc Savage.

Infinidad de manos le sujetaron por los brazos, por el cuello. Eran manos finas y débiles, en comparación con las manos de hierro del gigante.

De haber querido luchar de veras, Doc Savage habríase podido escapar fácilmente.

Pero no hizo esfuerzo alguno para libertarse. ¡Los seres que le sujetaban… eran mujeres!

El grito agudo que acababa de oír, le había revelado la verdad a Doc Savage.

XI
Prisioneros de los sargazos



Doc se vio envuelto en alambres, hasta el punto de que llegó a parecer una momia metálica.

Pero mientras le envolvían de este modo, Doc tenía sus músculos enormes en tensión, de modo que al aflojarlos podría libertarse fácilmente.

Esto lo hacía como medida de precaución, por si el propósito de las mujeres era asesinarle.

Todo esto ocurría en la oscuridad, porque Doc había apagado su linterna.

Varias veces se oyeron murmurar algunas palabras, siempre en voz baja y por voces femeninas. Una voz grata y bien timbrada, era la que daba las órdenes casi siempre.

Pero lo más notable de todo era que las órdenes eran dadas en media docena de idiomas.

Doc, que era un verdadero erudito en materia de idiomas, tenía que admirar la perfección y el excelente acento con que la dulce voz femenina hablaba todas las lenguas.

Sus secuaces parecían pertenecer a diversas nacionalidades.

Ni una sola vez se dejó oír el tono grave de la voz de un hombre.

El mono había huido, y gritaba, saltando en la oscuridad.

—¡Ven aquí, *Nerón*! —llamó en una ocasión la voz dulcísima de la mujer que daba las órdenes.

—¡Bueno! —dijo otra voz femenina, en español, como satisfecha de haber atado perfectamente a Doc—. ¡Ya está muy bien atado, de

modo que no podrá escapar!

—¡Muy bien! —repuso la capitana, en el mismo idioma—. Pero ¿estabais vigilando bien y estáis seguras de que éste es el único hombre que ha venido a bordo?

—¡Sí sí! Estaba solo. Los otros venían persiguiéndole, a lo que parece.

—¡Eso podría haber sido un truco! Será conveniente que redoblemos la guardia por el resto de la noche.

Doc aflojó un tanto los músculos, luego de cerciorarse de que los alambres estaban lo suficientemente flojos para poder escapar cuando quisiera.

Doc se había escapado muchas veces, estando atado.

Ahora, infinidad de parejas de manitas suaves y finas le agarraron, levantándole en vilo.

—¡Pesado! —dijo la española que había hablado antes—. ¡Pesado! ¡Es muy pesado!

Levantándole más, le llevaron al interior del buque. EL aire allí era muy diferente que en el exterior. Un perfume suave y dulce disipaba el hedor a moho y a humedad.

El piso, por otro lado, estaba cubierto con una espesa alfombra.

Alguien encendió una linterna de gasolina, que esparció una intensa claridad en la estancia.

Doc miró en torno. Según todas las apariencias, había sido capturado por una tribu de amazonas. Ni un solo hombre se veía en la estancia.

Las mujeres eran de todas edades y razas y de una variedad muy grande también, respecto a su mayor o menor belleza.

Y todas estaban vestidas de un modo extraño, aunque no había dos trajes o atavíos iguales.

La más notable y bella de todas era la capitana, aquélla que hablaba a la perfección tantos idiomas.

Era una hermosa rubia, Su estatura era tan grande que casi le pasaba de los hombros a Doc. Sus ojos eran azules, con un azul intenso de mar del Sur; su nariz pequeña y graciosa, un poco chata y respingada.

Llevaba un atavío extraño y notable: una especie de blusa, de estilo ruso, bordada primorosamente y sujeta a la cintura con un

cinturón hecho de monedas de oro, en dos hileras paralelas.

Del cinturón pendía una espada delgada y enjoyada, que Doc pensó tendría lo menos cuatro siglos. También llevaba al cinto una magnífica pistola automática, de tipo modernísimo.

Sus pequeños pies iban calzados con extrañas botas de cuero blando y suave, que le subían por encima de los tobillos.

Llevaba pantalones de seda cortos, hasta encima de las rodillas.

El mono —*Nerón*—, que había saltado a los hombros a Doc Savage, estaba en aquel momento en uno de los hombros de la hermosa capitana.

El animal tenía un aire despierto e inteligente.

Era una figura exótica y atractiva en extremo aquella reina de las amazonas.

Pero no era sólo Doc el que hacía el gasto en las miradas. A su vez, él era objeto de una inmensa curiosidad por parte de sus captoras.

La cosa no era extraña ni difícil de comprender. No era la primera vez que personas del llamado sexo bello, se sentían fuertemente atraídas hacia Doc Savage.

—¿Americano? —preguntó la hermosa capitana rubia.

—¡Clavado! —contestó Doc, sonriendo levemente.

La mujer pareció intrigada; y preguntó, frunciendo un tanto el ceño.

—¿Clavado? ¿Qué nacionalidad es ésa?

Era evidente que la bella capitana desconocía el argot de Nueva York. Así, pues, Doc aclaró:

—¡Sí, soy americano, en efecto!

La mujer hizo un gesto que quería ser de severidad, y dijo en tono de cierta dureza:

—Le advierto a usted que yo no permito que se juegue conmigo, ¿estamos…?

—¡Oh, yo no pretendía tal cosa! —repuso muy cortésmente.

La joven rubia pareció indecisa, y al fin dijo:

—Yo, Kina la Forge, ¿sabe?

—¡Y yo soy Clark Savage!

La capitana se encogió de hombros, murmurando:

—¡Nunca he oído hablar de usted!

—Ni yo de usted —repuso Doc, sonriendo.

Estas palabras parecieron causar a la capitana una gran sorpresa, y dijo, mientras una de sus manos jugaba distraídamente con el puño de su enjoyada espadita:

—Pues, o usted miente en esto, o no hace mucho tiempo que está usted en el Mar de los Sargazos.

—La última suposición es la cierta —dijo Doc a su vez.

—¿Por qué le perseguían a usted el Ogro de los Sargazos y su gente?

—¿Quiere usted decir ese Bruze?

—Bruze es uno de sus nombres, según creo su verdadero nombre en realidad.

Doc no encontró razones para ocultar a estas mujeres la verdad. Era evidente que ellas no eran amigas ni estaban en buenos términos con Bruze y su banda.

Al mencionar el nombre de Bruze, en más de un rostro había aparecido una expresión de odio y de rencor.

—Verán ustedes; yo salí de Alejandría, de Egipto, y…

Y Doc Savage contó toda la historia.

Las mujeres le escucharon en silencio, sin interrumpirle ni una sola vez.

Y no parecieron muy sorprendidas. Más bien pareció que todas ellas esperaban oír aquellas palabras de Doc.

—¡Pues ustedes, los tripulantes del *Cameronic*, han tenido suerte! —comentó la capitana, estremeciéndose—. ¡El Ogro de los Sargazos y su banda acostumbran a capturar las tripulaciones y saquear los buques mucho antes de llegar aquí!

—¿Y cuánto tiempo hace que Bruze realiza esta piratería? —preguntó Doc Savage con gran curiosidad.

—Unos seis años. Doc se decidió entonces a hacer una prueba. Hizo seña hacia los cables que le sujetaban, y preguntó:

—¿Por qué no me sueltan ustedes?

La capitana dijo, moviendo vivamente su cabeza rubia:

—¡Oh, no!

Doc dio a su rostro entonces una expresión penosa y triste, pues, era un excelente actor cuando quería, y preguntó al fin:

—¿Por qué no?

La capitana le contestó en tono firme:

—La historia que nos ha contado usted puede ser verdad. Así parece, al menos. Pero nosotras no podemos ni querernos correr riesgo alguno ni exponernos a ningún peligro. El Ogro de los Sargazos ha pretendido ya, en otras ocasiones, hacer que sus hombres vengan a bordo de este buque, fingiéndose fugitivos. Y en una ocasión consiguió hacerlo.

La hermosa capitana se mordió el labio inferior, mostrando unos dientes de nieve. Su voz vibraba ligeramente por la cólera cuando añadió:

—¡Y el hecho de que el Ogro de los Sargazos consiguiera hacer entrar en una ocasión aquí a uno de sus secuaces, le explicará a usted por qué no hay ningún hombre en este buque!

Doc dio a su voz maleable y cambiante un tono de dulzura y preguntó con interés.

—¿Cómo? ¿Les hizo caer acaso en una emboscada?

La capitana asintió. En un rincón de la estancia, una mujer ya de edad empezó a sollozar y a gemir de un modo histérico.

—¡Mi pobre marido! ¡Oh, mi pobre marido! ¡Los bandidos ésos le mataron! ¡Yo me quiero morir! ¡No podremos salir nunca de este horrible encierro!

Otras tres mujeres se le acercaron, intentando consolarla.

Doc Savage miró en torno de nuevo. La estancia estaba alhajada con ricas alfombras y espléndidos cortinajes en las paredes.

Y, sin embargo, Doc experimentaba una creciente sensación de angustia y como de piedad y simpatía por aquellas mujeres y por toda la riqueza que las rodeaba.

Porque, de pronto, como a la luz viva de un relámpago, Doc Savage acababa de comprender que estas pobres mujeres habían sido pasajeras de diversos buques que habían llegado hasta allí en tiempos pasados, arrastrados por las corrientes del Océano.

—Pero ¿todas ustedes han llegado aquí en buques que eran arrastrados por las aguas y marchaban sin gobierno y a la deriva? —preguntó Doc, lleno de curiosidad.

La linda capitana rubia, denegó dulcemente con la cabeza, al tiempo que hundía sus dedos en la piel sedosa de su mono, su animal favorito, y repuso:

—¡Yo he nacido aquí, en el Mar de los Sargazos, y he pasado aquí toda mi vida! —Señaló a varias mujeres más, todas ellas jóvenes algunas, incluso niñas, y añadió:

—¡Y todas ésas también nacieron aquí! ¡No hay manera de escapar del mar de los Sargazos!

—¡Pero usted parece tener una educación esmerada! —murmuró Doc, asombrado. Usted habla muchos idiomas.

—Es que tenemos a bordo muchos libros de las bibliotecas de otros barcos arrastrados hasta aquí por las aguas. Además, mi padre era profesor de filosofía en una de las Universidades de Londres, antes de que el barco en que viajaba fuera sorprendido y desmantelado por una galerna.

Su linda mano se hundió más todavía en la fina piel del mono, y añadió:

—Mi pobre padre… fue asesinado al mismo tiempo que el marido de aquella señora. Mi madre murió hace muchos años.

Doc guardó silencio.

Resultaba inconcebible que seres humanos pudieran vivir en aquel sitio hediondo y terrible durante algún tiempo, y mucho menos durante generaciones enteras.

Y preguntó, al fin, cada vez más intrigado:

—¿Por qué no me harían el favor de contarme cuanto sepan del Mar de los Sargazos… y del Ogro ése de los Sargazos también?

La linda rubia se decidió a hablar, influenciada a todas luces por las dulces maneras, correctas y amables, de Doc Savage.

—Hombres…, mujeres, también han vivido aquí en el Mar de los Sargazos durante muchas generaciones. Nadie sabe en realidad cuánto tiempo.

Algunos de los bandidos del Ogro de los Sargazos son descendientes de las gentes que han vivido durante un siglo o quizá más. Estas gentes son las peores de todas. Porque la estancia aquí, cuando es muy prolongada, parece secar todas las buenas cualidades del hombre.

En este momento, el mono que estaba en un hombro de la capitana, dio un salto y se acercó a Doc Savage, empezando a tocar suavemente con sus manecitas en los alambres que sujetaban al prisionero.

—En el Mar de los Sargazos siempre ha habido bandidos y piratas —continuó Kina la Forge, al cabo de un momento—. Pero siempre se había ejercido sobre ellos autoridad y control. Nosotros teníamos aquí un Gobierno, una pequeña República. Mi padre era el Presidente.

Hizo una pausa, y para ocultar la emoción que ahogaba su voz, llamó en voz baja al mono. Pero el pequeño animal no quiso apartarse de Doc.

—Hará cosa de unos ocho años, Bruze apareció aquí —continuó Kina—. Había sido contrabandista en las costas de los Estados Unidos, y tuvo un encuentro con un cañonero. Esto le obligó a huir. Se dirigió a las costas de África, pero le sorprendió una galerna. Los disparos del cañonero le rompieron los mástiles, y dejaron su fragata inútil y a la deriva de las aguas.

La voz de la mujer tomó una nota de dureza al añadir:

—¡Bruze es un demonio! Él fue quien organizó la terrible banda del Mar de los Sargazos. Luego se erigió el jefe, y aquéllos que no le obedecían, procuraba asesinarlos hasta que lo conseguía. Fue una cosa terrible. Durante más de un año hubo una lucha sin cuartel, estando cada grupo fortificado en un buque de éstos. Bruze y su gang estaban entonces en este buque de guerra. Pero luego, y gracias a un golpe de audacia de mi padre, pudimos capturar la nave nosotros.

»Desde entonces, hemos vivido aquí. Los hombres organizaban correrías y razias contra los buques que son arrastrados a este Mar de los Sargazos por las corrientes, para procurarse víveres.

»En cuanto al agua, disponemos a bordo de aparatos para destilar el agua del mar.

Kina llamó otra vez al mono.

De mala gana, el pequeño animal abandonó su examen de Doc Savage.

—Hasta que un día nos tendieron la emboscada donde perecieron todos nuestros hombres —continuó diciendo Kina la Forge—. Esto fue hace cinco meses. Desde entonces, nosotras no hemos salido de este barco. Podemos defendernos fácilmente, pero no nos atrevemos a salir en busca de alimentos.

Nuestros víveres son escasos. En realidad, sólo nos alimentamos

de pescado.

Cuando terminó de hablar Kina la Forge, Doc guardó silencio durante unos instantes.

Aquélla era una historia fantástica, terrible. ¡Los sufrimientos que aquellas pobres mujeres debían haber soportado!

El solo ambiente del Mar de los Sargazos, repletos de buques muertos, ya suponía un horror insoportable.

—Hemos procurado en varias ocasiones ponernos al habla y llegar a un acuerdo con el Ogro de los Sargazos —continuó diciendo Kina, al cabo de un momento—. Tenemos a bordo de este buque gran parte del tesoro de Bruze.

El tesoro estaba ya aquí cuando capturamos el buque, hace varios años. Y nosotras le habíamos propuesto devolverle su tesoro, si se comprometía a sacarnos del Mar de los Sargazos.

—Pero ¿qué método usa él para salir con su banda de estos parajes? —preguntó Doc Savage, muy intrigado.

Kina denegó, contestando:

—Lo ignoro. Siempre ha sido un misterio para nosotras. Solamente Bruze y sus hombres están en el secreto.

—¿No será que tienen un submarino?

—No tengo la más ligera idea. Siempre salen del Mar de los Sargazos por la noche. Y en todas las ocasiones, ponen centinelas y sostienen un vivo tiroteo de rifle para ahuyentar a posibles enemigos.

—Quizás usen aeroplanos. ¿No han oído ustedes alguna vez el ruido de un motor?

—No, nunca. Ya le digo que siempre que se van, sostienen un vivo tiroteo, y se convocan por medio de golpes continuados de gong. De lo único que estamos seguras, es de que no utilizan barquillas o cualquier otra embarcación que navegue en la superficie del agua. Ningún bote, sea del tamaño que sea, puede navegar por estas aguas, a través de la masa de algas y maleza marina, ni aun yendo provisto de cuchillas u hoces cortadoras.

—¿A cuánto asciende el tesoro que tienen ustedes a bordo… ése que perteneció a Bruze?

—A unos seis o siete millones, me parece —repuso Kina la Forge con una sencillez inmensa, como si hubiera dicho que se tratara de

monedas.

Doc Savage guardó silencio otra vez, reflexionando. Se decía que aquella Kina la Forge era una mujer, singular.

Con seis o siete millones de dólares a bordo, la mayoría de la gente se habría dado una inmensa importancia.

En cambio, la hermosa muchacha rubia parecía no sentir el más leve interés por aquel inmenso tesoro.

Aunque quizás esto obedecía a que, por no haber estado nunca en el mundo exterior, Kina la Forge desconocía el verdadero valor del dinero.

—Pero, bueno, ¿no sería preferible que me libertaran ustedes? —sugirió Doc luego de esperar en vano que la capitana tuviera y expresara la misma idea.

—¡No!

—¿Por qué no?

—Usted ha hablado en tono convencido y sincero y yo no pongo en duda sus palabras. Pero yo no quiero ni puedo correr riesgos. Hay que prever mucho las cosas. No le obligaremos a que se marche, porque ello sería empujarle a caer prisionero del Ogro de los Sargazos; pero tampoco le dejaremos a usted libre de sus ligaduras. Le retendremos a usted prisionero por unos cuantos días o unas cuantas semanas, hasta que estemos perfectamente convencidos de que usted no es un nuevo miembro de la banda de Bruze, enviado a bordo de este barco para tendernos alguna emboscada.

Doc se sintió no poco contrariado al oír estas palabras de la capitana.

En muy raras ocasiones había fracasado su poderoso arte de la persuasión.

Pero resultaba inútil con aquella bella reina de las amazonas.

Kina la Forge se volvió, llevando el monito en un hombro, y dio la misma orden en cuatro idiomas diferentes, hablando cada uno de ellos con una soltura y una naturalidad como si todos ellos fueran su idioma materno.

Varias mujeres se adelantaron hacia Doc, con la intención sin duda, de conducirle a algún calabozo del buque.

Pero Doc Savage no estaba para gastar su tiempo encerrado en

una celda.

Además, los sótanos y bodegas de los buques de guerra solían ser extraordinariamente fuertes, y quizá ni las energías de gigante de nuestro héroe serían capaces de forzarlos.

Así es que, con un rápido e inesperado movimiento, libertó sus piernas.

A causa de la tensión en que Doc había mantenido sus músculos, los alambres cayeron al suelo; entonces, aunque aún llevaba sujetos con otros alambres los brazos, dio un brinco hacia la puerta.

Aquellas mujeres no eran distintas de sus hermanas de civilización. Y un coro de agudos gritos se elevó hasta el cielo. Kina la Forge y algunas otras, sin embargo, se lanzaron en persecución del fugitivo.

Doc se desvió un poco hacia un lado, libertándose al mismo tiempo de los alambres que sujetaban sus brazos.

Hay que añadir, que las mujeres no habían atado muy sólidamente a Savage.

De un brinco, Doc quedó colgado del alero de una casamata; un momento después, estaba encima y se agachó, esperando.

—¡No hacer fuego contra él! —gritaba Kina la Forge en tres o cuatro idiomas.

Doc se agachó más, esperando que las mujeres pasaran por debajo corriendo, sin verle. Porque era muy difícil que pudieran sospechar siquiera que se había encaramado a una altura tan considerable.

Los ojos de Doc empezaron a mirar cuanto le rodeaba. Por instinto desconfiaba.

Era muy probable que Bruze o alguno de sus secuaces estuvieran apostados en los alrededores del buque de guerra, escondidos entre el bosque de barcos rotos y muertos que llenaba estas aguas.

De pronto, a unos cien metros de distancia, le pareció ver algo que se movía ligeramente. Sus ojos se quedaron fijos intensamente en aquel sitio.

Un hombre surgió de las sombras y quedó en pie, bañado por la luz de la luna, sobre el alcázar podrido y medio derrumbado de un viejo galeón.

El galeón debía haber sido usado en tiempos en que los

españoles trasladaban oro y plata desde América a su patria, hacía varios siglos.

Y el hombre aquél, no distinguiéndose en realidad su indumentaria a la luz de la luna, podía haberse tomado por una estampa antigua. Lo que más impresionaba de él, sin embargo, era la pistola ametralladora que llevaba sobre uno de sus hombros.

Doc se agachó un poco más todavía. El de la ametralladora, era casi indudable, había descubierto antes a Doc, pero no sabía dónde habíase escondido.

Kina la Forge apareció, corriendo por la cubierta del navío.

La hermosa muchacha no vio al de la pistola ametralladora.

Y el forajido aquél se echó el arma a la cara y empezó a disparar en dirección a la reina de las amazonas.

Diez segundos después, la hermosa muchacha rubia habría sido blanco de una verdadera andanada de balas. Pero en aquel brevísimo espacio de tiempo ocurrieron varias cosas inesperadas.

Doc bajó del alcázar, de un brinco formidable, saltando a la cubierta con la agilidad de un gato.

Kina la Forge lanzó un grito de espanto y de sorpresa… pero unos brazos poderosos la habían cogido y se vio arrastrada hacia atrás.

Ella intentó libertarse, pero los brazos de Doc la sujetaban fuertemente, aunque sin causarle daño.

De pronto, la lejana ametralladora empezó a crepitar, y una granizada de balas vino a estrellarse contra las corazas del buque de guerra con un siniestro repiqueteo, que recordaba el ruido de unos palillos de tambor golpeando una lata.

Pero la granizada fatal iba a estrellarse a varios metros a espaldas del hombre de bronce. Éste torció el rumbo, penetrando en el interior del buque de guerra, y soltó entonces a la hermosa muchacha.

Sus lindas facciones eran apenas discernibles a la lívida luz de la luna, que penetraba por la puerta abierta.

La expresión de la mujer mostraba con toda claridad que se había dado cuenta de que Doc le había salvado la vida.

Pero antes de que ella hubiera podido hablar, Doc Savage había desaparecido, completamente tragado por las sombras, en el

interior del buque de guerra.

Deslizándose sin ruido y a buen paso a través de varios intrincados corredores, Doc logró salir de nuevo sobre cubierta sin que le hubieran visto.

Los rifles empezaron a crepitar a bordo de la nave. El forajido de la ametralladora dio un brinco de felino y desapareció detrás del alto baluarte del galeón.

Doc aprovechó aquel instante para enganchar su cinta de seda en la borda del buque, y se deslizó abajo. Fue a caer en un montón de maderas y tablas que le soportaron perfectamente. Un hábil movimiento dado a la cuerda desde abajo, desenganchó la horquilla del otro extremo. Doc lio la cuerda rápidamente y se la guardó mientras se lanzaba hacia adelante, a través de las espesas algas.

Una granizada de balas empezó a silbar y crepitar alrededor de él. Ahora le disparaban otros secuaces de Bruze, que estaban al acecho del buque de guerra.

Pero Doc había conseguido escoger una sección del agua donde abundaban los restos y la basura del mar —tablas, maderos, cajones y cubas y otros mil objetos—, y todo esto favorecía su fuga.

Su figura, que avanzaba casi a ras del agua y a una inmensa velocidad, ofrecía un escaso y difícil blanco a la lívida luz de la luna.

Doc se dirigió a un sitio donde pudo esconderse sin novedad.

Pero no se detuvo un instante allí, sino que, dando un rodeo, se dirigió hacia el sitio donde había dejado su pequeña barquilla.

Por fortuna, sus enemigos no habían descubierto el bote. Doc saltó a éste, se sentó en el pequeño banquillo y empezó a accionar con mano vigorosa el manubrio de las ruedas.

La ligera embarcación empezó a avanzar vivamente. El rumbo del bote, a falta de timón, se conseguía accionando un manubrio con más rapidez que el otro, como se hace con las sillas de ruedas de los inválidos.

Era necesario vigilar mucho las aguas para evitar colisiones con los restos flotantes de aquel mar muerto y peligroso. En más de una ocasión tenía que bordear grandes barcazas o botes salvavidas.

En uno de estos botes salvavidas, muy grande, hizo Doc un descubrimiento terrible y trágico: a la luz de la luna aparecieron

ante sus ojos lo menos media docena de esqueletos humanos, entre cuerdas y maromas podridas.

Los infelices debían haber sido víctimas de alguna espantosa tragedia del mar, sin duda pereciendo de hambre o de sed antes de que el bote fuera arrastrado por las corrientes hacia este Mar de los Sargazos.

Doc bordeó el siniestro bote y, avanzando algo más, dio vista al *Cameronic*.

Majestuoso, brillando en la oscuridad difusa de la luna, el barco presentaba un aspecto acogedor y alegre. Era la única cosa viva en aquel mundo inmóvil y muerto.

Viva y elevada, ya que el hermoso paquebote se mantenía muy por encima de los barcos muertos y de toda la inmunda basura del mar que le rodeaban.

Doc estaba todavía a alguna distancia del *Cameronic*, cuando llegó hasta sus oídos un gran estrépito de gritos y de voces, mezclados con una andanada de disparos que sonaban como secos trallazos.

XII
La emboscada nocturna



El Ogro de los Sargazos —Bruze— y sus secuaces, habían atacado al *Cameronic*.

El ataque se había producido por la proa, a juzgar por el resplandor de los disparos.

Doc echó mano de todas sus fuerzas para aumentar la velocidad de su pequeño bote, que volaba sobre aquellas aguas espesas a causa de las algas.

Las hoces y cuchillas mecánicas producían un ruido agudo, una especie de silbido de vibración conforme avanzaba la barquilla.

A la luz de proa del *Cameronic*, Doc Savage pudo distinguir cuatro o cinco barquillas.

¡Eran las barquillas de Bruze y su banda!

Los centinelas dejados abajo, cuidando de las barcas, descubrieron a Doc.

Y numerosas llamaradas surgieron de las sombras.

Doc aumentó todavía más la velocidad de su barquilla y poco después la hizo virar, poniéndola al abrigo del casco del buque y dirigiéndose hacia la popa de la nave.

Pero dos balas enemigas vinieron antes a incrustarse en el casco de la pequeña embarcación.

Se acercó al casco del *Cameronic*. Tuvo que lanzar muy alta su cuerda, para lograr que el gancho de un extremo se quedara sujeto en la borda.

Entonces trepó cuerda arriba, semejante a una araña que sube

por su tela, y pronto llegó junto a la borda. Un momento después, estaba en la cubierta y echó a correr hacia la otra parte del buque.

Un centinela le descubrió, echándose el rifle a la cara; pero al reconocerle bajó el arma.

—¡No se mueva usted de aquí! —le ordenó Doc Savage—. El enemigo pudiera intentar otro ataque por aquí, por la popa.

Los defensores del *Cameronic*, cogidos por sorpresa, se encontraban, a lo que parecía, muy apurados.

Doc surgió entre ellos como un espectro de acero que personificara la fuerza y la violencia.

En la punta de sus dedos empuñaba la famosa aguja o jeringuilla hipodérmica con la que disparaba su famoso líquido que producía el sueño instantáneo. Cada una de las dosis iba encerrada en un pequeño manguito o dedal de bronce, de modo que nadie podía ver nada entre los dedos de Doc cuando las usaba.

Y el hecho de que los manguitos o dedales mortíferos fueran invisibles, dio bien pronto a los gangsters de Bruze la certeza de que Doc poseía un poder sobrenatural y diabólico.

Porque bastaba que Savage tocara ligerísimamente a los combatientes, para que aquellos hombres barbudos y de aspecto rudísimo se vieran detenidos en su carrera.

Las balas silbaban alrededor del hombre de bronce. Puñales, alfanjes y cuchillos cortaban el aire.

Algunos de los atacantes llevaban alabardas, armas largas y terribles, que eran una mezcla de lanza y de hacha de guerra.

El cariz de la lucha cambió inmediatamente. Jamás la valentía y habilidad luchadora de Doc Savage se habían mostrado tan maravillosas y perfectas.

Estaba en todas partes, multiplicándose y arrollando a los enemigos, irresistible como un monstruo de acero.

Y por donde pasaba, donde aparecía, los hombres caían enseguida víctimas del terrible e inexplicable sueño.

Esto fue, sin duda, la causa de la derrota final de los secuaces de Bruze, que empezaron a retroceder.

Durante toda la lucha, Doc Savage habíase dado cuenta de un hecho inquietante: era que sus cinco amigos, que no habrían podido hallar ocasión mejor para mostrar su ardor combativo y su gran

entusiasmo por las aventuras y la pelea, no se habían mostrado por ninguna parte.

—¡Duro con ellos! —gritaba Bruze con su voz ronca y terrible, desde la proa del barco—. ¡Vamos con ellos…! ¡Despedazadlos!

Pero los forajidos continuaban retrocediendo. A Bruze le era muy cómodo permanecer donde estaba, es decir, muy cerca de la misma proa del buque y sin tomar parte activa ni directa en la lucha.

Lo único que hacía era gritar hasta desgañitarse arengando a los suyos.

Doc Savage sorteó los pocos combatientes enemigos que aún quedaban en pie y se dirigió al encuentro de Bruze.

El Ogro de los Sargazos le vio a su vez. En vez de huir o de retirarse, Bruze se lanzó al encuentro del hombre de bronce.

Esto era algo notable en el bandido; porque eran muy pocos los hombres que, luego de ver la figura hercúlea de Doc Savage, se atrevían a desafiar su fuerza, a acercarse a él.

De todos modos, Bruze resultaba el más enorme de los seres humanos que hasta entonces habían tenido el valor de enfrentarse con Doc Savage.

Bruze tenía en su rostro feroz de ave de presa una expresión irónica y cruel al avanzar hacia su enemigo.

Los dos hombres se encontraron con un choque que sonó de un modo sordo y lúgubre.

Eran como dos enormes leviatanes de carne y hueso. Y sonaban golpes, unos golpes sordos y secos, como cuando un puño cae con fuerza sobre una masa fofa o blanda, a pesar de que las carnes en que los golpes eran descargados tenían la dureza del acero.

Y de pronto, la expresión confiada y sarcástica desapareció del rostro de Bruze, cuyas facciones tomaron una expresión de inmenso asombro, de profunda sorpresa.

Era la sorpresa del hombre que se encuentra de pronto con un milagro, con algo sobrenatural. Jamás había podido pensar que hubiera un enemigo como aquél.

Doc, a su vez, también parecía asombrado y confuso. Porque Bruze poseía una fuerza casi tan enorme como la suya.

Los dos hombres conocían al dedillo todos los trucos y las mañas

de la lucha. Bruze intentaba utilizar sus puños, y luego, viendo que sus golpes daban en el vacío o resultaban ineficaces, intentó morder, arañar y cocear a su enemigo.

Al fin, fuera de sí, echó mano al puñal que le colgaba del cinto.

Pero un puño de hierro cayó sobre él, haciéndole retroceder, tambaleándose, antes de que su mano pudiera apoyarse en la empuñadura del arma.

Los dos cuerpos chocaron de nuevo y esta vez se vinieron al suelo. Allí se aferraban como fieras, y tal era la fuerza de los dos luchadores que cuando los dedos no hacían presa en la carne enemigo la piel de sus manos saltaba como si se hubieran quemado.

La lucha resultaba igual y pareja con respecto a ambos enemigos. Pero Bruze no estaba conforme con ello, Así es que gritó a sus hombres:

—¡Pronto! ¡Echadme una mano! ¡Ayudadme! ¡Matadle! ¡Matadle de un tiro o echad mano de un puñal!

Pero sus secuaces tenían algo más importante que hacer mientras tanto.

Debían defenderse de las gentes del *Cameronic*.

Uno de los secuaces de Bruze, sin embargo, intentó apuntar su revólver a Doc; pero en aquel momento recibió un balazo que le atravesó un hombro.

Bruze empezó a gritar como un loco, intentando librarse de las garras de Doc Savage. Pero sólo conseguía agitarse más y más, demostrando a su enemigo que empezaba a verse invadido por el terror en aquella lucha cuerpo a cuerpo, a la que se había lanzado tan lleno de confianza y de optimismo. Bruze intentó volver a hacer presa en su adversario, pero Doc Savage empujó al bandido, que fue dando vueltas y traspiés por la cubierta como un titiritero de circo.

De todos modos, se puso en pie enseguida y sólo entonces se dio cuenta de que sus hombres estaban derrotados.

En vez de cargar de nuevo contra Doc y volver a la lucha, Bruze corrió entonces hacia la borda y, de un brinco, se precipitó abajo.

Otros bandidos le imitaron, dejándose caer por medio de las cuerdas que bajaban a las barquillas de los bandidos. Y, un momento después, todos habían escapado.

Doc se acercó corriendo a uno de los oficiales del *Cameronic*,

preguntándole:

—¿Dónde están mis hombres?

—¿No le han encontrado, después de haberles llamado usted?

Los ojos de oro de Doc brillaron ahora como dos relámpagos. Y dijo, con gran énfasis:

—¡Yo no les he llamado en modo alguno!

El oficial con el que hablaba Doc en este instante mostró un gran asombro al oír aquellas palabras.

—¿Cómo es eso? —pudo decir al fin—. ¡Pero el vigía de proa dijo que usted le había hecho señas desde las sombras para que sus hombres fueran a aquel buque!

—¿A qué buque?

El oficial apuntó hacia un sitio determinado, y contestó:

—A ese buque tan extraño… ¡la carabela ésa!

A la luz lívida de la luna era imposible distinguir la nave de que hablaba el oficial; pero Doc la recordó perfectamente.

Era un barco antiguo y extraño, con toda la gracia de las viejas carabelas, que había provocado numerosos comentarios entre las gentes del *Cameronic* aquel día a causa de su bizarro aspecto.

—¿Qué excusa dio ese hombre que sustituyó mi propia personalidad para llamar a mis amigos?

—Decía que había un cofre con un gran tesoro y que sus hombres debían ir a recogerlo.

—Vamos a hablar con el vigía —falló Doc Savage.

Pero cuando llegaron a la torre del vigía de proa se encontraron al infeliz asesinado.

Una larga flecha de acero le había atravesado el corazón. La muerte de este hombre explicaba cómo se había llevado a cabo el asalto del *Cameronic* por Bruze y su gang. Bruze y su banda se habían alejado del *Cameronic*, perdiéndose pronto entre el bosque infinito de buques muertos.

Las luces de la cubierta del *Cameronic*, que lucían intensamente, fueron apagadas, para que no presentaran blanco.

Además, Doc Savage quería abandonar otra vez el paquebote sin ser visto de lejos.

Desde unos trescientos metros de distancia, Bruze vio apagarse las luces del *Cameronic* y adivinó la causa de ello.

—¡El hombre de bronce ése acaba de descubrir que nosotros hemos conseguido alejar del barco a sus hombres, tendiéndoles una emboscada, y va a salir en busca de ellos!

Sonriendo de un modo terrible, Bruze se palpó sus músculos monstruosos.

Se daba cuenta de que ya no inspiraba a sus hombres el mismo miedo y el mismo respeto que antes. Esto era una mala señal.

Aquellos hombres eran una verdadera manada de lobos humanos, y la única manera de tener los lobos a raya y gobernarlos es empleando la fuerza.

Un tropezón o un simple desmayo del jefe y todos caerían sobre él, despedazándolo.

La mano derecha de Bruze sangraba a consecuencia de un golpe que se dio contra un montante, al intentar herir a Doc.

Se acercó la mano a la camisa, manchándola de sangre. Y esto parecía ser una herida en el pecho.

—¡Ese Savage es muy duro, en verdad! —murmuró, en voz baja y en tono rencoroso—. Pero yo le habría vencido si no me hubieran herido antes de empezar la lucha con él.

Luego de pronunciar estas palabras, que encerraban una mentira, se llevó la mano al pecho, precisamente al sitio donde acababa de manchar su camisa de sangre, y lanzó un gemido de dolor.

Esto tuvo la virtud de devolver a Bruze su reputación de valiente.

—¡Rumbo hacia aquella carabela! —ordenó Bruze a sus hombres —. ¡Remad hacia allí!

Los bandidos abandonaron una de sus barquillas. Habían perdido tantos hombres en la batalla, que les sobraba uno de los botes.

Pronto la carabela empezó a distinguirse y a destacar sus líneas a la luz lívida de la luna.

Era una de las carabelas mayores que se construyeron en su época, aunque en comparación con los buques modernos resultaba un verdadero juguete.

Además, la nave estaba increíblemente deteriorada, en un estado lamentable. El casco se hundía mucho en el agua, manteniéndose

sobre la superficie sólo a causa de la madera que lo componía.

Los mástiles estaban rotos muy cerca de la línea de la cubierta. Trozos de los baluartes y castilletes habían sido arrancados de cuajo, y era verdaderamente milagroso que la pobre y desmantelada nave se mantuviera a flote todavía.

Debía de hacer varios siglos que estaba allí. Colón había utilizado dos naves semejantes para descubrir el Nuevo Mundo.

Cuando ya se acercaban a la carabela, Bruze lanzó un juramento, y dijo:

—¡Aún no he podido explicarme cómo los cinco compañeros ésos de Savage no han caído en la emboscada que les habíamos tendido!

Ninguno de sus hombres podía explicarlo tampoco.

Fue directamente a la alta popa de la nave. Por aquí se veían rastros de pintura en ciertos sitios resguardados de los rayos del sol.

Una puerta baja y estrecha daba paso al interior de la nave por la popa.

Junto a la puerta se veía un cofre cerrado. Era un cofre grande, de hierro, que, visto así, de improviso, no inspiraba desconfianza alguna.

Antes al contrario, ya que era exactamente igual a esos cofres que guardan los tesoros de los piratas.

Bruze no se acercó al cofre. Éste era en realidad una emboscada. Al levantar la tapa, se cerraba un circuito que hacía volar instantáneamente dos cajas de dinamita, colocadas precisamente debajo mismo del cofre.

Moviéndose lentamente y con gran cautela, Bruze, inspeccionó los contactos eléctricos, cerciorándose de que se encontraban en perfecto estado.

Luego volvió junto a sus hombres.

—Todo lo de la bomba está en perfecto orden —dijo a sus secuaces—. Por eso tengo que pensar que los cinco camaradas de Doc Savage no han venido a la carabela ésta. Pero ¿dónde diablos habrán ido entonces? ¿Y por qué no han venido aquí, donde les llamábamos?

Uno de los bandidos tiró al agua el resto de su cigarro. Y nadie contestó.

—Bien, quizá logremos coger a Savage —siguió diciendo Bruze —. Es seguro que va a venir en busca de sus camaradas. Y espero que subirá a bordo de la carabela y abrirá el cofre… ¡y encontrará el más terrible tesoro que jamás vieron sus ojos!

Los bandidos empujaron sus barcas por medio de sus remos que iban provistos de cuchillos y hoces cortadoras de las algas.

Aunque no hay que decir que los mecanismos de ellos eran mucho menos eficaces que los de Doc Savage, también resultaban muy silenciosos.

Las barcas de Bruze y su gang desaparecieron tragadas por las sombras detrás de un desmantelado buque mercante.

Unos cinco minutos más tarde, se pudo percibir un ligero movimiento cerca de la borda de la carabela.

Una sombra bronceada pareció encaramarse a bordo y agarrarse a la barandilla de la nave.

Doc Savage no había perdido tiempo en venir allí. Sentía una gran ansiedad a causa de la desaparición de sus cinco amigos.

Prestó oído, pero no oyó nada.

Su olfato, tan fino, hizo dilatar sus narices. Acababa de percibir un olorcillo de tabaco mezclado con el perfume fuerte y acre de los sargazos.

De pronto, las tinieblas fueron rasgadas por el fino haz de luz de la linterna de Doc Savage.

Y la luz cayó sobre una colilla que flotaba al lado mismo del casco de la carabela.

De los hombres de Doc, sólo uno fumaba: Monk, que encendía muy de tarde en tarde un cigarrillo; aquella colilla revelaba un cigarrillo hecho a máquina.

Y no hacía mucho que estaba allí, como lo indicaba el hecho de que el agua no hubiera atacado el papel, esparciendo los restos del tabaco.

Los ojos de Doc descubrieron bien pronto el famoso cofre de la emboscada.

Se acercó y se puso a examinarlo lentamente, con marcado interés.

Lo que vio parecióle completamente satisfactorio.

Entonces, dando un paso adelante, cogió la tapadera del cofre,

disponiéndose a abrir.

***

Aunque Bruze estaba muy intrigado por el hecho de que los cinco ayudantes de Doc Savage no hubieran caído en la emboscada de la carabela, e incluso porque no habían ido siquiera a la vieja nave, la explicación era muy sencilla.

Monk y sus compañeros habían oído el tableteo de la ametralladora, que habría resultado fatal para Kina la Forge de no estar cerca de ella Doc Savage.

—¡Al diablo con el cofre ése del tesoro! —había murmurado Renny cuando oyeron el tiroteo—. ¡Vamos a ver qué pasa ahí!

Y se dirigieron hacia el sitio donde habían sonado los tiros, para averiguar lo que ocurría.

Los compañeros de Doc no lograron atravesar aquel laberinto de sargazos y basura del mar con la misma facilidad con que lo había hecho Doc; les faltaba soltura y agilidad.

Y tardaron media hora en llegar a las proximidades del buque de guerra.

Por casualidad pudieron ver que alguien encendía una cerilla. Era uno de los centinelas puestos por Bruze para vigilar el buque enemigo.

El hombre tiró la cerilla al agua y se puso a fumar con regodeo el cigarrillo que acababa de encender.

—¡Paff…! El centinela se desplomó, dejado sin sentido instantáneamente por un golpe invisible que acababa de recibir en una sien.

El elegante Ham —elegante a pesar de las aventuras corridas horas antes— sacudió el bastón de estoque entre sus manos. Él era el que habíase acercado con sigilo al centinela, hiriéndole.

—¡El tipo ése estaba espiando el buque de guerra! —susurró, en voz baja, Monk.

—El hecho de que estos bandidos estuvieran vigilando ese buque de guerra, indica que hay algo a bordo que les interesa —dijo Renny.

—Yo voy a subir a bordo —repuso Monk a su vez.

—¡Espera! Iremos todos…

—¡No, hombre, no! Quizá haya más espías por aquí cerca vigilando el barco. Vosotros quedaos aquí, y si descubrís a alguien procurad ponerlo en fuga.

Antes de que pudiera pronunciarse una palabra más, Monk dio un salto y se lanzó hacia adelante.

Su rostro de simio parecía encuadrar perfectamente en esta clase de ejercicios y aventuras.

Daba un brinco, se inclinaba hacia adelante, manteniendo el equilibrio con ayuda de sus brazos extendidos, y luego continuaba saltando sobre todo lo que flotaba sobre las aguas.

Llegó al fin junto al casco del buque de guerra, pero se quedó desconcertado, no descubriendo por ninguna parte maroma ni escala para subir.

Monk no llevaba encima una cuerda de seda y un gancho, como Doc Savage.

Empezó a moverse alrededor del casco, esperando descubrir algún sitio por donde abordar la nave; pero dio por completo la vuelta al buque sin haber logrado descubrir escala ni nada parecido.

De pronto, al pasar por un sitio por donde, ya había pasado antes, descubrió una maroma de palma que colgaba.

Muy a regañadientes tuvo que admitir que quizá no se había fijado antes en ella. Porque, en realidad, Monk no podía averiguar si la maroma había sido dejada caer desde arriba, para invitarle a que subiera.

Monk se acercó, cogió el extremo de la maroma y tiró de ella. Al cerciorarse de que estaba sólidamente atada arriba, empezó a trepar.

Pero al llegar junto a la borda se encontró con un verdadero comité que había salido a recibirle.

Un nudo hecho de alambre se enroscó al peludo cuello de Monk, que lanzó un rugido de alarma y de sorpresa.

Otro alambre se enroscó en su mano izquierda; otro, en fin, le sujetó por el tobillo del pie que acababa de echar por encima de la borda.

Y Monk volvió a rugir, furioso. Una mujer joven surgió, de

pronto, de una escotilla inmediata, llevando en la mano una linterna de gasolina. Y levantó ésta en alto para alumbrar la escena de la captura.

Monk se dio entonces cuenta de que sus captores eran mujeres.

Sobre todo le llamó la atención la que parecía ser la reina, una reina rubia y muy bella. ¡Era poco menos que un sueño hecho carne!

En cualquier sitio aquella mujer habría causado sensación; pero al verla allí quitó el aliento a Monk por unos instantes.

Otro alambre más vino a enroscarse alrededor del peludo cuerpo de Monk.

Éste reaccionó al fin.

No podía tener idea de sí aquellas mujeres eran enemigas o amigas suyas.

Claro está que las prefería amigas. Pero su actitud no parecía confirmar esto, ni mucho menos.

Monk, haciendo un gran esfuerzo, retrocedió, saltando de nuevo la borda.

Su peso era demasiado excesivo para las mujeres, que soltaron al fin los alambres.

Monk cayó al agua con un golpe sordo, quedando envuelto en sargazos, en algas y entre un extraño pez alargado, como una anguila.

Al fin logró desembarazarse de tanto obstáculo y verse nuevamente libre.

XIII
La cacería



El elegante y atildado Ham estaba apoyado contra el casco de una balandra medio podrida, cuando volvió Monk.

Ham se puso rojo de la emoción y rompió en carcajadas inmensas que le hacían temblar de pies a cabeza.

—¡Qué facha tienes, chico! —dijo, alegremente—. ¡No podré olvidarlo nunca!

Parecías cuando estabas sentado en la borda, una rana en un tronco, mientras las mujeres te iban enredando con los alambres ésos.

—¡Vete al diablo! —rugió Monk, furioso.

—Ha sido la cosa más graciosa que…

Monk interrumpió estas palabras con un chillido semejante al que lanza un cerdo cuando lo degüellan.

Una bala pasó silbando, al tiempo que se oía el lejano estampido de un disparo.

Era que uno de los centinelas puestos alrededor del buque acababa de colocarse en un sitio desde donde podía hacer blanco sobre ellos.

Instantáneamente Renny puso en acción su pistola-ametralladora, que escupía rosarios de llamas, con un ruido ensordecedor.

El centinela que había disparado contra ellos corrió a esconderse tras del casco de un buque.

En los minutos que siguieron se desarrolló una lucha traidora y

furtiva entre los barcos muertos que llenaban aquellas aguas.

Los centinelas de Bruze se retiraban y escondían después de disparar sus armas contra sus enemigos, tan viva y hábilmente que Monk y sus compañeros no podían seguirlos.

—Lo mejor que podíamos hacer es regresar al *Cameronic* —sugirió Renny.

El aire soplaba ahora de espaldas a ellos. Monk y sus amigos lo ignoraban, pero la circunstancia les había impedido oír el estrépito de la lucha a bordo del *Cameronic*.

El viento, aunque no era lo bastante fuerte para mover la masa de barcos muertos que flotaban en aquellas aguas llenas de sargazos, originaba, no obstante, una serie de ruidos producidos por rozamientos, golpes y choques de cascos contra cascos y de toda aquella broza flotante del Océano.

Y todo esto también había contribuido a que los amigos de Doc no oyeran el estrépito de la lucha.

Pero de pronto se produjo un ruido terrible, que todos pudieron oír perfectamente.

Fue una explosión espantosa, que había sido precedida unos segundos por un gran resplandor rojo que iluminó el cielo, como un vivo relámpago.

La espantosa explosión envió cien ecos entre los barcos muertos, los toneles y cuanto flotaba sobre aquellas aguas dormidas.

Monk y los otros aligeraron el paso.

Johnny, que había estado mirando hacia el sitio de la explosión cuando ésta se produjo, señaló hacia donde debía haber ocurrido la catástrofe.

Se acercaron hacia aquel lugar.

—¡Eh, señores! —exclamó Monk—. ¡La explosión esa debe haber sido en la carabela donde nosotros debíamos haber ido a recoger ese tesoro! Pero… ¡mirad: la carabela ha desaparecido por completo!

La destrucción de la carabela había sido en realidad completa.

Y un gran espacio de mar había quedado libre de broza marina y de objetos flotantes.

El puente de una nave había sido proyectado sobre un casco metálico y desnudo, donde yacía convertido en astillas y ardiendo.

Monk y sus compañeros cambiaron miradas de inteligencia.

—Debía de haber alguna bomba a bordo —murmuró Renny.

—Pero, aunque así fuera, ¿cómo ha podido estallar…?

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa? Quizá ha estallado por algún accidente fortuito.

Y ya se disponía a acercarse para realizar una inspección más detenida cuando oyeron voces y un movimiento extraño cerca de ellos.

—¡Callad! —dijo de pronto Monk, en voz baja—. ¡Alguien viene!

Y empujó a todos sus compañeros para que se ocultaran en la sombra.

Un momento después, una fila de hombres surgía de entre dos barcos muertos, saltando penosamente sobre cuantos objetos flotaban en las aguas.

Parecían hormigas grotescas que ejecutaran una danza más grotesca todavía entre las ruinas de los barcos.

¡Eran Bruze y una parte de su terrible grupo!

Todos se dirigían hacia el lugar en que bahía ocurrido la explosión. Y por fuerza tenían que pasar muy cerca de donde Monk y sus compañeros estaban escondidos.

Monk puso un nuevo cargador en su pistola-ametralladora. Y los otros siguieron su ejemplo.

Bruze llegó a un sitio desde donde se divisaba el lugar que había ocupado la carabela.

—¡Mirad! ¡La emboscada ha tenido éxito!

Las palabras llegaron claras y distintas a los oídos de Monk.

Bruze daba brincos de alegría y de contento.

—¡Ha sido un éxito completo! —siguió diciendo el Ogro de los Sargazos—. El hombre de bronce ha venido a bordo de la carabela y ha abierto el cofre. ¡Y debe haber sido despedazado por completo!

Pero apenas acababa de pronunciar esta última palabra cuando una lluvia de balas pasó silbando junto a él.

Y solamente la loca rabia de Monk al oír aquellas palabras de Bruze, de que la explosión debía haber despedazado a Doc Savage, le salvó la vida al bandido, porque Monk disparó sin tomar puntería siquiera.

Bruze dio un brinco y se ocultó vivamente tras el casco de un

buque.

Sus secuaces sacaron sus pistolas y sus rifles y abrieron el fuego, al tiempo que se retiraban junto a su jefe.

No sabían cuántos enemigos tenían enfrente; pero como las pistolas ametralladoras de Monk y los suyos disparaban con tanta celeridad y producían un ruido espantoso, los forajidos experimentaron un gran terror, creyendo que luchaban contra un verdadero ejército.

Olvidándose de Bruze y sus secuaces, por el momento, Monk y sus compañeros corrieron vivamente hacia el lugar de la catástrofe.

Sus rostros aparecían hoscos y duros, y sus ojos muy abiertos, con una expresión de ansiedad infinita.

¡Era una noticia terrible la que acababa de llegar a sus oídos!

En su loca carrera por llegar cuanto antes al sitio que ocupaba la carabela donde se había producido la explosión tropezaban y caían al agua con frecuencia.

Pero seguían adelante, buscando con ansiedad creciente hasta que llegaron al sitio donde debía haberse producido la explosión.

Entonces se echaron de nuevo al agua, esta vez adrede, y empezaron a buscar entre todos los objetos que flotaban.

Revolvían los maderos, quitaban las tablas y las cajas, apartaban las algas, e incluso valiéndose de linternas a prueba de agua, se hundían en las aguas muertas buscando el cuerpo de Doc o algún fragmento de él.

Pero no encontraron nada.

Muchas maderas o trozos de tablas de la carabela habían sido lanzados bajo la superficie, por ir fijos a ellas cañones o cualquier otro objeto metálico.

La explosión parecía haberlo despedazado todo.

De pronto la voz fuerte y ronca de Renny se elevó en el silencio de la noche, gritando en tono amenazador:

—¡Venid conmigo, muchachos! ¡Vamos a hacerles pagar cara su hazaña a esos bandidos!

No tardaron mucho en alcanzar a sus enemigos.

Bruze había ordenado el alto a su banda, y estaba dudando si volver hacia atrás para averiguar quién o quiénes les habían atacado tan inesperadamente.

Renny y los otros se pusieron en acción en el instante mismo en que descubrieron a Bruze y sus secuaces.

Una verdadera granizada de balas surgió de las ametralladoras y los proyectiles repiqueteaban en los cascos podridos de los barcos o se hundían en el agua con un chapoteo siniestro.

Solamente por su gran conocimiento del Mar de los Sargazos lograron Bruze y los suyos salvar la vida.

La retirada de los bandidos se efectuaba en dirección a la fortaleza metálica levantada entre las dos barcas.

Bruze y los suyos llegaron al fuerte y se metieron en él, cerrando la puerta de acero y afirmándola fuertemente.

Renny y los otros se acercaron y empezaron a examinar con curiosidad la extraña fortaleza.

La audacia suicida y la falta de previsión al arrojo ciego de los primeros instantes se habían desvanecido y ya se movían con grandes precauciones.

Pero su determinación y su sed de venganza eran ahora más firmes que nunca: Bruze había de pagar cara su infamia, la emboscada aquella tendida a Doc Savage a bordo de la carabela.

Cuando estaban mirando, cayeron sobre el mar y los buques muertos los haces de luz de varios reflectores que surgían por las aberturas del fuerte.

Apuntando con detenimiento, Long Tom apretó el gatillo de su pistola-ametralladora. El arma empezó a vomitar fuego.

Long Tom era el enano del grupo, pero manejaba con gran habilidad la pistola-ametralladora, sobre todo, gracias a ciertos mecanismos agregados al arma por Doc Savage.

La luz de los reflectores fue apagándose como la de las velas o las lámparas cuando las agita el huracán, bajo el fuego certero y graneado de Long Tom, y después que se apagó la última de las luces, todavía se estuvo oyendo unos momentos el ruido de los trozos de los cristales que caían al pie de la torre fortificada.

Renny se puso al frente del grupo. La lucha, para ser eficiente y fructífera, requería que alguien tomara el mando del pelotón de hombres.

Aunque los cinco ayudantes de Doc Savage tenían el mismo rango en general, el ingeniero de los fuertes puños era el más

indicado para tomar la dirección en aquel caso.

Renny era un maestro de táctica. Si la dirección hubiera exigido algo de química, por ejemplo, Monk habría asumido la dirección y el control.

Como si la empresa hubiera exigido el empleo de la electricidad habría sido Long Tom quien asumiera el mando.

—Vamos a colocarnos formando círculo alrededor del torreón enemigo —murmuró Renny—. Colocad la regleta de las pistolas para disparar de bala en bala, y no hacer fuego sino contra el resplandor de los disparos de los bandidos. Es preciso que procuremos ahorrar todas las municiones posibles.

Los cinco hombres se desplegaron en guerrilla. Al hacerlo, todos tocaron a la regleta de las pistolas, mediante la cual las armas disparaban nada más que una bala cada vez que se oprimía el gatillo.

Buscaron pecios y objetos flotantes que les sirvieran de abrigo y empezaron a disparar, pero espaciadamente.

Y rara vez las balas de los cinco dejaban de penetrar en el torreón enemigo.

A cada momento los hombres sitiados dentro del torreón lanzaban alaridos de dolor y juramentos de rabia.

Bruze y sus gangsters intentaban emplear también las ametralladoras; pero cada vez que hacían fuego recibían balazos en las manos o en los brazos, o las balas enemigas destrozaban sus propias armas.

A causa de la lívida luz de la luna el tiroteo resultaba algo fantástico y terrible. Al cabo de un cuarto de hora ninguno de los bandidos se atrevía a hacer fuego a través de las aberturas del torreón.

Hacerlo era exponerse a recibir un balazo en los dedos o en un brazo, balazo disparado con maravillosa puntería.

—¡Diablo! —murmuró uno de los bandidos, en tono furioso—. ¡Lo mismo es acercarse uno a las aspilleras, que recibir un balazo!

—¡Ya daremos cuenta de ellos! ¡Ya venceremos a esos bandidos! —rugió Bruze.

Momentos después, el extraño gong empezó a resonar dentro del torreón.

¡Bong! ¡Bong! ¡Bong!

El gong sonaba estrepitosamente.

Y el sonido siniestro se esparcía muy lejos, por entre el bosque negro de buques muertos, perdiéndose en un eco lúgubre hasta que moría lenta y vagamente.

Renny y los otros cuatro comprendieron la significación de aquellos golpes de gong.

—¡Señales! —gritó Renny a sus amigos—. Lo único que pueden hacer… es pedir ayuda y socorro.

En vista de este nuevo incidente, Renny cambió su plan de batalla y ordenó a sus hombres que se agruparan junto a él.

—¡Vamos a esperar! —dijo, en voz baja—. Si vemos que son muchos los enemigos nos retiraremos prudentemente. Es preciso proceder acertadamente y con previsión para barrer este nido de víboras.

Cesaron de disparar y quedaron con el oído atento, escuchando el gemir y el silbar del viento en jarcias y cascos. Pasaba el tiempo.

De pronto se oyó un leve ruido.

¡Eran hombres que se acercaban…! Más secuaces de Bruze, que acudían hacia el torreón. No hay que decir que dentro de éste no se hospedaba nadie.

Seguramente habitaban diseminados por aquel bosque inmenso de buques muertos, ocupando las naves y los camarotes y salones que se mantenían en mejor estado.

Y, por lo visto, el gong les había dado a todos la señal de alarma, congregándolos a la lucha.

Renny se quedó escuchando atentamente.

—¡Por el Buey Apis! —murmuró luego, en voz baja—. ¡Parece que vienen muchos! ¡Muchos, en comparación con nuestro pequeño grupo! Lo mejor que podemos hacer es marcharnos de aquí.

Pero los secuaces de Bruze habían rodeado por completo el sitio en que estaban los cinco ayudantes de Doc Savage.

Sin duda se lo había ordenado el gong por medio de su código de señales.

De repente, un revólver empezó a vomitar fuego, hasta disparar seis tiros consecutivos, Las balas pasaron rozando a nuestros héroes, yendo a hundirse en el agua, donde levantaban pequeños surtidores

de gotas.

Las balas habían sido disparadas desde un punto alto: desde el alcázar de una vieja fragata vecina, que databa del siglo XVIII.

Mascullando maldiciones y juramentos, los cinco amigos corrieron a esconderse.

Aquellos disparos habían sido hechos con gran precisión.

Renny intentó abrirse paso para salir del atolladero, guiando a sus amigos hacia un lugar seguro.

¡Paff… plugg…!

Una bala pasó silbando junto a Renny y se hundió en el agua y los sargazos con un silbido siniestro.

—¡Es preciso que cojamos al canalla ése! —rugió Monk.

Pero la cosa no era tan fácil ni mucho menos. El castillete desde donde el bandido les hacía fuego, era una especie de tubo de acero provisto de agujeros y aspilleras.

Era evidente que en otros tiempos piratas y bandidos del Mar habían utilizado aquello para acechar a sus enemigos y caer sobre ellos por sorpresa.

Las ametralladoras entraron en función, pero disparando las balas de una en una.

Ham disparaba continuamente, apoyando el arma contra su bastón de estoque y tomando puntería muy despacio. Esto tuvo éxito.

Porque, de pronto, del castillete de la fragata salieron gritos de dolor.

—¡Bien, vámonos! —murmuró Renny—. ¡Ése ya está listo! Apostaría cualquier cosa.

Pero pronto descubrieran que la pausa y el alto en la marcha había permitido a sus enemigos rodearles por completo. Y los disparos se hacían cada vez más frecuentes.

La banda de Bruze no atacaba a pecho descubierto. Les inspiraban un gran temor y un profundo respeto las ametralladoras de sus enemigos.

Lejos de ello, permanecían entre los barcos y la broza del mar, disparando sus armas a traición.

Y como el fuego venía de todas partes, la situación de los cinco hombres de Doc Savage se hacía cada vez más difícil y peligrosa.

De todos modos, nuestros héroes conseguían avanzar poco a poco hacia el *Cameronic*.

Johnny había sido herido, aunque no de gravedad, en un brazo. Y Renny tenía una rozadura de bala en un hombro.

—¡Lejos de mi ánimo mostrarme pesimista, amigos míos! —murmuró Monk—. Pero me parece que no vamos a poder encontrar a nuestro jefe.

Monk no hacía sino expresar con claridad la verdadera situación.

Ya habían adelantado casi una milla; pero estaban detenidos, sin poder seguir avanzando. Porque continuar hacia adelante era marchar a una muerte segura.

—¡Eh, chicos! —susurró de pronto la voz de Ham—. ¡Escuchad! —¿Oís?

Era que el gong había empezado a sonar de nuevo, a lo lejos.

El siniestro y extraño ruido del gong se dejó oír durante algunos minutos.

Parecía el rasgueo de un bordón de guitarra que se tocara muy lejos.

¡Bong, bong, bong! ¡Bong, bong, bong!

Era evidente que el gong expresaba un lenguaje cifrado con sus golpes fúnebres. Renny intentó descifrar el misterioso código.

Los otros hicieron otro tanto. Pero por mucho que se esforzaron no consiguieron poner nada en claro.

Con un golpe final del gong, más fuerte que los otros, se hizo el silencio.

Renny y las otros cuatro esperaron a que el enemigo reanudara el fuego.

Pero no ocurrió nada de ello.

Viendo que no se oía nada, Renny se atrevió a sacar la cabeza de detrás de un madero, aun a riesgo de llamar a las balas enemigas.

Entonces pudo comprender la verdad de lo que ocurría.

Y dijo, a media voz, a sus camaradas:

—¡Es que el gong llamaba a los gangsters, amigos míos, y se han ido! ¡Ésta es la nuestra! ¡Escapemos hacia el *Cameronic*!

Entonces, abandonando el sitio donde se habían refugiado, empezaron a alejarse, saltando de uno en uno sobre los objetos que

flotaban.

No hablaban. Todas sus fuerzas habían de concentrarse en el violento ejercicio que habían de hacer para saltar sobre la broza del Mar de los Sargazos.

Se dirigían hacia el sitio donde habían dejado su barquilla.

Una vez allí se podrían considerar relativamente a salvo y casi seguros de llegar al *Cameronic*, que flotaba majestuosamente cerca del linde mismo donde esperaban los barcos muertos y toda la basura flotante del Mar de los Sargazos.

Al fin dieron vista a su pequeña barquilla.

Y la voz de Monk se elevó, con una nota de emoción, infinita, diciendo:

—¡Eh, amigos: mirad allí! ¿Es posible? ¿Veis vosotros lo mismo que yo veo?

Los otros miraron y vieron, en efecto, lo que causaba tanto asombro y emoción a Monk. Una sensación de inmenso alivio, de profunda alegría, les embargó a todos.

Su emoción fue tan grande que les dejó casi sin fuerzas para continuar saltando sobre los objetos que flotaban.

¡No, no podían dar crédito a sus ojos!

Era que… ¡Doc Savage, semejante a la soberbia estatua de bronce que surgía a la luz de la luna, estaba en la barquilla de los cinco amigos!

¡Sí, allí estaba, esperándoles!

La barca se movía lentamente en dirección a Monk y sus compañeros y todos pudieron ver que el cuerpo de Doc estaba cubierto de un fino sudor, señal evidente de que el gigante de acero había tenido que realizar violentos y continuados ejercicios.

—¡Pero… nosotros creíamos… aquella carabela! —empezó a decir Renny, sin conseguir dar forma coherente a sus palabras.

Entonces, un tanto impaciente, añadió:

—¡La explosión aquélla, caramba!

Doc repuso, muy sereno:

—Sí. El enemigo había preparado una bomba a bordo de la carabela, en efecto. Yo pude descubrir los alambres, palpando con cuidado la tapa de un cofre donde estaba la bomba. Pero tuve buen cuidado, como es natural, de disponerlo todo para provocar la

explosión luego de haber salido yo de la carabela, como es lógico.

—Pero ¿por qué hiciste saltar la bomba?

—Muy sencillo: yo quería que Bruze y los suyos vinieran cerca del sitio donde estaba la carabela. En una palabra: descubrir dónde se encontraba Bruze, para poder seguirle a mi antojo. Porque era lógico pensar que Bruze vendría al lugar de la catástrofe a cerciorarse de que yo había perecido en la explosión.

—Pero, bueno, esas señales del gong, que se han llevado a todas esas gentes, quitándoles de nuestro camino.

—Yo tengo que pensar que les ocurre algo desagradable —repuso Doc Savage, secamente—. Porque, ¿sabéis…? Yo he estado espiando por aquí mientras duraba la batalla que habéis sostenido con esos forajidos. Y como me daba cuenta de que vosotros os defendíais bravamente y todo os iba bien, por eso no he querido hacer acto de presencia durante la lucha.

Doc hizo una leve pausa, y luego continuó:

—Esto fue durante la primera fase de la lucha; pero luego me apercibí de que los bandidos os habían metido en un mal paso y que os encontrabais apurados; entonces fui al torreón fortificado de Bruze y su banda y me puse a tocar desesperadamente el gong. Al hacer esto, los bandidos, que intentaban un ataque de flanco al *Cameronic*, abandonaron la lucha contra vosotros y se han marchado hacia el torreón.

Los cinco ayudantes de Doc Savage, rendidos y cubiertos de sudor, se sentaron, deleitándose al oír estas palabras de su jefe.

Se imaginaban la furia y la cólera de Bruze al descubrir la burla. No sorprendía a Monk ni a los otros que su jefe hubiera descifrado el código del gong. El hombre de bronce era un verdadero mago para estas cosas.

Aunque en realidad, y como hacía mucho tiempo todos habían podido comprobar en muchas ocasiones, Doc Savage era un mago para todo.

Renny restregó uno contra otro sus puños enormes, quedando pensativo.

Conociendo la habilidad maravillosa de Doc Savage para moverse con un silencio inverosímil, Renny se decía que debía haber dado muestras de ello cuando Bruze llegara a ser capturado.

Entonces se decidió a decir, expresando en voz alta su pensamiento:

—¿Por qué no quieres coger a Bruze de una vez, Doc?

Una sonrisa burlona apareció en los labios de Doc, que repuso:

—Lo he tenido entre mis manos ya. Y si creéis mi palabra, os diré que Bruze es un hombre terrible, el hombre más fuerte que he conocido en mi vida.

Doc describió seguidamente su lucha en el *Cameronic* con el jefe de los bandidos. Ésta fue la primera noticia que de la batalla tuvieron sus amigos.

Doc ocultaba sus hazañas e incluso insinuaba la idea de que Bruze había llevado la mejor parte en el combate.

Sin embargo, Renny y los otros cuatro sabían a qué atenerse. Porque el hecho de que Bruze hubiera tenido que saltar la borda del *Cameronic* y huir demostraba cómo se había portado Doc en la pelea.

—Pero, no quieras convencernos de que, si tú quisieras, no podrías apoderarte de Bruze —dijo Renny, sonriendo—. Quiero decir desde que ha ocurrido la explosión.

Doc no hizo caso de la alusión, y repuso, evasivamente:

—De momento, es preferible que Bruze permanezca en libertad.

—¿Por qué?

—Muy sencillo: Bruze tiene un método que le permite salir de este Mar de los Sargazos. Ahora bien: el tal método y lo que hace para ponerlo en práctica es un misterio, y es preciso que nosotros descubramos y aclaremos ese misterio, ya que de otro modo no saldremos jamás del Mar de los Sargazos.

—¡Ya! Tú proyectas seguir a Bruze y espiarlo para sorprender el ardid de que se vale para abandonar estas aguas, ¿no es eso?

—¡Justo!

—¿Y qué debemos hacer nosotros?

—¿Vosotros? Volved enseguida al *Cameronic*. Ninguno de los cinco quiso hacer objeción alguna. Una larga experiencia habíales enseñado a todos que en cualquier circunstancia el plan de Doc era el mejor que podía idearse.

Además, se encontraban rendidos, y la idea de descansar en los confortables sillones del fumadero del *Cameronic* les resultaba grata

en extremo.

Doc pudo ver a sus amigos a salvo, instalados en su barca.

Y les vio partir, con Long Tom en la proa, vigilando la marcha de las hoces y cuchillas cortadoras de las algas.

Una ligera bruma empezaba a surgir sobre la superficie del Mar de los Sargazos, una niebla como la que había habido aquella mañana.

Y pronto la niebla se tragó la pequeña barquilla, que ya se acercaba al brillante casco del *Cameronic*, esfumando en la distancia.

XIV
Aurora roja



Una hora más tarde Doc Savage apareció en las inmediaciones del torreón de las dos barcas.

Había esperado descubrir algún indicio que le mostrara los medios de que Bruze se valía para entrar y salir del Mar de los Sargazos.

Era probable, claro está, que Bruze y su banda penetraran en el Mar de los Sargazos solamente a bordo de buques que veían a la deriva de las aguas… arrastrados allí por las corrientes, luego que Bruze y sus secuaces los habían desmantelado, trayéndolos allí para proceder a su saqueo y pillaje despacio y con toda calma y método.

Pero también era evidente que Bruze debía disponer de un método infalible y eficiente para salir de aquel lugar. Además, debía de ser un procedimiento que permitía transportar a muchos hombres a la vez.

La fuerza que Bruze había hecho embarcar en el *Cameronic*, en Alejandría —cuarenta hombres por lo menos—, así lo demostraba.

Exploró con atención el torreón enemigo. Un silencio y una quietud absolutos la envolvían; pero aquí y allá se veían puntos de luz que eran ventanitas y aspilleras.

Doc no quiso acercarse demasiado.

Había descubierto los cables y mecanismos que daban la alarma y protegían el torreón. Eran una serie de mecanismos ultramodernos, muy completos y eficientes, que contaban con células foto-eléctricas y con rayos ultravioletas, sin contar con los

contactos corrientes en tales aparatos.

Doc había puesto parte de estos aparatos fuera de uso; pero podían haber sido reparados. El silencio demostraba que no había muchos hombres dentro del torreón.

Una gran multitud, un grupo importante de hombres, no podría haber guardado aquel silencio mucho tiempo.

—¡Estate quieto te digo, perro! ¡No quiero que me curéis la herida!

¡Aquella voz era la de Bruze!

Poco después se abrió la puerta del torreón, dando paso a un hombre. Era un hombre de pequeña estatura, delgado, de aspecto rudo.

Bruze apareció detrás de él.

—¡Yo no oigo nada! —dijo el hombre delgado.

—Muy bien —repuso Bruze—. Espero que no oigamos nada. Cualquier ruido, en particular el de disparos, querría decir que algo se había echado a perder y salía mal en nuestro plan.

Los dos hombres permanecieron allí, inmóviles, durante unos momentos, formando campana con una mano tras la oreja.

—¡Bien, no podemos hacer nada sino esperar! —dijo Bruze, al fin—. ¡Maldita sea…! ¡A no haber sido por esta maldita herida, yo también habría ido!

Esto demostraba evidentemente que Bruze utilizaba su herida imaginaria para mantenerse apartado de alguna empresa en la que pudiera encontrarse frente a frente con Doc.

Para Doc, aquellas palabras del Ogro de los Sargazos tenían otro significado; además, Bruze, quizá moviéndose con velocidad infernal, había ideado por lo visto algún plan diabólico.

Esto podría significar peligro para alguien. Pero ¿para quién? ¿Para las mujeres aquéllas que estaban a bordo del buque de guerra? ¿Para las gentes del *Cameronic*?

Pero las mujeres aquéllas estaban acostumbradas a defenderse por sí mismas contra Bruze y sus hombres; debía ser contra el *Cameronic*, entonces.

Como una sombra de bronce, Doc desapareció de las inmediaciones del torreón.

Corrió, con más viveza que antes; por encima de cuantos objetos

flotaban ante él, dirigiéndose hacia el sitio donde había dejado su pequeña barquilla.

Pronto llegó allí. La barquilla estaba en efecto en el mismo sitio donde él la bahía dejado, pero materialmente convertida en añicos.

Por lo visto, los secuaces de Bruze la habían descubierto.

Doc se alejó silenciosamente de aquellos parajes, y luego se puso a espiar con cautela.

Pero no pudo descubrir a nadie. No le habían tendido una emboscada, por lo visto, esta vez.

El hecho de haber sido destrozado su bote ponía a Doc ante la alternativa de tener que llegar a nado hasta el *Cameronic* a través de aquel mar infestado de sargazos y de algas.

Sacando entonces su navaja, la afiló brevemente en el tacón.

Enseguida se despojó en parte de sus vestidos, quedando con una especie de traje interior, que tenía varios bolsillos a prueba de agua, donde guardaba los numerosos y variados objetos que Doc llevaba siempre encima.

La bruma se había espesado hasta el punto de que el *Cameronic* había desaparecido por completo. Y no se oía ruido alguno que pudiera orientarle.

Así, pues, el tener que nadar hasta el paquebote resultaba una verdadera pesadilla en tales circunstancias.

Se echó al agua. Tuvo que nadar durante varias horas, luchando desesperadamente contra los sargazos, haciendo esfuerzos infinitos.

Las algas y la maleza se pegaban a él, se enredaban en sus miembros, le envolvían, obligándole a hacer altos frecuentemente para afilar su navaja en un trozo de cuero que llevaba encima.

Y tenía la sensación de haber caído en una red de las que usan los pescadores.

El sol apareció por el Este, como una inmensa bola roja, como un rojo sangriento.

Al llegar al fin junto al gran paquebote, Savage vio numerosas cuerdas que pendían desde la borda de la nave.

Cogiéndose a la primera que encontró, trepó hacia arriba, y pronto estuvo en la cubierta.

Entonces, la verdad apareció ante sus ojos de un modo fulminante: ¡los gangsters de Bruze habían asaltado el *Cameronic*!…

Doc empezó a moverse lentamente, examinando cuanto le rodeaba.

Gigantesco, con aire sereno e inmutable, se le habría podido tomar muy bien por una estatua de bronce o de acero. Algas y sargazos pendían de sus brazos y sus hombros.

Y, de vez en cuando, cogía entre sus dedos los pequeños bulbos huecos y llenos de aire que comunicaban su flotabilidad a los sargazos de este mar.

Doc penetró en el gran vestíbulo del barco.

Pero, apenas había dado un paso, cuando ocurrió algo extraño, portentoso, inexplicable: el gigante de bronce experimentó una sensación de debilidad; de aniquilamiento.

Extendió los brazos, vacilando, girando sobre sí varias veces… buscando en vano un sitio en que apoyarse y sostenerse… hasta que se desplomó al suelo, casi sin sentido.

Pero no perdió por completo el conocimiento.

Haciendo esfuerzos sobrehumanos, empezó a arrastrarse hacia la puerta.

Iba progresando centímetro a centímetro, llevando los ojos cerrados. Tardó mucho antes de llegar a la puerta.

Allí quedó inmóvil, respirando fatigosamente. Poco a poco le parecía volver a la vida.

Ahora Doc tenía la seguridad de haber descubierto cómo Bruze y su banda habían logrado penetrar en el *Cameronic* y apoderarse del paquebote.

Bien es verdad que el averiguar esto faltó poco para que le costase la vida.

¡Bruze y los suyos habían utilizado el gas para apoderarse del barco…!

Un gas inodoro, parte del cual flotaba sin duda todavía en el interior del *Cameronic*. Doc, al penetrar en el barco, había respirado parte del gas infernal, y estuvo a punto de morir.

Savage se pudo levantar al fin y se lanzó resueltamente hacia adelante, continuando sus pesquisas.

Pero esta vez avanzaba con grandes precauciones: no respiraba, y todos sus sentidos iban bien despiertos y alerta.

No encontraba cadáveres, excepto los de los gangsters de Bruze

que cayeron cuando el primer ataque al barco de los bandidos.

Esto indica que el gas no era mortal.

Doc Savage avanzaba, avanzaba…

Así pudo llegar al salón inmediato a la caja de seguridad del *Cameronic*, situada junto al despacho del sobrecargo del buque.

La puerta de acero que daba paso a la cámara de seguridad estaba abierta de par en par.

La puerta, pesadísima y fortísima, había sido violentada por medio del soplete.

Doc avanzó, aterrado.

¡Su enorme tesoro de diamantes, así como las barras de oro, todo había desaparecido!

También habían sido robados el dinero y las joyas depositados en la cámara acorazada por los pasajeros del buque.

Pero, reflexionando, Doc llegó a tener el firme convencimiento de que los tripulantes y pasajeros del *Cameronic* vivían aún.

¿Por qué se les había hecho prisioneros…?

¡Muy sencillo!: para retenerlos como rehenes en el caso de que él, Doc Savage, no se rindiera. Y si no se rendía, los retendrían indefinidamente, claro está que si Bruze vencía.

Poco después descubría que las barquillas construidas por él y sus compañeros, y provistas de las ruedas con hoces y cuchillas cortadoras de algas, habían sido destrozadas por completo.

Por suerte, una de las barquillas, que estaba aparte de las demás, no había sido descubierta por los forajidos.

Doc la cogió, llevándola a la cubierta.

Puso en la barca provisiones y agua. Pensaba salir del *Cameronic* y no seguir utilizando el paquebote como base de sus operaciones.

Luego puso a bordo de la barquilla numerosas municiones para su pistola ametralladora, y penetró en el barco en busca de una nueva caja de balas.

Pero apenas había vuelto a penetrar Doc en el barco, cuando una sombra se deslizó furtivamente surgiendo por una escotilla.

¡Era un hombre!

Y avanzó furtivamente, sin producir el más leve ruido a causa de sus pies descalzos.

¡Era Bruze…!

Bruze había sospechado, desde el primer momento, que Doc Savage iría al *Cameronic*.

Por eso el Ogro de los Sargazos había pasado la noche escondido, mientras Doc tenía que realizar su épica hazaña de atravesar a nado parte de aquel mar hostil y terrible.

Las facciones innobles e inmundas de Bruze, tenían una expresión en la que se mezclaba el miedo y una alegría radiante.

Sus movimientos revelaban un plan concebido de antemano.

Se dirigió en línea recta hacia el bote de Doc Savage.

Bruze extrajo de un bolsillo un par de poderosas tenazas.

Después, cogiendo un eslabón de la cadena que accionaba las ruedas de la barca, lo mordió con las tenazas hasta casi partirlo del todo.

Y por último, llenó de grasa y sebo el corte que acababa de hacer en el eslabón de la cadena, de manera que no se observaba nada a simple vista. Enseguida, cogiendo la pistola ametralladora de Doc Savage, la abrió.

Con ayuda de las tenazas, quitó una de las piezas de la cámara de la pistola, y luego volvió a cerrar ésta.

De este modo, nada revelaba en el exterior lo que acababa de hacer con el arma.

Un momento después se alejó con el mismo silencio con que había venido, desapareciendo por la escotilla.

Allí cerca se veía una máscara contra el gas. Bruze se la puso sobre el rostro, y continuó avanzando silenciosamente.

Al llegar a un camarote, cogió un gran espejo. Fue hacia la proa, llevándolo con él. Escondiéndose de Doc Savage, empezó a hacer señales, luego de ponerse de cara al sol, valiéndose del espejo, y en dirección al bosque de buques muertos.

Un heliógrafo empezó a contestar al de Bruze, a lo lejos. El que lo manejaba estaba escondido entre la masa de buques muertos, a bordo de un viejo velero.

Bruze empleaba el código de señales semejante al que usaba cuando utilizaban el gong.

De este modo, transmitió las siguientes palabras:

—¡Me ha sido imposible disparar sobre Doc Savage!

EL heliógrafo distante le preguntó a su vez a Bruze:

—¿Y quieres tú que llevemos el plan hasta el fin?

—¡Sí, desde luego! —repuso Bruze por medio de su heliógrafo —. Savage va a salir de aquí en un bote. Yo lo he descubierto, y he inutilizado su embarcación, así como su pistola ametralladora.

—Eso simplificará mucho nuestro trabajo y todas las cosas —repuso el otro heliógrafo a lo lejos.

Las señales de los heliógrafos cesaron al fin.

Bruze se acercó al borde del alcázar de la cubierta y se asomó.

Entonces lanzó un leve suspiro de alivio: Doc Savage no había aparecido todavía. El hombre de bronce no había podido, por lo tanto, ver los heliógrafos.

Doc apareció poco después.

Bruze no quiso correr el riesgo de seguir espiando a su enemigo. Conocía de sobre la maravillosa capacidad de visión de Doc.

Doc consiguió bajar su bote al agua.

Mascando chocolate que había encontrado en la despensa del buque, se deslizó por una cuerda con sumo cuidado, y logró llegar a bordo de la pequeña embarcación.

Con un retintín de las hoces y cuchillas, el bote se empezó a alejar del trasatlántico.

Doc dejó atrás dos o tres buques muertos.

Eran buques pequeños, que flotaban inmóviles, como centinelas de la gran masa de buques que empezaba poco después.

Los ojos de oro de Doc recorrían el soberbio e impresionante espectáculo.

EL aspecto bizarro y extraño de aquel lugar y la presencia de él y sus amigos, no habían dejado de impresionar a Doc todavía.

Se acercaba cada vez más a la inmensa isla de navíos flotantes.

De pronto surgieron ante los ojos de Doc cuatro botes salvavidas.

Todos los botes iban provistos de ruedas cortadoras de los sargazos, y venían tripulados por los rudos gangsters de Bruze.

Doc, instantáneamente, accionó vivísimamente el manubrio de la derecha, para hacer cambiar de rumbo a su barquilla.

Enseguida accionó con todas sus fuerzas los dos manubrios; pero uno de ellos se rompió. Doc cogió la cadena y se puso a examinarla. Entonces pudo darse cuenta de que se había roto.

¡Uno de los eslabones estaba cortado!

Instintivamente, se abalanzó sobre su pistola ametralladora y la abrió. Un ligero examen le hizo darse cuenta de que también estaba rota el arma.

De uno de los botes que se acercaban, salió un tiro.

Pero antes de que la bala o el sonido del disparo hubiera llegado a Doc, éste se había lanzado al agua.

Doc Savage se hundió en las aguas muertas como si fuera un cuchillo arrojado al mar.

Para ello llevaba su navaja, abierta, abriéndose paso entre los sargazos y las algas. Y cada vez se hundía más y más.

Antes de lanzarse al agua, había hinchado sus pulmones de un modo enorme, tal como hacen los pescadores de perlas antes de sumergirse.

Algas y sargazos se hundían también bajo la superficie, mucho más de lo que Doc había creído. La razón de esto no era otra cosa que cuando ciertas algas morían, como los sargazos, las ramas muertas quedaban colgando de las partes vivas de la planta, que aún se mantenían a flote.

Pero el cuchillo de Doc se movía con maravillosa rapidez, cortando los obstáculos.

Hasta sus oídos llegaba, amortiguado, el ruido siniestro de las balas, hundiéndose en el agua. «¡Chug, chug, chug!». Doc no siguió hundiéndose ahora, sino que torció hacia la derecha.

En esta dirección avanzó algunos metros.

AL fin, lentamente, empezó a subir hacia la superficie. De uno de sus bolsillos del chaleco impermeable, extrajo un tubo extraño y pequeño.

El tubo se alargaba hasta tener una extensión de cuatro pies.

Cuando ya llegaba cerca de la superficie, según le indicaba el resplandor de la luz solar, que hacía relucir brillantemente la flora marina, empujó el tubo hacia arriba absorbió con precauciones el agua del mar y la broza que había entrado en el tubo, y enseguida se puso a respirar libremente a través de éste.

No tenía necesidad de nadar ni de moverse lo más mínimo para mantenerse a flote; algas y sargazos le sostenían de sobra. Así es que permaneció inmóvil, descansando. Podía oír perfectamente el

ruido de los botes enemigos, moviéndose muy cerca.

Pero Doc no era tan optimista para creer que sus enemigos no sospecharan un truco o una emboscada tan comunes y conocidos como éstos.

Así es, que cuando sus pulmones habían respirado bastante para recobrarse en absoluto, volvió a sumergirse y continuó alejándose por debajo del agua.

Era un trabajo fatigante en extremo. Cada centímetro que avanzaba, representaba la extensión de un pie. De nuevo volvió junto a la superficie, sacó otra vez el tubo de goma y respiró, inmóvil, descansando.

Esta vez permaneció más tiempo en aquella posición.

Empezó a bordear el casco de un buque.

Cuando Doc surgió al fin a la superficie, vio a un hombre grueso sobre un madero, sosteniendo entre sus manos una pistola ametralladora, a menos de un pie de donde había surgido su cabeza.

El de la pistola vio enseguida a Doc también. Sus ojos casi se salieron de las órbitas. Su boca se abrió inmensamente y su lengua quedó pendiente fuera de la boca.

El desconocido empezó a disparar enseguida su arma. Pero la primera docena aproximadamente de balas de la ametralladora, fueron silbando por el aire. Luego bajó el arma, como si fuera una manga de riego, apuntando a la cabeza de Doc.

Éste, cogiéndose al madero donde se sostenía su enemigo, le dio un tirón tan formidable, que el forajido perdió el equilibrio y cayó al agua.

Doc Savage le propinó enseguida un formidable puñetazo en la cabeza.

El enemigo se estiró de un modo espasmódico, y empezó a hundirse.

Pero Doc le alcanzó, le agarró y le subió encima del madero.

El bandido había quedado privado de sentido a consecuencia del puñetazo; pero allí no se ahogaría al menos.

Porque hay que advertir que Doc Savage no dejaba nunca morir a un enemigo, cuando estaba en sus manos salvarle la vida.

Doc Savage se alejó nadando de aquel sitio.

Un casco muerto le ocultaba de los hombres de Bruze que ocupaban las cuatro barcas.

Kina la Forge estaba junto a la borda del barco de guerra que les servía de fortaleza.

Cerca de ella, saltaba y jugaba en la borda su mono, el pequeño animal favorito de la hermosa capitana.

—¡Si se acerca usted un paso más, le destrozaré una pierna de un balazo! —decía la hermosa capitana de las amazonas.

Doc, todavía empapado a causa de su reciente remojón en el mar, le dijo:

—¡Pero… escúcheme…!

—¿Ha oído usted lo que le he dicho?

—¡Bien, señorita!, ¿me permite usted que hable siquiera? —preguntó Doc con voz triste.

—¡Si no sigue usted acercándose, sí!

Doc permaneció donde estaba. Y se puso a contar a Kina la Forge todo lo ocurrido a bordo del *Cameronic*.

Le dijo que todos los tripulantes y pasajeros de su buque habían sido hechos prisioneros.

Luego la contó lo difícil de su situación, diciéndole que había escapado de milagro de las manos de sus enemigos, y para probarlo se escurrió los bolsillos y las ropas, haciendo salir el agua que los empapaba todavía.

Y terminó con estas palabras:

—¡Ahora ya sabe usted por qué he venido aquí!

—De todos modos —repuso en tono dudoso Kina la Forge— todavía no estoy muy segura de sus verdaderos propósitos. Bruze —¡ya sabe usted, el Ogro de los Sargazos!—, tiene algunos hombres muy listos y astutos. Además, la noche pasada ha venido a bordo de nuestro buque otro hombre. Era un hombre muy alto y corpulento, de piel cubierta de pelos de un modo horrible.

Tanto que, al principio, nosotras le tomamos por un gorila enorme. Yo no he visto en mi vida un gorila, la verdad, pero el individuo ése era como pintan los gorilas en los libros.

—Pues, ese hombre era Monk, ¡uno de mis cinco amigos, señorita! —explicó Doc, sonriendo—. ¡Es un hombre, muy alto y fuerte! ¿Supongo, señorita, que no lo habrán tirado ustedes por la

borda, eh?

—No, no, nosotras no —repuso Kina—; se cayó él solo.

Doc volvió su cabeza lentamente.

Luego se llevó una mano a una oreja, escuchando unos instantes.

El bosque infinito de buques muertos, crujía y lanzaba como plañideros quejidos, bajo la brisa que todo lo agitaba.

Pero el oído fino de Doc percibía otro ruido distinto…

¡Eran unos hombres que se acercaban…!

—¡Voy a subir a bordo, señorita! —dijo entonces Doc vivamente.

—¡Inténtelo usted, y me obligará a rechazarlo a tiros! —gritó la reina de las amazonas.

Doc, por toda contestación, lanzó hacia arriba su cuerda de seda, consiguiendo enganchar el gancho, y empezó a trepar vivamente.

Savage creía que la hermosa muchacha iba a cortar la cuerda de seda; pero no ocurrió tal cosa.

Cuando llegó arriba, la muchacha le estaba esperando.

Ni siquiera le apuntó con la pistola. El monillo saltaba cerca, alegre y juguetón.

—Esos hombres que vienen persiguiéndole, deben de ser hombres de Bruze —dijo al fin la muchacha—. No hablará usted con ellos. No quiero que sepan que está usted a bordo. ¿Comprende?

Doc asintió, yendo a esconderse tras una pesada puerta de acero que daba acceso al buque. Desde allí, podía escuchar sin ser visto.

—¡Eh…, ustedes, señoras! —se oyó gritar roncamente a Bruze, a lo lejos.

Por toda respuesta, cuatro mujeres hicieron fuego simultáneamente en dirección al sitio donde estaba Bruze.

Bruze rompió en maldiciones y juramentos.

—¡No intentamos matarle ni herirle siquiera! —dijo Kina la Forge para tranquilidad de Doc Savage…; lo único que queremos es asustarlo para que se aleje con su gente. Estoy segura de que al oír estos disparos ha dado un brinco de veinte pies hacia atrás.

—¡Escuche! —volvió a gritar a lo lejos la voz ronca de Bruze—. ¡Tengo que decirles algo de importancia…!

—¡No queremos oír nada!

—¡Pues me parece que sí! ¡Escúchenme! Acabo de traer un

trasatlántico, llamado *Cameronic*, aquí al Mar de los Sargazos, y…

—¡Ya estamos enteradas de todo!

—¡A bordo iban más de trescientos pasajeros! ¡Y todos están en nuestro poder!

—Pero… ¿vivos?

—¡Y claro que están vivos…! ¡Pero no vivirán mucho tiempo, no…!

¡Es preciso que nos echen ustedes por la borda a nuestras barcas todo el oro y las riquezas que tienen ustedes a bordo de ese buque, o, de lo contrario, mataremos a todos los que iban en el *Cameronic*! Pueden ustedes continuar en ese buque, si quieren. Pero es preciso que nos entreguen el tesoro.

—¡Dígale usted que lo conquiste él mismo! —dijo Doc Savage en voz baja a la reina de las amazonas.

—¡No! —repuso Kina la Forge a gritos.

—¡Pues ya les pesará!

—¡No conseguirá usted meternos miedo!

—¡Pues vamos a traer los prisioneros del *Cameronic*, uno a uno aquí, y los vamos a ir degollando a la vista de ustedes!

—¡Pues aquí les esperamos! —repuso la capitana en tono de desafío—. ¡Ya estaremos a la mira!

Se necesitaba un gran valor para haber acogido las palabras desafiadoras y las amenazas de Bruze con la ironía y la serenidad con que lo había hecho la hermosa capitana rubia; pero ésta era la mejor manera de tratar al bandido.

—¡Muy bien, muy bien! —rugió Bruze, furioso—. ¡Pero si ve usted al tipo ese llamado Doc Savage, dígale que vamos a cortarles la cabeza a sus cinco amigos, si no se rinde y se entrega a nosotros!

—¡Y nosotras, si dentro de cinco segundos no se ha quitado usted de ahí, romperemos el fuego contra usted! —gritó la hermosa rubia—. ¡Y le advierto que no erramos el tiro!

Bruze y su banda, sin duda, se habían apresurado a esconderse, pues la joven capitana se acercó a la puerta donde Doc estaba escondido y dijo:

—¡Esas gentes son capaces de hacerlo!

—¡Ya lo creo! —repuso Savage torvamente—. ¡Los conozco muy bien!

Kina se estremeció y dijo emocionada:

—¡Voy a pasar un día terrible! Cada vez que veo a Bruze me pasa lo mismo.

Yo creo que fue Bruze mismo quien mató a mi padre. Habría preferido que fuera usted quien hablara con esta gente.

—No podría hacerlo, señorita —opuso Doc con dulzura—. Piense usted que Bruze y su banda piensan retener a los prisioneros hasta que yo me rinda. De modo que si me hubieran visto, habríamos precipitado la catástrofe, porque, una de dos: o hubiera tenido que rendirme, o, de lo contrario, habría tenido que resignarme a ver asesinar a mis amigos.

Doc Savage permaneció a bordo del buque de guerra todo el resto del día.

Permaneció dentro del buque, para que los centinelas o espías de Bruze, si es que había alguno cerca de la nave, no pudieran descubrirlo.

Las mujeres le acribillaban a preguntas. No habían recibido noticia alguna del mundo exterior desde hacía mucho tiempo.

Muchas de ellas, desde luego, no habían visto otro mundo que esta isla inmensa de barcos muertos y flotantes en el corazón del Mar de los Sargazos.

XV
Los motores fantasmas



Había llegado la noche.

La ligera brisa que durante el día había soplado sobre el Mar de los Sargazos habíase calmado enteramente.

Pero el viento no tuvo fuerza en ningún momento para hacer cambiar de sitio a los barcos muertos de la inmensa isla de pecios y escombros flotantes.

Kina la Forge había dicho a Doc Savage que no recordaba haber visto jamás una tormenta o una galerna lo bastante fuerte para esparcir o diseminar a los barcos muertos.

Doc afirmó el gancho de su cuerda de seda en la borda del buque, se cogió a la cuerda embreada y se dispuso a descender.

La reina rubia estaba cerca de él.

—¡Buena suerte! —le dijo conteniendo un suspiro.

—¡Muchas gracias! —contestó Doc, cortésmente—. Y ustedes, estén alerta y pongan centinelas y guardias. Los forajidos ésos son muy capaces de venir aquí con las máscaras y atacar el buque por medio del gas venenoso que sabe usted que emplean.

Kina la Forge llamó a su monito, que vino dando saltos hasta subírsele a un hombro. La mujer empezó entonces a rascarle cariñosamente una oreja.

—Bajo este aspecto *Nerón* nos es muy útil —dijo Kina la Forge —. Porque el mono percibe y se da cuenta de que existe el gas mucho antes de que el veneno sea capaz de hacernos el más pequeño daño. El mono se muestra muy agitado e inquieto cuando

percibe el gas. Así nos da tiempo para ponernos nuestras caretas protectoras, de las que tenemos muchas a bordo.

—Pero… ¿es que Bruze ha intentado apoderarse de este buque con gas alguna vez?

—¡Oh, muy a menudo!

—¡Bien! —añadió Doc entonces—; esperemos que Bruze no intente repetir la prueba esta noche y sorprenda a *Nerón* dormido.

—¿No quiere usted llevarse una de nuestras máscaras protectoras? —le brindó la reina.

Doc se dio un golpe en el pecho, señalando a uno de los bolsillos interiores de su chaleco de goma, y repuso:

—¡Ya llevo una conmigo, señorita! ¡Muchas gracias!

Doc se dejó caer vivamente a lo largo de la cuerda de seda.

El pecio que flotaba más cerca, estaba a unos diez pies del casco del buque.

Doc dio un brinco y cayó sobre el madero.

La niebla inevitable y ligera, semejante a un humo blanquecino, que caracterizaba el Mar de los Sargazos en cuanto llegaba la noche, envolvió a Doc. Esta vez Savage se daba cuenta de que la niebla era un poco más espesa que la noche anterior.

A Doc, de todos modos, esto no le importaba gran cosa. Para él, cuanto más oscura estuviera la noche y más espesa la niebla mejor.

Así se evitaría el riesgo de que sus enemigos le descubrieran.

Por suerte, Doc podía distinguir los objetos que le rodeaban a varios metros de distancia y en todas direcciones.

Savage se dirigió hacia el sitio donde estaba el torreón de Bruze y su banda.

Avanzaba con más soltura y facilidad que antes.

Durante la tarde, Kina la Forge le había enseñado un mapa del Mar de los Sargazos, una verdadera carta donde estaban señalados todos los buques muertos y la mayoría de los pecios importantes.

Los buques muertos parecían ser que cambiaban muy poco su posición en varios meses, tan poco, en efecto, que la carta aquélla databa de hacía un año y aún resultaba inmensamente útil y exacta.

El *Cameronic*, por ejemplo, tardaría años enteros en llegar a situarse en el centro o cerca de él, de la inmensa isla flotante de buques muertos.

Y eso que el *Cameronic*, teniendo un mayor calado que la mayoría de los buques que se veían por allí, y recibiendo por ende un mayor ímpetu de las corrientes submarinas, llegaría más pronto al centro del cementerio marino que los navíos pequeños.

Una parte de la gran masa de buques muertos y de pecios, no estaba señalados en el mapa. Se trataba de la parte más alejada del Oeste, una parte que no había visitado Doc Savage.

Y aquella parte del Mar de los Sargazos no figuraba en la carta, porque Bruze, según le había explicado ella a Doc, siempre tenía muy guardados aquellos parajes.

Esto había hecho pensara Doc que el procedimiento de que se sabía valer Bruze para salir del Mar de los Sargazos, debía radicar en aquella parte del mar.

Así, pues, decidió investigar sin tardanza.

De todos modos, antes que nada, Doc deseaba descubrir dónde y cómo tenía Bruze a sus prisioneros.

Para ello había ideado una magnífica estratagema, que él estaba convencido iba a darle excelentes resultados.

En el torreón de Bruze se veían largas ranuras iluminadas, señalando ventanitas y aspilleras. El interior del torreón estaba ahora más iluminado que nunca, desde que lo había descubierto Doc Savage.

Doc se acercó más al torreón, y esperó. Dentro se oían voces rudas.

Pero más bien parecía aquello el rumor lejano de unos rugidos de animales, porque no se entendía una sola palabra.

Durante una hora aproximadamente, Doc estuvo espiando el fuerte enemigo.

Al fin la puerta del torreón se abrió, dando paso a cuatro hombres.

Uno de ellos llevaba una linterna en la mano. A su vez, Doc pudo darse cuenta de que los cuatro llevaban unas pistolas ametralladoras bajo el brazo.

—¡Bueno, gentuza! —se oyó decir a Bruze con voz ronca de borracho—; ¡ahora podéis descansar unas horas! Porque mañana le vamos a jugar una partida a ese Doc.

Doc no se movió, desde el momento en que las palabras de

Bruze acababan de indicarle que los cuatro hombres que salían del fuerte, iban hacia alguno de estos buques muertos donde tuvieran lo que ellos llamaban su hogar.

Los cuatro forajidos, mientras uno de ellos sostenía en alto la linterna, iban avanzando a lo largo de un verdadero camino de tablones, maderos y cajas, que flotaban en las aguas muertas.

Doc avanzó al fin hacia el torreón enemigo.

Savage pensaba que los cuatro hombres que partían iban a hacer sonar s seguramente los timbres de alarma.

En efecto; a los pocos momentos, llegó a los oídos de Doc el repiqueteo de timbres y campanas.

¡Bravo…! De este modo, aunque Doc se acercara ahora, no servirían de nada los timbres ni las señales de alarma, ya que Bruze y los suyos atribuirían el funcionamiento de las señales a los cuatro hombres que partían.

Como una mancha oscura, Dos Savage avanzó más y más hacia el torreón, hasta llegar a situarse al pie mismo de él.

Mientras seguían sonando los timbres, Doc lanzó hacia arriba su gancho, consiguiendo fijarlo en el borde del techo de la torre.

El techo era llano como la palma de la mano, a excepción de una sección en el centro, donde se elevaba una torrecilla de vigía.

El gancho, como decimos, quedó prendido arriba. Pero Doc no subió enseguida, trepando por la cuerda, sino que esperó con el oído y todos los sentidos atentos y alerta.

Él tenía entendido que todas las señales de alarma estaban conectadas con un solo hilo y obedientes, por lo tanto, a un solo sistema y circuito eléctrico; esto lo pensaba a juzgar por sus observaciones de la visita precedente al torreón.

De todos modos quería estar perfectamente seguro de ello antes de dar un paso en falso.

Maldiciendo y jurando al estrépito que hacían los timbres y la campana, Bruze desconectó las señales de alarma.

¡Silencio…!

Reinó un silencio y una quietud de tumba. Porque hay que añadir que aquella noche no corría viento ni brisa alguna y, por tanto, no se oía el chirrido ni los ruidos peculiares de los cascos y los pecios que flotaban en el mar.

Pronto llegó a oídos de Doc un leve ruido.

Parecía el golpe de una puerta que se cerrara con cautela. Y otros ruidos débiles le hicieron comprender a Doc Savage que alguien se movía muy cerca del muro de acero, al otro lado y muy cerca del sitio donde él estaba.

Otros ruidos llegaron a él poco después. Era un rumor leve y extraño, como si estuvieran pasando piedras de mano en mano.

Doc empezó a trepar por su cuerda de seda.

Al trepar no producía más ruido que el leve murmullo de una pluma que fuera elevada y atada de una cuerda.

Luego, al llegar a la altura de una de las aberturas del torreón, Doc se detuvo para mirar hacia el interior.

Pero, precisamente un momento antes de asomarse, oyó Doc una risa siniestra. Entonces miró.

Bruze estaba sentado sobre ricos almohadones, con las piernas cruzadas.

Ante él había una arquilla abierta. Y el innoble personaje, de rostro de ave de presa, hundía en la arquilla sus manos enormes y fortísimas, de dedos crispados por la emoción y la avaricia.

Sus ojillos menudos casi se salían de las órbitas, y su emoción y su alegría eran tales, que se estremecía nerviosamente, riendo a cada instante y sudando.

¡Bruze acariciaba entre sus manos y hundía sus dedos entre los diamantes en bruto de Doc Savage! ¡Era una riqueza incalculable, insospechada!

Alrededor del bandido, esparcidas por la estancia, se veían otras riquezas inmensas: barras de oro, saquetes de monedas de oro, bandejas de joyas y otros objetos de menos valor en montones, en el suelo.

¡Era botín procedente de los buques cuyos nombres figuraban en el famoso cinturón de las calaveras!

Y en el centro de aquel tesoro infinito e incalculable, Bruze aparecía sentado, como un verdadero demonio que personificara el mal y la avaricia, con nervios y tendones dilatados hasta el punto de que bajo su epidermis parecían moverse poderosos reptiles.

¡El Ogro de los Sargazos!

¡En aquel momento, ningún otro nombre podía haberle

cuadrado mejor al rey de los bandidos de aquel mar muerto!

Doc Savage hizo una cosa asombrosa, inverosímil: echó atrás la cabeza; su cuello tan dúctil se agitó, cambiando de posición, hasta volver a tomar la postura normal.

Y enseguida, de su boca, redonda ahora, empezó a surgir un rumor bajo y silbante. Entre el ruido, intercalaba golpes secos y agudos, hechos con la lengua.

Parecía propiamente el ruido que produce un motor a lo lejos, cuando es puesto en marcha.

Doc obraba así, pensando que, fuera como fuera el medio que empleara Bruze para salir del Mar de los Sargazos, debía utilizar para ello algún motor.

Y si podía hacer creer a Bruze que sonaba un motor a lo lejos, el Ogro de los Sargazos se dirigiría seguramente hacia el sitio donde estuviera escondido el aparato, fuera el que fuese, sin sospechar ni remotamente que nadie le iba siguiendo y espiándole.

Bruze, sumido en la contemplación avara de su tesoro, no oyó nada al principio; pero cuando percibió los primeros rumores que él creía provenir del motor lejano, se puso en pie de un impulso, haciendo rodar por el suelo piedras preciosas por valor de medio millón de dólares, con un repiqueteo de chinas o piedrecitas que cayeron al suelo de acero de la estancia.

Bruze tendió el oído.

Luego, se acercó al ventanillo a escuchar y miró hacia afuera. A causa de la intensa iluminación del interior del torreón, afuera parecía reinar las tinieblas, a pesar del lívido resplandor de la luna.

Doc se escondió y no fue descubierto por el Ogro de los Sargazos.

Bruze acabó por lanzar una exclamación de rabia, y cogiendo seguidamente una pistola ametralladora, salió de la estancia.

Doc se deslizó a un madero flotante, y con un hábil movimiento, desenganchó el garfio de su cuerda.

La puerta del torreón se abrió dando paso a Bruze, que movió la cabeza mascullando protestas y juramentos en voz baja.

Y los timbres y campanas de las señales de alarma empezaron a sonar, cuando el Ogro de los Sargazos oprimió un botón que ponía en juego los mecanismos.

Doc se apartó prudentemente de allí.

Aparentemente, no había ningún centinela en el torreón, o de haber alguno, confiaba completamente en el sistema de señales de alarma.

Buscando el refugio de un buque muerto, se escondió y empezó a bordearlo.

De este modo, pronto estuvo en pos de Bruze. El Ogro de los Sargazos avanzaba solo y muy deprisa. Tanto, que hasta el mismo Doc Savage, con su agilidad de simio, se veía apurado para seguirlo.

Bruze parecía seguir un verdadero camino de objetos flotantes trazado a través del desierto marino. Y Doc no tenía sino que irle siguiendo.

Durante cerca de una hora, los dos hombres fueron avanzando uno tras otro.

Al fin, Doc se llevó una gran desilusión.

Cerca del lindero de la inmensa isla flotante, formada por los buques muertos, Bruze se acercó a un enorme casco de buque mercante.

Era uno de los buques mercantes más inmensos que había visto en su vida Doc Savage. Tan inmenso que casi tenía las dimensiones de un trasatlántico.

Escalas llenas de herrumbre y podridas, pendían del viejo casco, según pudo descubrir Doc al acercarse. La cubierta estaba en un estado lamentable, con la obra muerta de la nave y la borda destrozadas en mil sitios.

El buque estaba infinitamente más destrozado y podrido que otros muchos que databan de su misma época.

Doc estaba muy contrariado. Él había esperado encontrarse con un buque en relativo buen estado, con la obra muerta de la cubierta quitada para dejar ésta libre y en forma que los aeroplanos pudieran despegar y aterrizar en ella.

O, tal vez también, esperaba encontrar algún submarino atracado en aquellos parajes. Pero nada de esto se veía por allí.

De pronto, se oyó la voz ruda de Bruze que rugía:

—¿Qué diablos estáis haciendo, poniendo en marcha los motores, vamos a ver…? ¿No veis que pueden oírse? ¡Imaginad que las mujeres ésas del buque de guerra o el mismo Doc Savage

descubrieran nuestro escondite! ¿Y entonces?

Una puerta situada algo más arriba de la línea de flotación se abrió en el casco herrumbroso. Y dos hombres surgieron por ella. Otros aparecieron detrás. Todos iban perfectamente armados.

—¡Pero si no hemos puesto en marcha los motores! —dijo uno de ellos.

—¡No me mientas! ¡Yo mismo los he oído! Habéis puesto en marcha los motores y les habéis quitado el mecanismo silencioso, además. ¿No os tengo dicho que no pongáis en marcha los motores nunca sin los aparatos silenciosos, sobre todo cuando no corre viento que apague el ruido?

—¡Pero, te juro que no hemos tocado los motores, Bruze!

—Bruze cerró sus puños enormes, rugiendo:

—¿Cómo es eso? ¿Entonces es que me llamáis embustero?

—¡Estás loco si piensas tal cosa, y…!

Pero el que hablaba no pudo continuar; un formidable puñetazo de Bruze, descargado sobre la cabeza del infeliz, le hizo describir un completo círculo en el aire y caer al agua, sobre los sargazos, como una masa que se desploma, al lado de un madero.

De un brinco, Bruze cayó junto a su víctima, cogiéndolo entre sus manos viscosas y horribles.

Y por lo visto, los dedos del Ogro de los Sargazos apretaron furiosamente al desdichado, porque éste empezó a gritar como un conejo caído entre las quijadas de un perro.

—¡Yo no he querido ofenderte ni molestarte! —gritaba el infeliz —. ¡Te juro que no hemos puesto en marcha los motores! ¡Ni hemos oído ruido alguno tampoco!

Un tropel de hombres surgió ahora del casco del buque.

Y todos ellos apoyaron las palabras de su compañero, para convencer a Bruze de que había hecho mal castigando a aquel desdichado que se había permitido poner en duda la perfecta razón y el equilibrio mental del Ogro de los Sargazos.

—¡Pues, os juro que a todos os corto la cabeza si me mentís! —rugió Bruze, casi fuera de sí—. ¡Voy a echar una ojeada allá dentro y a tocar todos los motores! ¡Y como encuentre alguno caliente, ya podéis echar a correr todos!

Y penetró en el buque por la puerta, junto a la que estaban sus

secuaces.

Los otros quedaron allí, de guardia.

Poco después, utilizando su famosa cuerda de seda y el garfio, Doc Savage subió a la cubierta de la nave.

Por todas partes se veían escaleras podridas y herrumbrosas. Las tablas de la cubierta, colocadas encima de las planchas metálicas, estaban curvadas y dobladas hasta parecer lonchas de jamón.

Y la débil luz de la luna y la niebla difusa que flotaba sobre el mar, daban a aquel sitio un aspecto fantástico.

Doc se dirigió a la primera escotilla que encontró al paso. Pero la halló cerrada por medio de una compuerta de acero, con refuerzos en sus cuatro lados. Era imposible, pues, entrar en el buque por allí.

Buscó otra entrada por la cala.

Pero allí, también, puertas de acero reforzadas le cerraron el paso.

Buscando sin cansarse, se dirigió hacia la popa. Pero todas las escotillas y entradas al buque estaban cerradas con puertas de acero.

El barco debía haber sido en sus tiempos un navío de carga ordinario y enorme. Su manga era colosal, de casi cien pies de un lado a otro.

¡Una verdadera bañera gigantesca…! No era extraño, pues, que hubiera perecido a los embates de alguna galerna, que lo desmanteló, dejándolo sin gobierno, y siendo luego arrastrado por las aguas y los vientos al cementerio de los buques.

Porque era evidente que el barco había sido desmantelado por una furiosa tempestad, a juzgar por el estado de las chimeneas, las jarcias y cuerdas y toda la obra muerta que había sobre cubierta.

De pronto, la voz ronca de Bruze pareció distraer a Doc de sus indagaciones.

Savage comprendió que era inútil continuar su búsqueda. El barco tenía todas sus entradas cerradas con pesadas puertas de acero, como si fuera una inmensa cámara acorazada flotante.

—¡No lo comprendo! —decía Bruze—. ¡Porque os juro que he oído el ruido de un motor!

De pronto se detuvo, rascándose la cabeza, como si le hubiera

asaltado un pensamiento inesperado. Y dijo, en otro tono:

—¡Venid conmigo para adentro! ¡Venid todos…! No hay necesidad de vigilar la puerta… ¡Por aquí no es probable que haya nadie!

Todos los secuaces de Bruze penetraron en la nave, siguiendo a su jefe.

Doc lanzó su gancho hacia arriba, dejándolo pronto prendido en un trozo de hierro que había sido uno de los pescantes de una barquilla salvavidas. Y Savage se dejó caer silenciosamente, pegado al casco mohoso, hasta situarse algo más abajo de la puerta por donde habían desaparecido los bandidos.

Doc comprendía muy bien los riesgos que corría. Porque la súbita decisión de Bruze de hacer entrar en el barco a todos sus secuaces, le olía a Doc a una emboscada de zorro viejo.

De haber estado allí Johnny, el joven y delgado geólogo, habría apostado enseguida a que allí, al otro lado de aquella puerta abierta, había centinelas de Bruze, dispuestos a caer sobre Doc en cuanto éste osara dar un paso para penetrar en la nave.

Porque, o mucho se equivocaba Doc, o Bruze acababa de adivinar la treta de Savage al imitar tan perfectamente el ruido de un motor puesto en marcha.

De todos modos, valía la pena correr la aventura y el riesgo de echar una ojeada al interior de aquel buque.

Lo que Doc no había creído ni esperado que pudiera suceder, ocurrió.

Una compuerta situada en el casco de la nave, a unos cien pies hacia la popa, se abrió de pronto sin ruido.

Y, simultáneamente, otra compuerta situada cerca de la proa, se abrió también con sigilo.

Y en cada una de las compuertas surgió la sombra de un hombre provisto de una ametralladora.

Doc se dejó caer a lo largo de la cuerda, hasta quedar escasamente a una docena de pies encima de la puerta.

Entonces, de un salto fue a caer, ligero y ágil como un gato, en la plataforma que había ante la puerta.

Dentro había al menos media docena de hombres agazapados.

Y de ellos, los que no empuñaban ametralladoras, llevaban

pistolas.

Doc se apartó hacia la izquierda, con tal viveza que, aunque sus enemigos rompieron el fuego, él ya no presentaba blanco alguno.

La mano derecha de Doc se hundió entre sus ropas, extrajo un objeto redondo y lo lanzó con toda violencia hacia el interior de la nave.

Inmediatamente se agachó, aplastándose contra las planchas mohosas del casco.

A su derecha, Doc descubrió una escala herrumbrosa, que subía hacia el barco. Había otras muchas por el estilo.

Además, el casco relucía de tal modo, que los hombres que intentaran asomarse por las compuertas a popa o proa, no podrían descubrirle.

En la oscuridad, el cuerpo del hombre de bronce se confundía con el moho y la herrumbre que lo cubrían todo.

Uno de los bandidos empezó a hacer fuego, sin apuntar siquiera. Y los otros, envalentonados por la actitud de su colega, le imitaron. De las escalas, del casco mismo, saltaban astillas y trozos de madera que caían al mar como copos inmensos de nieve. Pero ninguna de las balas hirió a Doc.

Quizá pasó así un minuto. Dentro de aquella puerta abierta, no ocurrió nada.

Quizá se hubiera oído algún ruido; pero el estrépito de los disparos lo ahogaba todo.

Doc se deslizó por la puerta. Sus manos de acero no empuñaban arma alguna. Sin embargo, Savage no vacilaba al avanzar, ni parecía ir en guardia contra peligro alguno.

Su actitud era la de un cazador que ha disparado su arma y va en busca de la pieza, seguro de no haber errado el tiro.

XVI
Los planes del ogro de los sargazos



La estancia donde Doc Savage desembocó era una verdadera cámara de acero. Una puerta que se veía al otro extremo, aparecía firmemente cerrada.

Numerosas aspilleras perforaban los muros. La estancia era, sencillamente, una segunda línea de defensa para defender la puerta de acceso al buque.

Ésta era una prueba más de que el misterioso buque mercante encerraba algo que tenía gran importancia para los bandidos del Mar de los Sargazos.

Doc pudo ver varios hombres caídos en el suelo de la estancia. Otros aparecían amontonados unos sobre otros. Pero todos respiraban ruidosamente, como si estuvieran profundamente dormidos.

Por el suelo se veían también muchos añicos de vidrio. Doc avanzó, pulverizando muchos de ellos.

Los ojos de oro de Doc se fijaron en los hombres sumidos en el extraño sueño.

¡No estaba entre ellos Bruze!

El jefe de los bandidos había sido lo suficientemente afortunado para no estar en la pequeña cámara acorazada donde yacían estos forajidos.

Doc se acercó a una de las aspilleras y se asomó, intentando ver algo en el interior del buque.

Pero una oscuridad absoluta le impidió distinguir nada.

Echó mano de su linterna eléctrica; pero sólo pudo ver un largo corredor cuyos tabiques eran también de acero.

Doc empujó la puerta del fondo, para ver si cedía. Pero la puerta era de acero también, y se veía que estaba firmemente cerrada al otro lado.

Para abrirla se necesitarían herramientas y tiempo, y Doc no disponía ni de unas ni de otro. Oyó pasos que se acercaban a la pequeña cámara acorazada.

Si es que había hombres al otro lado de aquella puerta, debían ignorar el gas de Doc, que había dormido a éstos.

De todos modos, los que se acercaban serían pronto víctimas también del gas misterioso.

Doc enfocó su linterna en otra aspillera.

La luz alumbró ahora un corredor que se cruzaba con otro, y a cinco o seis hombres que acudían corriendo hacia aquí.

Todos ellos llevaban máscaras protectoras contra el gas.

—¡Duro con ellos! —gritaba Bruze con su ronca voz, desde detrás de los asaltantes—. ¡Coged al canalla ése…! ¡No le dejéis escapar de la cámara acorazada…!

Doc se volvió, cogió una pistola ametralladora de uno de los hombres dormidos y, apuntando a la bombilla eléctrica que alumbraba la estancia, fija en el techo, la hizo estallar de un disparo certero.

Dirigiéndose entonces hacia la puerta, Doc quitó la escala herrumbrosa que subía allí, al tiempo que disparaba la ametralladora, que escupía torrentes de fuego. Las balas que disparaban los bandidos situados en las dos compuertas del buque, a popa y a proa, pasaban silbando junto a Savage.

—¡Ya le tenemos acorralado! —gritaba Bruze—. ¡Le hemos metido en una madriguera!

Doc arrojó ahora el cargador vacío del arma.

Un instante después, un objeto metálico brillaba en su mano, y era lanzado hacia arriba. Y se abrió con un chasquido metálico.

El objeto había ido a parar junto a la cuerda de seda, que se balanceaba ligeramente. Poco después, dejaba escapar una ligera voluta de humo blanquecino.

Luego, la voluta de humo se convirtió en un humo espeso y

negro, que se esparcía en todas direcciones.

El humo se fue arrastrando junto al casco mohoso y viejísimo del buque.

Luego, semejante a un reptil inmenso que fuera trepando buque arriba, para divisar todo el Mar de los Sargazos, se elevó sobre el buque.

Los hombres que estaban en las compuertas, encendieron reflectores que lanzaron vivos haces de luz.

Pronto, los alrededores del buque, el mar lleno de sargazos, de algas y de pecios flotantes, aparecieron intensamente iluminados.

El misterioso humo aquél parecía untuoso y sólido, de tan espeso.

—¡Allí está! —rugió, de pronto, la voz de Bruze—. ¡Ahora no puede salir de allí, sin que le veamos!

Desde el interior de la pequeña cámara acorazada, empezó a surgir el fuego continuado de una ametralladora, que producía, al disparar un ruido siniestro.

Pistolas y revólveres le contestaban.

—¡No puede herir a nadie con la ametralladora! —gritó Bruze—. ¡Manteneos escondidos! Pero alumbrad con los reflectores.

La ametralladora seguía disparando más y más. Al fin, cesó en su fuego.

Durante este tiempo, los secuaces de Bruze reaccionaron y tuvieron el valor de enfocar la cámara acorazada con la luz de un reflector.

Así pudieron ver una pistola ametralladora abierta, con el cargador vacío y el gatillo atado con una cuerda de seda.

Pero no había sombra del hombre de bronce.

La nube de humo negro ascendía hacia el cielo lentamente. ¡Pero tampoco se veía rastro del hombre de bronce!

Bruze ordenó entonces a sus secuaces que se esparcieran por el buque, buscando obstinadamente a Doc Savage.

Algunos de ellos subieron ala desvencijada cubierta de la nave, provistos de linternas eléctricas. Otros, bajando al agua, recorrieron los barcos muertos inmediatos y exploraron todos los objetos que flotaban por las cercanías.

Pero resultaba que apenas había algún que otro barco muerto en

las cercanías del buque mercante donde estaban los bandidos. Este buque estaba en el lindero mismo de la isla inmensa de navíos muertos.

Y situándose en la proa y mirando hacia el Oeste, se podía distinguir una gran extensión de aguas sucias y sargazos, desprovistos en absoluto de objetos flotantes.

Al llegar a las inmediaciones de la puerta que daba acceso al buque, Bruze hizo una serie de figuras y gestos como si estuviera celebrando un exorcismo contra las brujas o los aparecidos. Luego dijo:

—¿Cómo es posible que haya hecho esto ese hombre? ¡Savage no llevaba máscara contra el gas, de modo que no puede haber utilizado el gas para dormir a mis hombres! ¿Cómo están esos pájaros de ahí dentro? ¿Se han despertado ya?

—No —repuso uno de sus secuaces—, todavía siguen durmiendo.

—¡Debía de matarlos a todos a tiros, como perros! —rugió Bruze, furioso—. ¡No puedo comprender cómo Savage ha conseguido dormir a una docena de hombres con tanta facilidad! ¡Estarían borrachos, sencillamente!

Bruze hizo una leve pausa, y luego continuó, jadeando de rabia:

—¡Lo que no acabo de comprender, de todos modos, es cómo ha podido escapar de aquí, desaparecer tan misteriosamente! ¿Cómo ha podido hacerlo?

Entonces, uno de los hombres que habían estado en una de las compuertas, intervino, diciendo:

—Yo creo que podría decirlo, porque me parece que lo he adivinado: Savage vino aquí, desde arriba, deslizándose a lo largo de una cuerda o algo por el estilo; y yo pienso que debe haberse ido de la misma manera. No lo hemos visto a causa del humo.

Bruze apretó sus puños, y dijo, encarándose con el que acababa de hablar:

—¿Y tú, zopenco, no disparaste hacia el sitio donde podía estar la cuerda, a pesar del humo?

—¡Claro que sí, que disparamos, Bruze! —repuso el interpelado.

Esto no era cierto.

El que hablaba, lo mismo que sus compañeros, habían gastado

todas sus municiones disparando en dirección a la plataforma que había ante la puerta de acceso al buque.

Y lo de la desaparición posible de Doc por medio de una cuerda a la que trepara, acababa de ocurrírsele hacía un momento.

Bruze tenía un aspecto siniestro y poco tranquilizador. El cabello le caía en mechones deshechos sobre los ojos; además, como durante la persecución de Doc había caído al agua, iba materialmente cubierto de sargazos, que le cubrían como un velo sucio, y chorreaba agua por todas partes.

Se sacudió, furioso, las algas que pendían de su cuerpo y de sus vestidos, y rugió:

—¡Bien! Ahora he cambiado de plan. ¡Acercaos a mí, canallas! ¡No quiero exponerme a que Doc Savage pueda oír mis palabras! ¡No me parece un ser humano normal y corriente, si queréis que os diga la verdad! ¡Quizás ande escondido por aquí, muy cerca, sin que acertemos a descubrirlo!

Luego de varios segundos de silencio, durante los cuales Bruze reflexionó sobre los planes que tenía en su mente, empezaron a brotar de sus labios órdenes en voz baja.

—¡Bien, esta misma noche vamos a arreglar este asunto! —decía Bruze, en un susurro—. Nos marcharemos. Yo deseaba que nos quedásemos porque creía que en un día o dos lograríamos apoderarnos de Savage; pero el individuo ése es muy listo y astuto. Puede espiarnos, esconderse cerca y echarnos a perder todo el juego.

—¡No te comprendo, Bruze! —murmuró uno de sus secuaces.

—¡Cállate y ya me comprenderás pronto! —gritó Bruze—. ¡Id a despertar a algunos de mis hombres! ¡No, mejor dicho, id a despertar a toda la banda! —

¡Esta noche será una gran noche…!

—¿Y por qué no los llamas con el gong, Bruze?

—Porque Savage conoce el código del gong. ¿No supo entrar furtivamente en nuestro torreón y enviarnos, por medio del gong, un mensaje que salvó a sus cinco amigos?

—¡Eso es verdad, es verdad! ¡Ya no me acordaba! —dijo el que hablara antes, disponiéndose a partir.

—Decirles que vayan todos al torreón —añadió Bruze.

Y, señalando a tres hombres más, ordenó:

—¡Vosotros, pájaros, id también a despertar a los camaradas!

Los cuatro hombres partieron.

Avanzaron juntos algún tiempo, y luego se separaron.

Uno de ellos subió a un hermoso yate particular, para despertar a varios hombres que habían establecido allí su morada; otro subió a una goleta pequeña, donde vivían otros amigos; y los demás realizaron misiones semejantes en otros buques.

Los secuaces de Bruze habían registrado detenidamente todo el Mar de los Sargazos buscando guaridas apropiadas a sus gustos respectivos.

Los muebles y el ambiente eran de lo más rico y lujosos que pueda imaginarse, en la mayoría de los casos. Y todos vivían como reyes.

Ninguno protestaba al verse despertado. Se vestían rápidamente, disponían sus armas y cogían buena provisión de municiones.

Eran gentes de todas las nacionalidades, aunque hermanos de corazón y de sentimientos.

Y Doc Savage resultaba una amenaza para ellos. Los bandidos del Mar de los Sargazos habían llegado a acumular una riqueza inmensamente mayor de la que todos podían haber soñado jamás.

Y el hombre de bronce, si no lo ponían a raya y lo vencían, podía acabar con la vida regalada de todos ellos. Por eso no se quejaban al verse despertados, ya que el que más y el que menos sentía tanto deseo de ver expulsado de allí a Doc Savage, como el mismo Bruze.

Todos fueron reuniéndose en el torreón a donde llegaban formando pequeños grupos.

Bruze envió inmediatamente a un pelotón para que reforzara la guardia del famoso barco mercante.

Bruze hizo esto cuando en el torreón hubo ya un buen número de gangsters.

—¡No hay que exponerse a correr peligro alguno! —dijo Bruce —. Encended las luces y los reflectores y manteos bien alerta. ¡Llevad puestas las caretas contra el gas! ¡Es preciso que evitemos a toda costa que Savage pueda subir a bordo de aquel buque!

Cuando el pelotón hubo partido, Bruze miró en torno, y sus

labios empezaron a moverse bajo su nariz de ave de presa, mientras iba contando a sus secuaces.

—¡Aún faltan una docena de gangsters! —murmuró al fin, en voz alta—. ¡Ya podrían darse prisa!

—¿Qué plan tienes, jefe? —preguntó uno de los bandidos.

—Ya os lo diré cuando hayan venido los que faltan.

Siete hombres con aspecto de demonios aparecieron formando grupo.

Llegaban riéndose de uno de ellos. Éste era un individuo muy grueso, a juzgar por los bultos fofos y blandos que hinchaban su indumentaria.

A juzgar por su aspecto, pesaría unas trescientas libras.

Su tez era muy oscura, casi negra. Llevaba un amplio albornoz flotante de fina seda y sus cabellos eran muy negros.

Su rostro aparecía envuelto en vendales parcialmente. Y llevaba un brazo en cabestrillo.

—¡*Wallah*! —gritó este individuo, con marcado acento árabe—. ¡Por las barbas de mi padre os juro que al primero que intente burlarse de mí otra vez le hundo un puñal en el pecho!

—¿Qué escándalo es ése? —preguntó Bruze, de mal talante.

Uno de los recién llegados explicó, sonriendo:

—¡Es que Big Sheik se ha caído del barco donde vive, según nos ha contado él mismo, y se ha torcido un brazo! ¡Y nos estábamos burlando un poco de él!

—¡*Wallah*! —volvió a rugir Big Sheik, de nuevo—. ¡Pues a mí no me hace gracia ninguna la burla!

—¡Basta! —gritó, con voz recia, Bruze—. ¡Vosotros, dejad a Big Sheik en paz!

Bruze gobernaba su tribu de demonios con mano de hierro. Y no permitía a nadie bromas ni payasadas, sabiendo que ello acarrea riñas y pendencias y crea enemistades y rencores.

Los gangsters que faltaban fueron llegando.

Todos se agrupaban alrededor del jefe de la banda.

Big Sheik se mantenía algo apartado y al fondo, como si deseara ocultar su brazo herido, testimonio de su torpeza.

El exótico atavío de Big Sheik no llamaba la atención de nadie. En efecto: no pocos de los otros iban vestidos con más

extravagancia todavía.

Algunos llevaban uniformes militares resplandecientes, robados en los barcos perdidos que llegaban al Mar de los Sargazos; e incluso uno de los gangsters habíase puesto, por broma, un correctísimo traje de noche con chistera y todo.

Todos aparecían muy bien armados, sin embargo. Y, en saquetes que les pendían de los hombros, llevaban máscaras contra el gas.

Bruze se decidió al fin a abordar el asunto, y dijo:

—¡Señores y amigos: He llegado a la conclusión, luego de pensarlo mucho, que Doc Savage ha hecho su cuartel general del buque de guerra ese donde viven las mujeres! Es el sitio más seguro que ha podido encontrar, desde luego.

—¡Eso es hablar con juicio, jefe! —dijo uno de los gangsters, que había llegado a descubrir que la mejor política y la conducta ideal en la vida es siempre halagar al jefe y al superior.

—¡*Kwayis Khalis*! —murmuró Big Sheik, desde el fondo del grupo—. ¡Muy bonito! ¡Sin duda el hombre de bronce ha huido al buque de guerra después de la lucha sostenida contigo hace poco, Bruze, en la que por poco se queda entre tus manos!

Bruze levantó la cabeza, mirando al mestizo y frunciendo el ceño, sin saber si aquellas palabras eran algo halagadoras o una censura y una burla llena de fino sarcasmo diplomático.

—¡Bien, ahora vamos a hablar de mis planes, aunque creo que en esto llevas razón, bola de sebo! ¡Savage debe de estar a bordo del buque de guerra en estos momentos! De todos modos, tenemos que cerciorarnos de ello, sin duda alguna, antes de dar un paso.

—¿Cómo?

—Poniéndonos al habla con la capitana de las amazonas.

—¡Oh, pero ella no nos lo dirá! En vez de eso, nos recibirá a tiros.

—De todas maneras, vamos a intentarlo. Y si nuestras gestiones no obtienen resultado, llevaremos uno de los cinco amigos de Savage al buque de guerra y, poniéndolo bien a la vista de la capitana rubia y sus secuaces, le cortaremos las orejas de dos tajos redondos. Entonces le diremos a la capitana que si nos dice lo que queremos, cesaremos de descuartizar al amigo de Savage. Así veréis cómo habla y nos informa.

—¡*El baqq bi eydak*! —murmuró Big Sheik, humildemente.

Los ojos de Bruze relucieron, y preguntó, en tono desconfiado:

—¿Qué quiere decir eso en inglés?

—¡Que la verdad está en tus palabras, jefe! —tradujo el grueso personaje.

—¡Y tanto que sí! —recalcó Bruze, sonriendo levemente—. Averiguaremos si Doc Savage está a bordo del buque de guerra. Y si no está, esperaremos hasta que vaya allí. Y entonces nos desembarazaremos de él… y de esa banda de mujeres también.

Los rostros —unos morenos y atezados, otros amarillos y lívidos, otros negros, otros, en fin, blancos—, todos expresaron la misma sorpresa infinita.

Y uno de ellos, sin poder contenerse, dijo:

—¡Diablos! ¡Pues hace mucho tiempo que estamos queriendo hacer eso, y no nos ha sido posible! ¡La cosa es más difícil de lo que parece!

—Yo tengo un plan —murmuró Bruze—. Es un plan que he guardado en secreto últimamente. Un plan que no puede fracasar en modo alguno… Pero mi plan tiene un inconveniente: cuando las mujeres vean que están condenadas a muerte de modo irremediable, quizá vuelen el fondo del buque de guerra para que el barco se hunda con ellas y evitar de este modo que nosotros podamos coger el gran tesoro que tienen a bordo. Porque no me cabe duda de que la maldad y el rencor de esas mujeres es capaz de llegar a ese extremo.

—¡El tesoro! —gritó uno de los bandidos—. ¡Supongo que no piensas en dejar que el tesoro de esas mujeres vaya a parar al fondo del mar!

—¡Pues aunque se vaya al diablo! —rugió Bruze—. ¡Sin ese tesoro, nosotros somos inmensamente ricos! ¡Nuestro tesoro es mucho mayor que el que puedan tener esas mujeres! ¡Y con nuestro tesoro, y una vez apartado de nuestro camino Doc Savage, y con los prisioneros quitados de en medio también, estaremos en magníficas condiciones para continuar nuestros asaltos a los buques y obtener más botín!

—Pero ¿cuál es tu plan?

—¡Venid conmigo! —¡Ahora lo veréis!

XVII
La emboscada del fuego



Los bandidos salieron del torreón, dirigiéndose hacia el lejano buque de guerra.

Era característico de Bruze avanzar en el centro de la multitud. No quería exponerse a correr riesgo alguno.

Rodeando inmediatamente a Bruze iban primero los hombres blancos de su banda, es decir, los que le habían acompañado al *Cameronic*, y algunos otros.

Bruze confiaba más en esos hombres. Algunos de ellos eran antiguos contrabandistas de su banda, cuando «operaban» por las costas de los Estados Unidos, rudos caballeritos que tenían una historia negra y habían llegado al Mar de los Sargazos acompañando a Bruze.

Los hombres de otras razas ocupaban el borde de la columna o se agrupaban en la retaguardia. EL gigantesco y gordísimo Big Sheik, el mestizo, caminaba el último.

El hecho de llevar un brazo en cabestrillo molestaba y humillaba grandemente a Big Sheik. Cada vez que se avanzaba unos cuantos pies era preciso saltar de un objeto flotante a otro.

Y esto requería las dos manos y no poca habilidad para mantener el equilibrio.

—¡*Wallah*! —gritó Big Sheik, en el colmo de la desesperación.

—¿Qué pasa ahí detrás? —rugió la voz de Bruze, colérico.

—¡Ay, Bruze! ¡Mi pobre brazo!

—¡Nosotros no podemos consentir que vengas haciendo ruido!

—interrumpió Bruze al desdichado, cada vez más furioso—. ¡Vuélvete ahora mismo! ¡Podemos seguir nuestro camino perfectamente sin ti!

—¡Muy bien, jefe! ¡Lo haré como me mandas!

La comitiva no avanzaba muy deprisa, ya que iban sacrificando la velocidad al silencio. Y en verdad que acertaban a producir apenas ruido.

—¡Esto es lo primero que necesitamos: silencio! —dijo Bruze—. ¡Ahora me alegro de haber dejado a Big Sheik!

Pero Bruze habría cambiado de opinión si hubiera podido observar a Big Sheik en aquel momento.

El gigante mestizo del albornoz amplio y flotante había arrojado el cabestrillo en el que descansaba su pretendido brazo enfermo; y, enseguida, recogiéndose el albornoz como si se tratara de una simple camisa, había empezado a desandar el camino, dando unos saltos verdaderamente prodigiosos.

Cambiando un tanto de rumbo hacia la derecha, Big Sheik llegó a un sitio donde había un hombre caído. Este hombre era en realidad muy grueso y de tez muy oscura. Estaba vestido solamente con sus ropas interiores y aparecía dormido o privado de sentido.

Big Sheik le dio un papirotazo en una oreja que tuvo la virtud de hacer que el durmiente se removiera un poco.

El gigante que había abandonado la columna de Bruze se quitó ahora rápidamente el inmenso albornoz y luego las vendas que cubrían la cabeza y parte del rostro.

Enseguida se quitó las ropas que le cubrían y que fueron dejando al aire varios puñados de sargazos y algas atadas a su cuerpo, lo que le daba aquel aspecto de gigante gruesísimo.

Unos cuantos restregones fuertes con el albornoz dejaron al aire una piel blanca en el rostro que antes aparecía moreno y atezado y que era producido por un maquillaje maravilloso.

Entonces aparecieron las facciones despiertas y alegres de… Doc Savage.

Doc se limpió el cabello, quitándose la capa de grasa que lo ennegrecía, y luego se echó atrás las guedejas rubias, dejándolas pegadas a su cráneo como si acabara de peinarse detenidamente.

Su cabeza adquirió así el aspecto de un busto de bronce.

Doc dejó el albornoz y las otras ropas de su disfraz al verdadero Big Sheik.

Doc sabía que el grueso personaje tardaría aún algún tiempo en volver en sí completamente. Savage, para dominar al personaje, le había propinado un golpe quizá demasiado fuerte.

No le había costado gran trabajo vencer a Big Sheik. Doc había seguido a uno de los hombres de Bruze a quienes el Ogro del Mar de los Sargazos enviara para avisar a todos sus gangsters.

Big Sheik vivía solo en un buque abandonado, y el mensajero se había limitado a despertarle, dando fuertes golpes en el casco del buque, hasta que Big Sheik contestó.

Big Sheik, con aquel albornoz enorme y flotante y su traza gigantesca, era el tipo ideal para los propósitos de Doc Savage.

No hay que decir que el verdadero Big Sheik no se había herido; fue Doc quien ideó aquella estratagema para disfrazarse mejor y conseguir sus propósitos.

Doc se dirigió hacia el buque de guerra.

Volaba sobre todos los objetos flotantes. Algunos de sus saltos resultaban prodigiosos y le hacían avanzar docenas de metros.

Apenas posaba el pie en el madero o en un objeto cualquiera que flotase, ya había saltado hacia adelante y caía sobre otro.

Luego se desvió ligeramente, para adelantarse a la columna de Bruze y evitar que le descubrieran.

Bruze y su gente, procurando hacer el menor ruido posible, no avanzaban ni mucho menos a la velocidad que Doc Savage.

Al paso que iba la columna de los bandidos, tardarían más de una hora en llegar al buque de guerra.

Pero mucho antes de transcurrir aquel tiempo, Doc Savage estaba ya en las inmediaciones del acorazado.

Al acercarse, empezó a espiar por los alrededores, y pronto descubrió a uno de los centinelas de Bruze. Toda la atención del hombre estaba fija en el buque de guerra.

De pronto se estremeció ligeramente, como si un mosquito le hubiera picado en un tobillo. Y se inclinó para rascarse o buscar el insecto.

Pero quedó inmóvil por unos momentos, como si se hubiera dormido inesperadamente.

Y, de improviso, se precipitó cabeza abajo y cayó en el agua.

Dos brazos de bronce, nerviosos y fortísimos, lo sacaron inmediatamente de entre los sargazos y lo pusieron sobre un madero que flotaba.

EL gigante de bronce continuó sus exploraciones en busca de los demás centinelas de Bruze.

Sólo una vez se oyó un ligero rumor como de lucha, indicando lo que estaba ocurriendo en la noche brumosa y callada.

Pero ninguno de los levísimos ruidos que se oían de tarde en tarde delataba la verdad de lo que pasaba.

Al fin, hasta aquellos leves ruidos cesaron.

En el buque de guerra, varias portillas iluminadas indicaban que sus ocupantes estaban despiertas.

En el exterior reinaba una paz infinita, una calma absoluta.

Hubo un momento, sin embargo, en que Kina la Forge apareció en la cubierta, llevando una linterna de gasolina en la mano.

La mujer llamó a alguien, en voz muy baja.

Cuatro mujeres, que hacían la guardia en diferentes sitios sobre cubierta, abandonaron sus puestos y siguieron a Kina al interior del buque.

Luego se observó mucho movimiento en el interior del buque.

Las luces de las portillas todavía lucían en algunos sitios.

Al fin se hizo el silencio.

La columna de Bruze apareció en las inmediaciones del buque de guerra.

Habían llegado hasta allí en la creencia de que ningún ruido habría delatado su marcha.

Pero la verdad es que resultaba imposible evitar que algunos objetos flotantes produjesen algún ruido al ser hollados por el peso de un hombre. Y ciertos palos y maderos se rompían.

La llegada furtiva de los bandidos les había costado mucho más tiempo del que en un principio habían calculado.

Habían tardado cerca de dos horas en llegar a las inmediaciones del buque de guerra.

—¡Si hubiera soplado algún viento esta noche! —murmuró de pronto Bruze, en tono vehemente—, ¡se nos habría facilitado y simplificado mucho la tarea de llegar hasta aquí! ¡Chissttt!…

¿Queréis callaros y no hacer ruido?

Como si fuera una burla a sus palabras, una ametralladora empezó a vomitar fuego en estos momentos con un ruido infernal.

El arma disparaba solamente a unos cincuenta metros ante ellos.

Las balas pasaron silbando con un ruido siniestro por encima de la cabeza de Bruze. Éste y sus hombres se echaron rápidamente al suelo o se lanzaron al agua de cabeza, buscando un refugio.

Pero dos de los bandidos tuvieron el valor de encender sendos reflectores, lanzando sus haces de luz hacia el sitio de donde salían los disparos.

¡Y la luz reveló que el que disparaba contra los forajidos era… Doc Savage!

Doc suspendió enseguida el fuego de la ametralladora, que le había quitado a uno de los centinelas, y corrió a esconderse.

A pequeños intervalos, sus enemigos le descubrían volando a través de la niebla que flotaba sobre el Mar de los Sargazos.

—¡Vamos por él! —rugió Bruze, recobrándose, de pronto, del terror que le había invadido al oír la inesperada descarga de la ametralladora.

Entonces, mientras millares de balas salían de la columna de Bruze, los bandidos se lanzaron en persecución del fugitivo.

Todos gritaban, llenos de cólera y de rabia, como una jauría de perros que persigue a una pieza fugitiva.

El hombre de bronce había emprendido una velocísima carrera; sin embargo, faltó poco para que lo alcanzaran.

Llegaron tan cerca que los bandidos pudieron distinguir a Doc Savage, que en aquel momento empezaba a trepar junto al casco del buque de guerra.

En efecto: Doc trepaba valiéndose de su cuerda de seda embreada; pero la cuerda era invisible para los perseguidores, que tenían que creer que Doc poseía alguna facultad sobrenatural y misteriosa para trepar o ascender por el aire.

Los bandidos dispararon sus armas con furia creciente. Una verdadera lluvia de balas partió en dirección al sitio donde Doc Savage iba ascendiendo hacia la cubierta del buque de guerra.

Pero el ataque se produjo unos segundos tarde: Doc acababa de llegar sano y salvo a la cubierta del navío, y saltaba en este instante

la borda.

¡Craaccc…!

De pronto sonó un tiro de rifle a bordo mismo del buque de guerra, a pocos metros del sitio donde Doc acababa de ascender.

¡Craaccc…!

¡Otro disparo de rifle!

Éste salió de más lejos, hacia la popa.

¡Esperad! —gritó la voz de Bruze, dirigiéndose a sus hombres—. ¡Es inútil que intentemos subir a bordo de ese buque! ¡Las mujeres nos recibirán a tiros!

Bruze ignoraba que los dos disparos que acababan de sonar a bordo del buque de guerra habían sido hechos por Doc Savage.

Doc que, previamente y en previsión de su aventura, había atado dos rifles a la barandilla de la borda, poniendo luego cuerdas atadas al gatillo.

Un tirón del bramante respectivo había hecho que las armas se disparasen, dando la impresión de que dos tiradores —en este caso dos «tiradoras»— hacían fuego desde el buque contra los asaltantes, cuando en realidad sólo Doc Savage se encontraba en la cubierta del navío.

—¡Rodead el buque! —ordenó Bruze a sus secuaces.

La orden fue ejecutada prontamente.

Mejor dicho, los forajidos tenían la sensación de que se movían con más rapidez que al venir; pero antes de que hubieran llegado a cercar también el buque por la proa, Doc Savage había descendido por la parte opuesta a la que subiera, utilizando otra vez su famosa cuerda de seda.

La niebla de la noche se tragó poco después al hombre de bronce, haciéndole desaparecer completamente.

Bruze y su gente, creyendo que Doc Savage seguía en el buque de guerra, establecieron una fuerte guardia alrededor de la nave.

Habían mantenido encendidos sus reflectores, de modo que todos los alrededores del navío quedaban perfectamente iluminados.

Pero luego, por temor a que la luz de los reflectores atrajeran los disparos de las amazonas o de Doc Savage, Bruze dio orden de que los apagaran.

La casualidad hizo que Bruze mismo encontrara de pronto a uno de sus centinelas privado de sentido.

Maldiciendo y jurando, propinó al desdichado un formidable puntapié; pero esto no sirvió ni mucho menos para despertarlo; sencillamente, rodó del madero en que flotaba inerte y cayó al agua, donde se habría ahogado a no haber sido porque el mismo Bruze le sacó a flote nuevamente, tirándolo encima del madero.

Enseguida, lanzando una retahíla de juramentos, Bruze intentó despertar o hacer volver en sí al desdichado. Pero todo fue inútil.

Los otros centinelas, que habían corrido la misma suerte que éste, fueron descubiertos bien pronto.

—¡Vaya una morralla! —gritó Bruze, colérico—. ¡Pues sí que dispongo yo de una banda soberbia! ¡Casi se tendría que pensar que el tal Doc Savage era su amigo, a juzgar por la facilidad con que le han dejado andar por aquí cerca…!

—¡Sí, sí! —repuso uno de los bandidos, erróneamente—; ¡pero ahora le tenemos encerrado y acorralado en el buque de guerra!

—¡Oh, sí! ¡Y es una gran suerte para nosotros haber conseguido eso! ¡A ver, que vengan conmigo media docena de hombres! Los demás que se queden aquí.

Bruze se alejó, llevando a sus satélites tras él.

—¿Qué plan tienes, jefe? —preguntó, de pronto, uno de ellos.

—Lo vais a ver dentro de un minuto —repuso Bruze.

Pronto llegaron junto a un gran barco viejo y herrumbroso, que se hundía mucho en las aguas sucias.

—¡Bien, ya estamos! —dijo, de pronto, Bruze.

—¿Y qué tiene que ver este buque, que parece un aljibe o un cargo, con tus planes, Bruze? —preguntó uno de sus secuaces, señalando al barco viejo.

—Oh, este buque está cargado con gasolina, como todos sabemos, ¿no es así?

—Desde luego. —De aquí nos aprovisionamos de gasolina para nuestras linternas y motores desde hace mucho tiempo y, sin embargo, apenas ha disminuido nada la esencia. Pero, bueno, ¿qué tiene que ver esto con tu plan, Bruze?

—Ahora lo veréis. ¿Recordáis que yo he ido guardando en uno de estos barcos todas las mangas de riego que venían en cuantos

navíos llegan a este mar, desde hace muchos meses?

—Sí, desde luego. Por cierto que no nos has dicho nunca para qué querías esas mangueras.

—Bien; ahora voy a decíroslo. Vamos a enchufar algunas de esas mangueras en los desagües del barco de la gasolina, del barco aljibe éste; la gasolina, claro está, irá saliendo, obediente a las leyes de la gravedad; y de este modo nosotros podremos llevar la gasolina a las inmediaciones del barco de guerra.

Esparciremos una gran cantidad sobre las aguas y luego le prenderemos fuego.

—Pero —objetó uno de los bandidos de la escolta de Bruze— tú te olvidas de que el buque de guerra es de acero, y que el fuego de la gasolina no le hará arder ni lo fundirá.

—¿Y quién habla aquí de que arda ni de que se funda…? El fuego alrededor del casco del buque de guerra pondrá éste al rojo, y nadie podrá estar a bordo.

—Pero ¿no se evaporará la gasolina al ser echada al agua, jefe? —preguntó otro de los forajidos.

—Alguna sí, claro está. Pero no en tal cantidad para hacer fracasar nuestro plan. Además, por suerte, tenemos mangueras bastantes para establecer siete u ocho conducciones de bencina. ¡Vamos, manos a la obra! ¡Pronto!

Los hombres se pusieron a la tarea con todo entusiasmo.

Pronto se dieron cuenta, sin embargo, de que no resultaba labor fácil ni mucho menos el tener que tirar de las mangueras y arrastrarlas por encima de todos los pecios y la basura aquélla que llenaba este Mar de los Sargazos.

Bruze llamó a algunos de los que hacían guardia cerca del barco de guerra para que les ayudaran.

Los bandidos no tenían que esforzarse en guardar silencio.

A bordo del buque de guerra reinaba una quietud infinita. En algunas portillas aún se veía luz.

De todos modos se habían apagado las luces en tres sitios distintos.

Una vez abrieron el fuego desde el buque por medio de una ametralladora.

—¡Se ve que están vigilando! —dijo Bruze, con sarcasmo y

desdén ¡Yo apostaría a que todas las mujeres de a bordo están de centinela y observándonos a través de la niebla!

Pero Bruze habría llevado una terrible impresión que le hubiera llenado de angustia de haber podido adivinar la verdad acerca de aquel fuego inesperado de la ametralladora desde el buque de guerra, al tiempo que se apagaban las luces.

Las luces se habían apagado sencillamente porque a las lámparas se les había acabado el combustible; eran linternas de gasolina, y Doc les había quitado casi todo el combustible que las alimentaba.

Un despertador y un mecanismo unido al reloj por medio de una cuerda, que estaba atada en el otro extremo al gatillo de una ametralladora, había iniciado el tiroteo del arma, poniéndola en movimiento.

Doc había preparado esto también.

Era de una importancia capital hacer creer a Bruze y a su banda que el terrible buque de guerra estaba todavía ocupado.

Y Doc lo había dispuesto todo a tal fin.

Pero, en realidad, no había un alma a bordo del buque de guerra en aquellos momentos.

Bajo la acertada dirección de Doc Savage, todas las mujeres que defendían el buque de guerra habían abandonado el navío antes de la llegada de Bruze y de su gente.

Bruze, ignorante de todo esto, iba de un lado a otro, dirigiendo las operaciones contra el barco enemigo.

Parecía contentísimo, muy animado. Pensando que llegaba el fin de todas sus angustias y de todas sus inquietudes.

La gasolina empezó a correr por dos mangueras, y poco después caían dos chorros del volátil líquido sobre los sargazos y las algas que llenaban aquellas aguas.

El combustible flotaba y se esparcía sobre el agua, escurriéndose en todas direcciones, semejante a gusanos transparentes.

Las otras mangueras entraron también muy pronto en movimiento. La gasolina se esparcía en más abundancia, con mucha más rapidez.

El humo producido por la evaporación de la esencia casi vencía a la neblina que flotaba por encima del Mar de los Sargazos.

Pero la evaporación de la gasolina, por grande que fuera, no

podía competir con los siete chorros de esencia de otras tantas mangas, que caían constantemente sobre el mar.

La aurora se acercaba.

La gasolina cubría ya todo el mar en los alrededores del buque de guerra.

—Bueno —se oyó decir de pronto a Bruce—; ahora vamos a anunciarles a esas gentes lo que proyectamos hacer. ¡Quiero dejarles un punto de escape, por si quieren rendirse! Así podremos coger el tesoro que hay en ese buque.

Avanzó, aunque teniendo buen cuidado de no salir del amparo de un viejo casco arrumbado. Se sentía, de todos modos, bastante inquieto y no poco indeciso.

Tenía una sensación extraña, inconfesable, en lo más hondo de su ser.

Bruce era un bandolero endurecido y terrible; pero había ciertos sentimientos y sutilezas que escapaban a su análisis.

Algo, en el corazón de aquel hombre, tenía un punto de humanidad.

¡Algo así como una sombra de persona honrada y decente! Lo que ocurría a este hombre era que hacía muchísimo tiempo que Bruce, el Bruce bandido y violento, no se ocupaba y hasta había llegado a olvidar la existencia de otro Bruze humano, compasivo y bueno, que dormía en el rincón más oscuro e inexplorado de su pecho.

Para demostrar esto, claro, basta comprobar la repugnancia que sentía al contemplar la hazaña espantosa que estaban llevando a cabo en aquellos instantes.

Y, a pesar de sí mismo, a pesar de sus más rudos sentimientos, tenía una vaga esperanza y un hondo deseo interior de que todos aquéllos que estaban a bordo del buque de guerra se rindieran.

XVIII
Puñetazo fatal



En el momento mismo en que Bruce, el Ogro de los Sargazos, estaba experimentando estos extraños e inexplicables sentimientos, los antiguos defensores del buque de guerra estaban haciendo precisamente… lo que él creía que iban a hacer en realidad: rendirse.

La capitulación, sin embargo, tenía lugar, no allí, sino en el misterioso buque mercante de los gangsters.

La hermosa rubia Kina la Forge había surgido de entre la niebla de la mañana; a espaldas de ella se alineaba una larga columna de defensoras del viejo buque de guerra.

Los centinelas del buque mercante lanzaron sendas exclamaciones de sorpresa al ver llegar a las mujeres. Y, llenos de desconfianza, se llevaron los rifles a los hombros, a todo evento.

—¡No hagan fuego, por favor! —gritó viva y ansiosamente la hermosa rubia.

—¿Qué diablos quieren ustedes? —preguntó a gritos uno de los centinelas, lleno de creciente desconfianza.

—¡Venimos a rendirnos!

—¿Qué…? —preguntó el centinela, sin querer dar crédito a sus oídos.

Kina la Forge repitió sus palabras. AL mismo tiempo continuó avanzando hacia el buque mercante.

Una serie de hombres, revelando en sus rostros la sorpresa y la desconfianza, surgieron en la borda.

Algunos de ellos llevaban puestas máscaras contra los gases. Y todos tenían sus armas prontas y cargadas.

Pero las mujeres parecían, en efecto, llegar sin arma alguna. La misma capitana mostraba la funda de su pistola, que le pendía del cinto, como la vaina de su espada, vacíos.

Cuando se acercaron, uno de los bandidos, como primera providencia, le quitó a Kina la Forge el magnífico cinturón de monedas de oro y se lo guardó avaramente.

—¡Buen principio para nosotros! —comentó el granuja, al mismo tiempo de guardárselo.

—¿Y por qué se rinden ustedes? —preguntó otro de los bandidos a Kina la Forge.

—Muy sencillo —repuso la hermosa muchacha—, porque estamos cansadas de luchar y nos rendimos. Nuestro tesoro está en el buque de guerra, un tesoro inmenso. Pueden ustedes ir y cogerlo.

En muchos rostros de los bandidos apareció ahora una expresión de avaricia infinita.

El jefe de los centinelas designó a uno de sus hombres, diciendo:

—¡Ve y dile a Bruze lo que ocurre! Seguramente le encontrarás en el buque de guerra. Dile que pueden subir a bordo y apoderarse del oro y de todo el tesoro.

—¡Ahora mismo! ¡Y se volverá loco de alegría cuando oiga esto!

Y el mensajero partió con una alegría que le ponía alas en los pies.

Su alegría y su júbilo eran tan grandes que no se disiparon siquiera cuando, al dar un resbalón sobre un pecio, cayó al agua, quedando enredado entre los sargazos y las algas.

—¡Entren ustedes! —les dijeron a las muchachas, señalando al buque mercante.

La capitana rubia vaciló, y luego dijo:

—¿Y qué van a hacer con nosotras?

—¡Oh, eso se decidirá luego, más tarde! Bruze es quien tiene que decirlo.

Lenta y humildemente, las mujeres obedecieran y penetraron en el buque.

Todas parecían acobardadas, completamente vencidas.

Una puerta pequeña se abrió al fondo de la pequeña cámara

acorazada que daba acceso a la nave y que comunicaba con un estrecho corredor.

Las prisioneras fueron obligadas a entrar allí, como un rebaño que aprisca.

Los centinelas y guardias, ahora que las cosas parecían tomar un giro tan grato y amable, se habían quitado todas las máscaras contra los gases.

Kina la Forge miró en torno, como si experimentara súbito terror, y exclamó:

—¡Quizá sería mejor que levantásemos las manos!

—No hay necesidad de ello —repuso uno de los bandidos, en tono magnánimo.

De todos modos, las mujeres levantaron las manos, como si se entregaran por completo a la merced de sus vencedores.

Luego acercaban las manos, oprimiendo con ellas sus cabelleras.

Un observador atento podría haber podido observar que en aquellos momentos todas las mujeres contenían la respiración.

Un instante después los bandidos empezaban a caer al suelo, atacados de una súbita somnolencia que les dejaba sin sentido en pocos segundos.

¡Pum… pum… pum…!

Los cuerpos iban cayendo uno a uno; y al cabo de quince o veinte segundos, todos los hombres de a bordo estaban privados de sentido.

Las mujeres continuaban todavía conteniendo el aliento.

Una de ellas, incapaz de resistir más tiempo sin respirar, exhaló un hondo suspiro, aspirando luego una gran cantidad de aire fresco en sus pulmones; pero inmediatamente quedó también dormida y se desplomó.

Otro tanto ocurrió a otras varias que hicieron la misma cosa.

Cuando había transcurrido cerca de un minuto, la capitana de la rubia cabellera, hizo una seña a sus compañeras, y las mujeres empezaron a respirar de nuevo.

Todas las mujeres sacudieron sus cabelleras, haciendo que cayeran al suelo finos añicos de cristal finísimo.

Eran trozos de ampollas sutiles de cristal, que habían llevado las mujeres escondidas entre sus cabellos.

No hay que decir que las ampollas contenían un gas sutil, que al esparcirse producía un largo y pesadísimo sueño a todo el que lo respiraba.

De todos modos, una notable propiedad de este gas, era que, al cabo de un minuto de estar mezclado con el aire, se volvía perfecta y completamente inofensivo e inocuo.

Doc Savage había facilitado este gas, al tiempo que comunicaba a las mujeres del buque de guerra el plan que habían de poner en práctica para vencer a sus enemigos.

Era el mismo gas que Doc había utilizado ya antes ante la puerta de aquel mismo barco.

El hombre de bronce apareció ahora de improviso. Había penetrado en el barco por la puerta que quedara abierta luego de entrar las mujeres.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Excelente tarea! —dijo dirigiéndose a la hermosa capitana rubia.

La joven se quedó mirando a Doc, que había atravesado la estancia, penetrando en la puertecilla que conducía al corredor del fondo.

Doc Savage llegó ante una puerta de acero asegurada por medio de una fuerte barra de hierro. Quitó la barra y abrió la puerta, de par en par.

Una ovación delirante de alegría le acogió.

¡Allí estaban sus cinco ayudantes y amigos, con los tripulantes del desdichado *Cameronic*…!

Ocupaban un salón inmenso, el mayor del buque, a pesar de lo cual estaban atestados, ocupando hasta el más pequeño espacio de la estancia. El aire era pesado, hediondo, irrespirable.

Monk y Renny se adelantaron, rugiendo de alegría. Los otros tres llegaron detrás.

Todos empezaron a hablar a la vez, acribillando a preguntas a Doc Savage.

¡La explicación más tarde, amigos míos! —murmuró Doc brevemente—. ¡Ahora es preciso que vayamos a apoderarnos del canalla ése de Bruze…!

Todos salieron, pasillo adelante.

Kina la Forge estaba inclinada, con aire inquieto y ansioso, sobre

una de las mujeres que habíanse quedado dormidas a consecuencia del gas.

Doc se volvió, deteniendo a Monk y ordenándole:

—¡Tú, Monk, quédate aquí!

Monk descorazonado ante la idea de no poder asistir a la lucha que se preparaba, intentó protestar:

—¿Yo? ¡Pero, bueno, Doc escucha…!

—Tú eres un químico —le interrumpió Doc. Y, sacando de un bolsillo varios frasquitos de pequeño tamaño, se los entregó a su peludo amigo, añadiendo en tono rotundo—: ¡Tú eres un químico te digo… y podrás, con ayuda de estos frasquitos, volver a la vida y a la salud a estas pobres mujeres que están bajo la influencia del gas!

—¡Pero, diablo… todo se les pasará en cuanto hayan dormido unas cuantas horas! —intentó protestar Monk todavía—. ¿No puedo yo ir con vosotros?

—¡No, y mil veces no, hombre! Piensa que necesitamos que quede aquí alguien a bordo de este buque, para que tome el mando de él, en caso de que nuestros planes fallaran. Y tú eres quien yo escojo para ello.

Doc Savage guio a sus cuatro amigos a paso vivo. Los cuatro, descansados de sobra en su largo encierro en el buque mercante, volaban, siguiendo a su jefe.

¡Ese buque debe encerrar por fuerza el secreto que permite a Bruze entrar y salir del Mar de los Sargazos! —dijo Doc Savage a sus amigos—. Ahora bien: ¿qué método es ése…?

—¡Por el Buey Apis! —repuso Renny—. ¡Ésta es la primera noticia que tenemos de ello!

—¿Habéis visto el resto del buque mercante?

—No. No hemos visto más que el salón ese donde nos has encontrado y el pasillo y la cámara acorazada a través de la que se ingresa en el buque.

—¡Ah, de esos canallas, si yo tuviera mi bastón de estoque! —protestó Ham—. Pero, dinos, Doc; hemos estado oyendo martillazos por la parte de la popa del buque… como si estuvieran haciendo alguna obra en la nave. ¿Qué puede ser eso?

—¡Es verdad! —asintió Johnny, que llevaba todavía sus gafas con la lente de aumento.

—Sí, sea lo que sea, los golpes sonaban por la popa —dijo a su vez Long Tom, que venía cerrando la marcha y tenía que hacer grandes esfuerzos para mantener el equilibrio.

—¡Aminorad el paso! —ordenó de pronto Doc Savage—. Ya estamos muy cerca.

El buque de guerra apareció ante sus ojos en efecto.

Bruze estaba en la cubierta del navío. De vez en cuando, se inclinaba para examinar diferentes objetos que sus hombres estaban sacando y subiendo del interior del buque y que iban depositando a sus pies.

¡Era el tesoro…! ¡El famoso tesoro de las amazonas…! ¡El fruto de las primeras piraterías de Bruzo y de su banda, que el Ogro de los Sargazos iba almacenando en aquel buque de guerra cuando había establecido allí su cuartel general!

Tesoro que luego había perdido, cuando el padre de Kina la Forge logró capturar el buque, arrebatándolo a los bandidos.

El mar, alrededor del buque de guerra, relucía y brillaba a causa de la gasolina. La esencia, una capa de la cual se extendía sobre las aguas, seguía manando de las siete mangueras que estaban enchufadas en el buque aljibe.

Porque los bandidos, en su alegría y su emoción, al saber que podían subir al buque de guerra y recoger el tesoro de las amazonas, se habían olvidado de cerrar las espitas.

Doc dio la voz de alto a sus cuatro compañeros, cuando aún estaban muy lejos del buque de guerra.

—¡Esperaos aquí! —les ordenó.

Se adelantó solo, hasta llegar a un punto desde donde podrían oír su voz en el navío de guerra.

Se había detenido cerca de donde empezaba la ligera capa de gasolina que se esparcía sobre las aguas. El vaho que salía de la esencia era tan fuerte, que casi impedía respirar.

—¡Bruze! —gritó Doc Savage con todas sus fuerzas.

Si una bomba hubiera estallado a bordo del buque de guerra, no habría producido un efecto más terrible.

Los hombres corrieron por la cubierta, agolpándose en la borda.

Doc siguió gritando entonces:

—¡Bruze; están ustedes cogidos en una trampa, en una

verdadera ratonera…!

Bruze lanzó una terrible maldición.

—¡Debe usted rendirse y entregarse, Bruze! —siguió gritando Doc—. ¡Lo único que tenemos que hacer, si se resiste usted a entregarse con su gang, es aplicar una cerilla a esta gasolina… y todos ustedes están perdidos!

En la borda, uno de los forajidos levantó de pronto una ametralladora, con ánimo de matar a Doc.

Bruze descargó a su esbirro un puñetazo formidable. El Ogro de los Sargazos acababa de darse cuenta de lo que ocurriría si aquel hombre llegaba a disparar: el fogonazo del primer disparo, incendiaria la gasolina, haciendo saltar el buque aljibe y volando al mismo tiempo el buque de guerra.

La violencia del puñetazo no había sido necesaria, ni mucho menos, para contener al bandido; pero Bruze, fiel a su costumbre, descargó el golpe con todas sus fuerzas.

Y este acto cruel precipitó su ruina y su fin.

El infeliz cayó al suelo como herido por un rayo. Y al caer, nerviosamente, apretó el gatillo del arma. Inmediatamente, un diluvio de balas surgió de la ametralladora.

La llamarada del fogonazo de la pólvora no fue suficiente, contra lo que temía Bruze, para incendiar el vaho de la gasolina; pero, en cambio, algunas balas fueron a incrustarse en maderos y objetos flotantes, que empapados de gasolina, a su vez, inflamaron ésta.

Las llamas se elevaron hasta el cielo, como si la atmósfera entera se inflamara de pronto.

Doc volvió sobre sus pasos y echó a correr sobre los pecios y objetos flotantes, con saltos prodigiosos. Quería cerrar las espitas de la gasolina del buque aljibe, antes de que llegaran allí las llamas y volaran el barco.

Consiguió llegar a él, a tiempo, y cerró las espitas.

Las llamas surgían todavía más altas por encima del nivel del buque de guerra, haciendo imposible distinguir lo que allí ocurría.

Cuando Doc llegó junto a sus cuatro amigos, las llamas ya no llegaban tan altas.

Una humareda negra y espesa se elevaba sobre el buque y sobre los objetos flotantes que ardían vivamente.

Cuando el humo se disipó un tanto, Doc y sus camaradas pudieron distinguir sobre la cubierta del buque de guerra, formas retorcidas y horriblemente contorsionadas. Pero ninguna se movía. Doc Savage y sus hombres habían visto la muerte bajo millares y millares de formas, pero jamás fueron testigos de que una reunión de bandidos y canallas tuviera un fin tan desastroso y tan terrorífico.

Durante las horas que siguieron, Doc y sus cinco ayudantes estuvieron dando vueltas por los alrededores del buque de guerra y el lugar de la catástrofe.

Era conveniente que el fuego no se extendiera a toda la isla de buques.

Cuando las llamas amenazaban extenderse, siguiendo las líneas de pecios flotantes, Doc y sus camaradas las apagaban por medio de cubas, arrojando agua sobre el fuego, o bien sargazos húmedos.

Al fin se oyó decir a Doc:

—Ahora el incendio queda localizado, y las llamas ya no se extenderán.

Estudiaron desde lejos largamente el buque de guerra, ennegrecido por el incendio. Algunos cascos de buques viejos inmediatos al buque de guerra ardían aún, haciendo imposible pensar en subir a bordo de éste.

Pero el buque de guerra no se iría a pique. ¡El tesoro de las amazonas estaba, pues, a salvo!

Ham dijo:

—Esta noche podremos subir a bordo. Ahora vamos hacia el buque mercante de nuevo. Quiero buscar mi bastón de estoque.

—¡Más te valdría pensar en cosas más importantes, hombre! —protestó vivamente Johnny, limpiando sus gafas—. ¡Por ejemplo: el aparato o el mecanismo de que se valía Bruze para salir de este Mar de los Sargazos!

—¡Es verdad! —añadió vivamente Renny—. Porque, a menos que lo encontremos, no podremos escapar nunca de aquí. Y, la verdad, sería terrible, porque no conozco un sitio en este viejo globo de barro, que me resulte más odioso y más desagradable.

XIX
La última broma de Monk



Monk y Kina la Forge salieron al encuentro de los cinco amigos cuando éstos llegaron a bordo del misterioso buque mercante.

Monk, si se juzgaba por las apariencias, se había hecho gran amigo de la arrebatadora rubia.

Una sonrisa larguísima, que dilataba su rostro de oreja a oreja, estaba fijada en su horrible rostro con tanta fuerza y firmeza que no se la habría podido hacer desaparecer ni siquiera empleando un escoplo o un formón.

Al darse cuenta de esto, Ham frunció torvamente el ceño. Nada molestaba tanto a Ham como ver reír a Monk.

Doc presentó a sus otros cuatro amigos, ya que en realidad no había habido ocasión de hacerlo.

Kina la Forge sonrió y acogió con palabras corteses a los cuatro amigos de Savage.

Al llegar junto a Ham, le dijo, con la mejor de sus sonrisas y con su linda voz de oro:

—¡Me alegro infinito, señor, de conocer al padre de una familia tan numerosa!

—¿Qué? —murmuró Ham vivamente, en tono de espanto y de disgusto.

—¡Sí, señor, sí! ¡Monk me ha hablado largamente de su esposa y de sus trece hijos! —siguió diciendo la hermosa reina rubia, sin dejar de sonreír.

—¿Cómo es eso? ¡El embustero! ¡El farsante! —protestó Ham,

cada vez más indignado—. ¡Yo no tengo esposa, y mucho menos trece hijos ni una familia siquiera como la que usted dice!

Los dos cordiales enemigos, el uno enorme, peludo y feísimo, el otro elegante y atildado, se contemplaron unos momentos en silencio, Doc, por fortuna, cortó el incidente, preguntando:

—¿Habéis explorado el buque mercante?

—¡Claro que sí! —repuso Monk, sin dejar de mirar a Ham.

—¿Y qué habéis encontrado?

—¡Venid para allá y lo veréis!

Monk penetró en el cargo, seguido de los otros, y luego avanzó buque adelante.

A través de una escotilla, Monk penetró en la cámara acorazada que daba acceso al interior del buque. Una batería de palancas surgía del suelo. Monk movió una de éstas.

Inmediatamente, se oyó en el interior del buque, un gran ruido de maquinaria puesta en marcha.

Enseguida, abriendo una puerta que había al fondo, dijo:

—¡Mirad!

Doc se acercó, mirando. Los otros se asomaron, por encima de los anchos hombros de Doc Savage.

—¡Por el Buey Apis! —murmuró Renny.

Todos pudieron ver de lo que se trataba.

La anchísima popa del viejo cargo, era toda ella en realidad una inmensa compuerta, que abría la maquinaria accionada por las palancas de la cámara acorazada.

Junto a la misma popa, y colocado sobre vías y aparatos apropiados, veíase un gran hidroavión. Las alas del aparato casi rozaban las paredes del buque.

Otros *hidros* estaban colocados detrás del primero. ¡Así, hasta cuatro!

—¡Esto es una catapulta lanzadora de *hidros*! —murmuró Long Tom, muy emocionado, luego de examinar el mecanismo y los aparatos de la extraña cámara.

—En efecto, y una catapulta magnífica, por cierto —repuso Monk, que tenía buen cuidado de no acercarse a Ham—. Yo lo he examinado todo muy detenidamente, y creo que los *hidros* han sido construidos aquí mismo. No se trata de aparatos rápidos, pero en

cambio pueden llevar grandes pesos y tienen una capacidad de vuelo de muchas millas. Bruze los utilizaba para llevar a su banda a tierra, cuando le convenía acechar una nueva víctima.

—Pero ¿y el amaraje? —preguntó curiosamente Johnny—. ¿Cómo diablos se las arreglaban estas gentes para amarar en este mar lleno de sargazos, de pecios y de barcos muertos?

—¡Oh, observad que cerca de la popa hay un espacio de mar relativamente libre de obstáculos! —repuso Doc, mirando al mar—. Además, obrando con cautela y prudencia, se puede amarar un aparato aquí, incluso sobre los sargazos y las algas. ¡Fijaos que debajo de las cabinas de los *hidros* hay unas cuchillas corta-algas!

Todos se acercaron para examinar las cabinas.

Y, por si ello es poco, los aparatos van provistos de mecanismos silenciosos en los motores —dijo Monk—. Esto explica por qué la señorita Forge no ha oído nunca motor alguno por estos parajes. Ella misma me ha dicho que Bruze y su gente siempre salían del Mar de los Sargazos en noches en que hacía mucho viento y éste producía un gran ruido en la isla de barcos muertos.

—¡Vamos a intentar un vuelo que nos lleve a todos a tierra! —suspiró Johnny emocionado—. Haciendo varios viajes, llevaremos a tierra a todas las gentes del *Cameronic* y el tesoro. Porque supongo que podremos encontrar tierra, ¿no es así, Doc?

—Sin ningún inconveniente, amigo mío —contestó Savage—. Con cinco hidros, nuestra salida del Mar de los Sargazos está asegurada. Claro está que nos llevaremos también nuestros prisioneros… los pasajeros que siguen durmiendo en este buque.

Johnny volvió a suspirar, y murmuró, en tono de añoranza:

—¡Ah, con qué gusto voy a volver a nuestra amada patria!

Pero Johnny se sentía quizá demasiado optimista.

En realidad, se equivocaba por completo al pensar y creer que al llegar a los Estados Unidos iban asentirse tranquilos y que allí les esperaba una cordial y dulce bienvenida.

Iban a encontrar algo más terrible y espantoso todavía: en una industriosa ciudad de un tranquilo Estado del sur, iban a hallar al verdadero rey del terror, al verdadero soberano de lo horrible y lo espantoso.

¡Se trataba del Zar del Terror, del Mar del Miedo y sus timbres y

campanas de la muerte, por medio de la radio!

Doc Savage y sus cinco ayudantes iban a lanzarse a luchar contra el Zar del Miedo.

Y precisamente ante ese monstruo moderno, Doc y sus amigos iban a encontrar al más terrible, al más infernal y despiadado enemigo que jamás les saliera al paso.

Johnny, sin embargo, ignoraba todo eso.

Por eso, para él, la vuelta a la amada patria aparecía como un suceso amable, lleno de alegría y esperanza.

∞



LESTER DENT. (Missouri, E. E. U. U. 12/10/1904 - 11/03/1959). Nació en la casa de sus abuelos maternos. Era el único hijo de una pareja de granjeros que vivía en Pumpkin Buttes, Wyoming. Allí vivieron hasta que su familia dejó el rancho y el aislamiento de Wyoming y se mudó de nuevo a La Plata, cuando Lester estaba en octavo grado.

A los diecinueve años entró en un business college con la intención de hacerse banquero. En el otoño de 1924 con sus estudios ya finalizados, obtuvo un trabajo en la «Western Union» como telegrafista.

En Mayo de 1925 se mudó a Ponca City, Oklahoma, y comenzó a trabajar como telegrafista para la «Empire Oil & Gas Co». Conoció a Norma Gerling, y se casó con ella en Agosto de ese mismo año. En 1926, Dent entró a trabajar para «Associated Press» en Chickasha, mudándose posteriormente a Tulsa. Allí conoció a un compañero que había vendido una historia a una revista de pulps.

Dent comienza así una prolífica carrera.

Top Notch Magazine fue la primera revista en publicar una historia de Dent: Pirate Cay apareció en su número de Septiembre de 1929.

Poco después, Dent recibió un telegrama de *Dell Publishing* ofreciendo pagarle el viaje a Nueva York e incluirle en plantilla.

Durante un tiempo trabajó para *Dell*, aumentando su popularidad entre los demás editores.

Dent sintetizó el sistema que utilizaba para escribir este tipo de historias: Se trata de una fórmula, una trama principal genérica, aplicable (según él) a cualquier historia de género de 6000 palabras.

Solía escribir dos historia al mes y complementaba estos ingresos escribiendo además otras historias (ajenas a Doc Savage).

Durante la Depresión, ganaba ya al menos
18 000
dólares al año (unos tres millones de pesetas).

Lester adquirió un velero de 40 pies, al que bautizó como *Albatross* en el que tanto él como su esposa vivieron durante varios años. Navegaron por toda la Costa Este y por el Caribe.

Años después, Dent vendió el velero y se trasladó a Death Valley en busca de oro. Sus exploraciones en el Suroeste le procuraron ser miembro de honor del famoso «Explorers Club». A pesar de todo esto, su producción literaria continuaba creciendo. Finalmente, se «retiró» a La Plata, pese a lo cual continuó escribiendo. Durante su estancia en La Plata, se hizo socio de una empresa de fotografía aérea, ¡y jefe de *Boy-Scouts*!

Doc Savage Magazine expiró de causas naturales en 1949, pero Dent continuó escribiendo (sobre todo relatos de misterio y westerns) hasta 1958. En Febrero de 1959 sufrió un ataque al corazón y murió el 11 de Marzo de ese mismo año.